



EL GOBIERNO DE LA IGLESIA EN EL MAGISTERIO DE JUAN PABLO II*

MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ DIESTRO

SUMARIO. INTRODUCCIÓN. I. LA «COMMUNIO ECCLESIASTICA». II COMUNIÓN DE LOS FIELES. III. COMUNIÓN ORGÁNICA. IV. «SACRA POTESTAS». V. COMUNIÓN JERÁRQUICA. VI. ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN Y GOBIERNO DE LA IGLESIA. VII. IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIAS PARTICULARES. VIII. COLEGIALIDAD Y PRIMADO. IX. SÍNODO DE LOS OBISPOS. X. EL COLEGIO DE CARDENALES. XI. LA CURIA ROMANA. XII. LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES. CONCLUSIONES. BIBLIOGRAFÍA. ÍNDICE DE LA TESIS DOCTORAL.

INTRODUCCIÓN

Entre las aportaciones del Concilio Vaticano II se suele destacar la rica doctrina eclesiológica contenida en varios de sus documentos, principalmente en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, pero también en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno, en los Decretos sobre el oficio pastoral de los Obispos, sobre el ministerio y vida de los presbíteros, sobre el apostolado de los laicos, etc. Esa eclesiológica, que ha sido reconocida como profundamente renovadora de la visión que la Iglesia tenía de sí misma, proyecta sus consecuencias sobre áreas muy variadas: la reflexión teológica y canónica, la

* Director de la Tesis: Prof. Dr. Antonio VIANA TOMÉ. Título: *El gobierno de la Iglesia en el Magisterio de Juan Pablo II*. Fecha de defensa: 27.II.97.

actividad pastoral y evangelizadora, el modo de entender y de llevar a cabo el gobierno de la Iglesia, la legislación canónica, etc.

La recepción de un cuerpo de doctrina tan rico como el del Vaticano II requiere tiempo y, aunque el empeño por traducirlo en realizaciones concretas fue evidente desde la terminación misma de la asamblea ecuménica, se ha ido viendo con claridad creciente que ésta no es tarea de una sola generación sino de varias. Por eso, la legislación post-conciliar que se elaboró durante el pontificado de Pablo VI y los nuevos organismos que se fueron creando en la Santa Sede, en las Iglesias particulares y en la organización eclesiástica interdiocesana en ese mismo pontificado, no eran más que el comienzo de un proceso en el que se debía profundizar mucho más.

Juan Pablo II ha tenido plena conciencia de esto. Al inaugurar su pontificado, identificó su programa con la aplicación del Concilio Vaticano II¹. En otras ocasiones ha manifestado su convencimiento de que el cometido principal de esta generación, y posiblemente también de las futuras generaciones de la Iglesia, será poner en práctica e introducir en la vida las enseñanzas y las orientaciones de este Concilio². Además considera que la eclesiología de comunión es la idea central y fundamental de los documentos del Concilio³, y que, de la profundización de la fe en la Iglesia como comunidad, dependen en su mayor parte el desarrollo interior y la renovación de la Iglesia en el espíritu del Vaticano II⁴. Piensa también que la comunión es una dimensión que guarda relación con la constitución misma de la Iglesia y reviste toda

1. Cfr. *Alocución a los Cardenales y a todos los hombres de buena voluntad, después de su elección*, 17-X-1978, AAS 70 (1978), pp. 922-923; *Enseñanzas al Pueblo de Dios*, Città del Vaticano-Madrid 1979-1983 (cit.: EPD), 1978, pp. 342-344; *Alocución a los Cardenales al inaugurar la reunión plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, n. 4, AAS 71 (1979) 1450-1452, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 879-882; En las notas a pie de página, las referencias a los textos de Juan Pablo II se hacen sin indicar su nombre, señalando sólo el discurso o documento de que se trata.

2. Cfr. *Carta A Concilio Constantinopolitano I*, 25-III-1981, n. 6 b, AAS 73 (1981), pp. 513-527; *Homilía en la Misa de inauguración del Sínodo particular de los Obispos de Holanda*, 14-I-1980, n. 3, EPD 1980 (enero-junio), p. 224; *Homilía en la Misa de clausura del Sínodo particular de los Obispos de Holanda*, 31-I-1980, n. 2, EPD 1980 (enero-junio), pp. 242-243.

3. Cfr. *Exhort. Ap. Christifideles laici*, 30-XII-1988, n. 19 a, AAS 81 (1989), pp. 393-521.

4. Cfr. K. WOJTYŁA, *U Podstaw Odnowy. Studium o realizacji Vaticanum II*, Cracovia 1972. Lo citamos por la traducción castellana de J. L. Legaza: *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, Madrid 1982, p. 115.

manifestación suya: desde la confesión de la fe hasta el testimonio de la praxis, desde la transmisión de la doctrina hasta la articulación de las estructuras⁵.

Por otra parte, la revisión del Código de Derecho Canónico de 1917, dispuesta por Juan XXIII en 1959, al mismo tiempo que anunciaba la convocatoria de un Concilio Ecuménico, e iniciada en 1965, bajo el pontificado de Pablo VI, ha sido concluida en el presente pontificado. De modo que ha correspondido a Juan Pablo II como Supremo Legislador sancionar los resultados de los trabajos de revisión, promulgar el Código de 1983, al que ha llamado «el Código del Concilio», «el último documento conciliar»⁶, y comenzar a aplicarlo. Como Supremo Legislador, ha promulgado también una nueva ley ordenadora de la Curia Romana, en cuyo preámbulo se contienen observaciones de especial relevancia sobre la incidencia de la eclesiología conciliar en el gobierno de la Iglesia.

Por eso, nos ha parecido que tenía indudable interés estudiar el Magisterio de Juan Pablo II sobre esta materia, en el marco de los cambios que el Concilio Vaticano II ha querido que se diesen en el modo de concebirla y ponerla por obra.

Juan Pablo II se refiere constantemente en su Magisterio a la eclesiología de comunión, en la que ve asimismo el fundamento de todo el ministerio pastoral⁷ y la perspectiva en la que el Concilio situó el ejercicio de la autoridad en la Iglesia⁸. De ahí que el hilo conductor del trabajo sea la comunión eclesial y que, después de ver el significado de ésta como la idea central y fundamental de los documentos del Concilio, se estudien sus diversas dimensiones. En primer lugar, la comunión de los fieles y la comunión orgánica, prestando especial atención a las consecuencias de mayor incidencia en la naturaleza y ejercicio del gobierno: la igualdad fundamental de todos los bautizados, la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia y la cooperación orgánica

5. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 20-XII-1990, n. 3, *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española (cit.: LOR) 1990, p. 750.

6. *Alocución a los Obispos asistentes a un curso sobre el nuevo CIC*, 21-XI-1983, n. 2 a, LOR 1983, p. 684.

7. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 19 a; *Alocución a la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, en Los Angeles*, 16-IX-1987, n. 1, LOR 1987, p. 760.

8. Cfr. *ibid.*, n. 4 a-b.

entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, los derechos y deberes fundamentales de los fieles y el papel de la «communio» en la fundamentación del derecho canónico.

Pasando después a la comunión jerárquica, se estudiará el carácter jerárquico de la Iglesia, la «sacra potestas» como núcleo de las funciones públicas eclesiásticas, su fundamento y su transmisión; el origen de la comunión jerárquica y su carácter de condición para el ejercicio de la potestad sagrada, así como las relaciones a que da lugar entre los diversos miembros de la Iglesia. Como último aspecto de la comunión jerárquica veremos la promoción de la comunión en cuanto principal cometido del ministerio jerárquico y el carácter pastoral de la función de gobierno, que es algo a lo que Juan Pablo II atribuye una especial relevancia.

A continuación se considerará la comunión de las Iglesias: la mutua inmanencia entre Iglesia universal e Iglesias particulares y las relaciones de la Iglesia universal con las Iglesias particulares y de éstas entre sí. Después estudiaremos la naturaleza colegial y primacial del gobierno de la Iglesia y las principales realizaciones no plenas de la colegialidad: Sínodo de los Obispos, Colegio de Cardenales, Curia Romana, Conferencias Episcopales.

La perspectiva y la terminología usadas por Juan Pablo II en los textos magisteriales que sirven de base a este estudio son más frecuentemente teológicas que jurídicas. Ello no sorprende porque el propósito que le guía en la mayoría de los casos es volver sobre los documentos conciliares, ahondar en ellos, glosarlos y aplicarlos a la vida de la Iglesia para conseguir que la función pastoral de gobierno se inspire siempre en la imagen de la Iglesia que el Espíritu Santo quiso proponer al término de su segundo milenio de vida, a través de una asamblea ecuménica que había de completar el trabajo del Concilio Vaticano I. Y el enfoque del Concilio Vaticano II en el capítulo III de la Constitución *Lumen gentium* sobre la constitución jerárquica de la Iglesia es teológico, eclesiológico.

En consecuencia, en el Magisterio de Juan Pablo II el canonista encuentra principalmente un autorizado desarrollo de la doctrina eclesiológica conciliar, que proporciona la base para la fundamentación de las instituciones estudiadas por la ciencia del derecho constitucional canónico y la del derecho de la organización eclesiástica y que constituye un

criterio certero para conocer la «mens legislatoris» de las normas codiciales referentes al gobierno y de las leyes especiales sobre la misma materia.

Consideramos, pues, que las páginas que siguen están en la línea de la importante directriz conciliar, que Juan Pablo II recuerda con frecuencia⁹, de que el derecho canónico se contemple situado en el misterio de la Iglesia (cfr. *Optatam totius* 16 a). Esta directriz presidió los trabajos de revisión del CIC y llevó al Santo Padre a afirmar que el Código vigente es un gran esfuerzo por traducir en lenguaje canónico la eclesio-logía del Concilio Vaticano II¹⁰.

En cuanto a las fuentes, nos ha parecido conveniente examinar el pensamiento de Karol Wojtyła sobre el tema de nuestro estudio. Pensamos que los resultados de esa indagación, aun habiéndose circunscrito a un número reducido de fuentes, han confirmado su oportunidad, porque las ideas expuestas por el entonces Mons. Wojtyła en las «animadvertencias» que envió a la Comisión Antepreparatoria del Concilio, en sus intervenciones en la asamblea ecuménica, y luego ya en algunos escritos que publicó como Arzobispo de Cracovia, así como en sus intervenciones en varias asambleas del Sínodo de los Obispos, contienen un núcleo de planteamientos sobre el gobierno de la Iglesia que está en la base de sus enseñanzas sobre el tema desde la Cátedra de San Pedro y que permiten apreciar mejor la continuidad y las coordenadas de esas enseñanzas.

Las demás fuentes del trabajo son los documentos del Magisterio de Juan Pablo II: tanto los de más alto rango —Encíclicas, Exhortaciones Apostólicas, Constituciones Apostólicas, Cartas Apostólicas, etc.—, como también las homilías y discursos. Es verdad que este segundo grupo de documentos, por estar dirigidos a grupos determinados de pastores o de fieles y no a toda la Iglesia como los anteriores, contienen recomendaciones o consideraciones de alcance limitado a sus destinatarios. Pero, normalmente, hay también en ellos elementos de doctrina de validez general, como puede desprenderse del tenor de las palabras

9. Cfr. *Alocución a los participantes en el VII curso de la Pontificia Universidad Gregoriana para jueces y oficiales de tribunales eclesiásticos*, 13-XII-1979, n. 5, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 1029.

10. Cfr. Constitución Apostólica *Sacrae disciplinae leges*, 25-I-1983, AAS 75 (1983), Pars II, XII.

empleadas y de los argumentos de autoridad aducidos. Sirve de comprobación a esto que afirmamos el hecho de que no raramente el mismo Romano Pontífice cite palabras suyas de esos documentos en otros dirigidos a grupos de pastores o de fieles de ámbitos geográficos diversos. Además, las citas procedentes de los documentos de ese tipo pueden encontrarse también en instrucciones y declaraciones de dicasterios pontificios dirigidos a toda la Iglesia.

Se ha examinado todo el Magisterio desde el inicio de su pontificado, en 1978, hasta el año 1991, no el de los restantes seis años. A ello nos llevó, junto con la limitación del tiempo disponible para la realización del trabajo, la consideración de que, en un Magisterio tan prolífico como el de Juan Pablo II, esos doce años largos proporcionaban material suficiente para apreciar las líneas maestras de su concepción del gobierno eclesiástico. Sin embargo, se han incluido también en el estudio algunos documentos posteriores, como la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis*, del 25-III-1992, y la Constitución Apostólica *Universi Dominici gregis*, del 22-II-1996, teniendo en cuenta su especial relación con el tema de esta investigación.

Entre los documentos que han resultado de más interés para el trabajo, hay que destacar, por una parte, la Constitución Apostólica *Pastor Bonus* sobre la Curia Romana, y las Exhortaciones Apostólicas Postsinodales *Christifideles laici* y *Pastores dabo vobis*. Asimismo, hemos encontrado un material valioso en discursos a la Curia Romana, al Colegio de Cardenales, al Tribunal de la Rota, a las Conferencias Episcopales de los países visitados por el Santo Padre en sus viajes apostólicos y a los Obispos en sus visitas «ad limina Apostolorum».

En los documentos de carácter normativo, han sido objeto de nuestra atención los preámbulos, por considerar que es la parte de esos documentos más directamente atribuible al Romano Pontífice, la que expresa más fielmente su pensamiento, mientras que la parte dispositiva, aunque está lógicamente en sintonía con ese pensamiento y es hecha suya por el Supremo Legislador al promulgarla, es el resultado del trabajo de la comisión redactora del texto en cuestión y de las consultas hechas en muchos casos al Colegio Cardenalicio, a la Curia Romana, al episcopado e incluso a otras instituciones eclesiásticas. Por la misma

razón, queda fuera de este estudio el Código de Derecho Canónico promulgado por Juan Pablo II en 1983.

I. LA «COMMUNIO ECCLESIASTICA»

1. *La novedad más importante del Concilio*

Es interesante tener en cuenta el papel que Juan Pablo II desempeñó en el Concilio Vaticano II y su participación en la génesis de algunos de sus documentos. Es bien conocida su intervención en la preparación de la Constitución *Gaudium et spes*. Quizá no lo sean tanto sus aportaciones a la Constitución *Lumen gentium*. En su primera intervención en el Concilio Vaticano II, el entonces Mons. Karol Wojtyła hizo dos observaciones acerca del proyecto de documento de la Constitución dogmática sobre la Iglesia, que tuvieron eco en su redacción definitiva y que son de gran relevancia para el derecho constitucional canónico, para el derecho de la organización eclesiástica e incluso para la fundamentación del derecho canónico.

Se refieren a dos aspectos importantes de la eclesiología de comunión que informa la Constitución *Lumen gentium*. Señaló, por una parte, que el proyecto que se debatía debería tratar sobre la Iglesia como Pueblo de Dios en su unidad, antes de ocuparse de la constitución jerárquica de la Iglesia. Propuso, además, que el documento pusiese de manifiesto, junto a la diferencia entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, la íntima relación existente entre ambos¹¹.

Ambas ideas se encontraban ya, expuestas de modo sintético, en las «animadvertencias»¹² que envió en respuesta a la carta con la que la Pontificia Comisión Antepreparatoria del Concilio pidió a todos los Obispos, el 18 de junio de 1959, sugerencias sobre los temas que podrían tratarse en la asamblea ecuménica.

Para fundamentar la primera de las observaciones que planteó en el aula conciliar, hacía ver que la naturaleza del gobierno en cualquier

11. Cfr. *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, Città del Vaticano 1970-1978, Vol. II, Pars III, pp. 154-157.

12. Cfr. *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando* (Series I. Antepreparatoria), Vol. II, Pars II, pp. 741-748.

sociedad debe corresponder a la naturaleza de la sociedad misma, que al Pueblo de Dios pertenecen todos los miembros de la Iglesia, incluidos los ministros, y que, por esto, la constitución jerárquica de la Iglesia supone la constitución del Pueblo de Dios. Añadía que este tratamiento del tema ayudaría a que se percibiera mejor la ordenación de la constitución jerárquica de la Iglesia al bien común de todo el Pueblo de Dios, es decir, su carácter de servicio¹³.

En efecto, la Iglesia, antes que sociedad jerárquica, es Pueblo de Dios, congregación de los bautizados, que gozan de la igualdad y dignidad de los hijos de Dios, y de los derechos y deberes propios de esa condición común. Los miembros de la jerarquía son, antes que nada, fieles cristianos. La diversidad funcional que introduce en el Pueblo de Dios el sacramento del orden está precedida por la igualdad radical que dimana del bautismo.

En una de sus observaciones a la Comisión Antepreparatoria del Concilio, Mons. Wojtyla había dicho, en este sentido, que, si bien se han de destacar —dándoles la importancia que merecen— los rasgos específicos propios de la particular vocación que tienen los sacerdotes entre los demás fieles, también se debe poner de relieve la relación existente entre sacerdotes y laicos, para mostrar la unidad del Pueblo de Dios¹⁴.

Casi treinta años después de haber hecho este planteamiento en el aula conciliar, Juan Pablo II, hablaba —improvisando, sin ningún texto preparado previamente— al clero de la diócesis de Roma acerca de las novedades del Concilio Vaticano II y consideraba que ésta era quizá la más importante: la decisión que se tomó al debatir el proyecto de la Constitución *Lumen gentium* de tratar, después del misterio de la Iglesia, sobre el Pueblo de Dios y, a continuación, sobre la estructura jerárquica de la Iglesia. Decía que éste había sido un giro decisivo porque en él se encuentra la razón de la «pastoralidad» del Vaticano II: después de una

13. Cfr. *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, Città del Vaticano 1970-1978, Vol. II, Pars III, pp. 154-155.

14. «Relevanda sunt, et quidem valde fortiter, cleri inter caeteros christifideles specifica quaedam quae particularem eius in Ecclesia vocationem sequuntur, sed relevanda est etiam connexio eius cum laicis ad ostendendam unitatem Regni Dei in hoc saeculo». *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando* (Series I. Antepreparatoria), Vol. II, Pars II, p. 744.

toma de postura eclesiológica como ésta, el Concilio no podía dejar de ser pastoral¹⁵.

El Santo Padre ha querido dejar constancia de la importancia que da a estos planteamientos recogiendo en documentos solemnes de su Magisterio, como la Constitución Apostólica con la que promulgó el CIC¹⁶ o la de reforma de la Curia Romana¹⁷.

2. *La unidad del Pueblo de Dios*

Las imágenes bíblicas que el Concilio usa al referirse en *Lumen Gentium* (cit.: LG) a la Iglesia —el ovil, la grey, la vid, el edificio espiritual, la ciudad santa y especialmente las del cuerpo de Cristo y el Pueblo de Dios—, expresan la unidad del Pueblo de Dios, el misterio de la Iglesia-Comunión, que «es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1)¹⁸.

La Iglesia-Comunión no es una simple realidad sociológica. Los vínculos que unen a sus miembros entre sí y con Cristo no son los de la carne y la sangre, sino los del Espíritu Santo, que reciben todos los bautizados¹⁹. Es, por eso, comunión de los santos.

Por los vínculos de la «communio», cada bautizado recibe personalmente y hace suya la riqueza común de toda la Iglesia. El bien de todos

15. Cfr. *Alocución al clero de la diócesis de Roma*, 18-II-1988, n. 2 a, LOR 1988, p. 177.

16. «Ex elementis autem, quae veram ac propriam Ecclesiae imaginem expriment, haec sunt praecipue recensenda: doctrina qua Ecclesia ut Populus Dei (cfr. Const. *Lumen Gentium*, 2), et auctoritas hierarchica uti servitium proponitur (ibid., 3); doctrina praeterea quae Ecclesiam uti 'communione' ostendit ac proinde mutuas statuit necessitudines quae inter Ecclesiam particularem et universalem, atque inter collegialitatem ac primatum intercedere debent; item doctrina qua omnia membra Populi Dei, modo sibi proprio, triplex Christi munus participant, sacerdotale scilicet propheticum atque regale, cui doctrinae ea etiam adnectitur quae respicit officia ac iura christifidelium, ac nominatim laicorum» (Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, cit., Pars II, XII).

17. «*El Buen Pastor*, el Señor Jesucristo, (cfr. Io 10, 11-14) confió a los Obispos, sucesores de los Apóstoles, y de modo especial al Obispo de Roma, sucesor de Pedro, la misión de hacer discípulos entre todas las gentes y de predicar el Evangelio a toda criatura de tal modo que quedara constituida la Iglesia, Pueblo de Dios, y el oficio de los Pastores de ese Pueblo suyo fuese realmente un servicio, que en las Sagradas Escrituras es llamado significativamente 'diaconía', es decir, ministerio» (Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, 28-VI-1988, n. 1 a, AAS 80 (1988), pp. 841-912).

18. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 19 c.

19. Cfr. *ibid.*, n. 19 d-e.

se convierte en el bien de cada uno, y el bien de cada uno se convierte en el bien de todos²⁰. Para esto es necesario que la «communio» sea ante todo comunión con Dios por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo mediante la Palabra de Dios y los sacramentos²¹.

3. *Comunión: la unidad en su significado dinámico*

Pero en la formación de la conciencia de la Iglesia como Pueblo de Dios hay que saber unir la teología y la sociología, teniendo delante, junto a las realidades divinas, las de la existencia humana, que es, a la vez, personal y social o comunitaria²². El hombre se asemeja a Dios no sólo en virtud de la naturaleza espiritual de su alma inmortal, sino también gracias a su naturaleza social. En efecto, la persona humana, a semejanza de las Personas divinas —de la «communio personarum» propia del mismo Dios en la trinidad de las Personas—, es «incapaz de encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí misma a los demás» (*Gaudium et spes* 24). Es la unión en la verdad y en la caridad lo que constituye la «communio», que significa más que «communitas», porque señala una relación entre las personas que sólo es propia de ellas e indica además el bien que las personas intercambian en su recíproco dar y recibir²³.

Ese intercambio recíproco, propio de la comunión, lleva a Juan Pablo II a afirmar que ésta no es otra cosa que la unidad en su significado dinámico —«unitas in sua dynamica significatione»²⁴—. Al dar y al recibir, cada uno de los miembros de la Iglesia se pone al servicio del crecimiento de la comunión eclesial. Esto es lo que expresa LG 13, que es un resumen de toda la Constitución dogmática sobre la Iglesia o, al menos, de la mayoría de sus capítulos. En el Pueblo de Dios hay diversas naciones, diversos órdenes u oficios y diversas Iglesias particulares.

20. Cfr. *ibid.*, n. 28 a-c.

21. Cfr. *ibid.*, n. 19 a.

22. Cfr. K. WOJTYLA, *La renovación* ..., cit., p. 90.

23. Cfr. *ibid.*, pp. 96 y 49.

24. K. WOJTYLA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 3 e, LOR 1983, p. 272; *Alocución a los miembros de la Secretaría General del Sínodo*, 17-VI-1988, n. 2b, LOR 1988, p. 582.

Cada uno de esos elementos sirven a la «communio» aportando sus propios dones a la unidad de la Iglesia. Esto significa que la comunión eclesial es, a la vez, «communio ecclesiarum», «communio munerum» y, a través de ella, «communio personarum»²⁵.

II. COMUNIÓN DE LOS FIELES

1. *Igualdad fundamental de los bautizados*

El bautismo es el fundamento y el título de la igualdad de todos los miembros del Pueblo de Dios: «común es la dignidad de los miembros por su regeneración en Cristo, común la gracia de hijos, común la vocación a la perfección, una sola salvación, una sola esperanza e indivisa caridad» (LG 32)²⁶.

La dignidad de todos los fieles se revela en plenitud al considerar la vocación universal a la santidad, que ha sido la consigna fundamental de un Concilio convocado para la renovación evangélica de la vida cristiana y que no es una simple exhortación moral, sino una insuprimible exigencia del misterio de la Iglesia²⁷.

2. *Corresponsabilidad en la misión de la Iglesia*

La segunda observación que Mons. Wojtyla hizo al proyecto de LG en el concilio Vaticano II se refería a la unión existente entre el sacerdocio común y el sacerdocio ministerial. El proyecto exponía la doctrina sobre el sacerdocio común de los fieles y la diferencia entre ambos sacerdocios, pero no la íntima relación que hay entre ellos, y esta relación es algo propio y específico del Pueblo de Dios²⁸.

Con esta observación Mons. Wojtyla abordaba otro importante aspecto de la eclesiología de comunión: la articulación propia del Pueblo de Dios entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial, además de

25. Cfr. K. WOJTYLA, *La renovación...*, cit., pp. 109-110.

26. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 15 a.

27. Cfr. *ibid.*, n. 16.

28. Cfr. *Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II*, Città del Vaticano 1970-1978, Vol. II, Pars III, pp. 156-157.

implicar que este último existe para servir a aquél, significa también que, por su participación en los «tria munera Christi», corresponde a los fieles laicos cooperar con los ministros en la edificación de la Iglesia. Como había señalado en una de las sugerencias que envió a la Comisión Antepreparatoria del Concilio, no se debe considerar a los laicos sólo como destinatarios de la labor pastoral, sino también como sujetos activos, que cooperan en ella²⁹. El Concilio expuso magistralmente esta doctrina en los capítulos II y IV de LG. El CIC la refleja también en los cc. 96, 204 § 1 y 208.

En razón de la común dignidad bautismal, todos los fieles son corresponsables de la misión de la Iglesia³⁰. El deber y el derecho de todos los fieles al apostolado, su corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, proviene de que el bautismo hace a los cristianos partícipes del triple oficio de Cristo. Esta es otra importante faceta de la «communio fidelium»: la del sacerdocio común de los fieles.

En la Constitución con la que promulgó el CIC, Juan Pablo II la incluye entre las novedades de la eclesiología del Concilio Vaticano II y, por tanto, del CIC, que la refleja en diferentes lugares de su articulado, pero de modo más general en los cc. 204 § 1 y 208³¹. Por tanto, los laicos no son sólo destinatarios del ministerio pastoral, sino que han de pasar a ser operadores activos del mismo³². Juan Pablo II destacó esta doctrina desde el comienzo de su pontificado y dedicó una exhortación postsinodal —«Christifideles laici»— a desarrollarla extensamente.

3. *Los derechos y deberes fundamentales de los fieles*

En la Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, Juan Pablo II señala entre las novedades de la eclesiología del Concilio y del CIC la doctrina que se refiere a los derechos y deberes de los fieles, enlazándola con la de la

29. «In cura animarum ne reputentur laici quasi obiectum tantum, sed etiam tamquam subiectum cooperans». *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando* (Series I. Antepreparatoria), Vol. II, Pars II, p. 743.

30. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 15 a.

31. «Doctrina qua omnia membra Populi Dei, modo sibi proprio, triplex Christi munus participant, sacerdotale scilicet propheticum atque regale» (Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, cit., Pars II, XII).

32. Cfr. *Alocución a la asamblea plenaria de la Congregación para el Clero*, 20-X-1984, n. 5, LOR 1984, p. 841.

corresponsabilidad de todos los miembros del Pueblo de Dios en la misión de la Iglesia³³.

La igualdad fundamental de los fieles tiene, en efecto, una vertiente jurídica: la dignidad común a todos los bautizados hace de ellos personas jurídicas y sujetos de los mismos derechos y deberes básicos. Recogidos en el CIC, cc. 208-223, estos derechos y deberes configuran el estatuto jurídico fundamental del fiel y tienen rango constitucional. La tutela de ellos es parte importante de la labor de construir la comunión que compete a la autoridad eclesiástica³⁴.

4. *La «communio» y la fundamentación del derecho canónico*

Para Juan Pablo II, la comunión sirve de fundamento al derecho canónico. La Iglesia ha de manifestarse mediante las instituciones jurídicas como sacramento de comunión³⁵. El derecho canónico, que es el orden jurídico en el fuero externo, debe establecer la paz en la comunión, una paz que es caridad. La caridad requiere el derecho para poder significar y poner a salvo en esta tierra sus necesarias exigencias. Entre esas exigencias está el reconocimiento y la tutela de los derechos fundamentales del cristiano. Porque el derecho canónico no es sólo signo de la justicia, sino también de una comunión de vida más profunda en Cristo, de modo que en la justicia canónica debe brillar la caridad, y la misma equidad canónica es fruto de la benignidad y la caridad³⁶.

Es sabido que en la doctrina canónica ha sido objeto de discusión si podía considerarse la «communio» como fin del ordenamiento canónico, sin que ello pusiera en entredicho la juridicidad de ese ordenamiento.

33. Cfr. Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, cit., Pars II, XII.

34. Cfr. *Alocución dada en Roma a los participantes en el Congreso Internacional de Derecho Canónico celebrado en Friburgo (Suiza)*, 13-X-1980, nn. 4-5, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 709-710.

35. Cfr. *Alocución a los participantes en la asamblea plenaria de la Pontificia Comisión para la Revisión del Código de Derecho Canónico*, 29-X-1981, n. 3, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 368.

36. Cfr. *Alocución dada en Roma a los participantes en el Congreso Internacional de Derecho Canónico celebrado en Friburgo (Suiza)*, 13-X-1980, nn. 4-8, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 709-710; *Alocución a los participantes en el VII curso de la Pontificia Universidad Gregoriana para jueces y oficiales de tribunales eclesiásticos*, 13-XII-1979, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 1029-1030.

Frente a quienes, como Rouco Varela y Corecco, lo sostenían así³⁷, otros, como Molano, observaban que, si bien no habría nada que objetar a la sustitución del concepto de bien común, propio de la filosofía social, por un concepto eclesiológico, como el de «communio», hay que tener presente que, así como en el bien común social se incluyen aspectos no jurídicos, también la «communio» incluye elementos metajurídicos, al menos en lo que se refiere a las relaciones con Dios. Por esto, para Molano, la «communio», más que un principio jurídico, es un principio moral que debe informar la realización de la justicia en la Iglesia, mientras las relaciones de comunión no tengan relevancia externa. Cita en apoyo de esta opinión la afirmación del Concilio Vaticano II de que la comunión tuvo aplicación en la vida de la Iglesia antes de que fuese como codificada en el derecho; y que, aunque «su sentido no es el de un afecto indefinido (...) sino que exige una forma jurídica (...), está animada por la caridad»³⁸. Concluye señalando que esto no quita que la comunión sea el fundamento ontológico del derecho canónico, en cuanto que la estructura jurídica de la Iglesia está indisolublemente unida a su estructura interna³⁹.

Nos parece que las afirmaciones de Juan Pablo II sobre la relación entre derecho canónico y «communio» se pueden interpretar en la perspectiva dibujada por Molano. El derecho canónico busca establecer la comunión en la Iglesia y hay exigencias de la comunión que son plasmadas en normas jurídicas, como la solidaridad en la obtención del fin de la Iglesia, que da lugar a la corresponsabilidad de todos los bautizados, según su propia condición y oficio, en la edificación de la Iglesia (c. 208) y, entre otros derechos, al derecho de asociación (c. 215)⁴⁰, el deber de obediencia de todos los fieles a lo que los Pastores declaran como maestros de la fe o establecen como rectores de la Iglesia (c. 212 § 1), el derecho a recibir de los Pastores la palabra de Dios y los sacramentos (c. 213), los lazos de colegialidad entre el Papa y los Obispos

37. Cfr. ROUCO VARELA-CORECCO, *Sacramento e diritto: antinomia nella Chiesa?*, Milán 1971, pp. 59-62.

38. *Nota explicativa praevia de Lumen Gentium* (cit.: NEP), n. 2.

39. Cfr. E. MOLANO, *Introducción al estudio del Derecho Canónico y del Derecho Eclesiástico del Estado*, Barcelona 1984, pp. 100-103.

40. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 29.

(cc. 330, 336) y de sumisión de los Obispos al Papa como Cabeza del Colegio Episcopal y Pastor Supremo (cc. 331, 333), etc.

Otros requerimientos de la «communio», como los de la comunión con Dios, no se pueden exigir jurídicamente, pero, aun respecto de ellos, mantiene la «communio» su carácter de principio moral inspirador del derecho canónico, al igual que la caridad, que es uno de los fundamentos de la «communio» y presupone la justicia.

Consideramos que, en los planteamientos precedentes, de los que Juan Pablo II dice que constituyen una verdadera teología del derecho canónico, el Papa señala una línea que puede ser vista como una aportación a la puesta en práctica del postulado conciliar de que el derecho canónico se contemple y se exponga situándolo en el misterio de la Iglesia. Si ésta es misterio de comunión, parece congruente considerar a la comunión como fundamento ontológico del derecho canónico, en cuanto que la estructura jurídica de la Iglesia está unida a su estructura interna.

Por otra parte, al estar la comunión animada por la caridad, es también razonable que Juan Pablo II hable de ésta como de principio inspirador de la justicia canónica y de la equidad canónica. Es éste —pensamos— el sentido en el que dice en la Const. Ap. *Pastor Bonus* que en esa ley de la Curia Romana se establece que todas las cuestiones sean tratadas por los Dicasterios por vías y con criterios pastorales, atendiendo tanto a la justicia y al bien de la Iglesia como sobre todo a la salvación de las almas⁴¹.

Ahora bien, dar esta relevancia a la comunión y a la caridad, como principios inspiradores del orden jurídico eclesial, no quiere decir, a nuestro juicio, dejar de ver como fin del ordenamiento canónico la realización de la justicia, de un orden justo intraeclesial. La comunión no es un concepto jurídico, sino teológico.

41. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 12 e.

III. COMUNIÓN ORGÁNICA

1. *Diversidad y complementariedad de dones, ministerios y carismas*

Juan Pablo II dice que la comunión eclesial es también orgánica, análoga a la de un cuerpo vivo y operante. Está caracterizada por la diversidad y complementariedad de las vocaciones y condiciones de vida, de los ministerios, de los carismas y de las responsabilidades⁴². Si el bautismo establece un principio de igualdad, invitando a todos los fieles a cumplir la misión de la Iglesia por el ejercicio del sacerdocio común, existe al mismo tiempo un principio de variedad, consecuencia de la diversidad de dones del Espíritu Santo, que determina en cada bautizado formas específicamente diferentes de llevar a cabo esa misión.

Por el sacramento del orden, los bautizados que acceden al sacerdocio ministerial asumen específicamente la misión oficial de santificar y gobernar al pueblo actuando en la persona del mismo Cristo Cabeza y único mediador de las gracias (cfr. *Presbyterorum Ordinis* 2, cit.: PO)⁴³.

En virtud de la unidad del Pueblo de Dios, existe una relación muy estrecha entre el sacerdocio común de los fieles y el sacerdocio ministerial. El ministerio de los pastores está radicalmente ordenado al servicio del sacerdocio común; y los fieles laicos tienen absoluta necesidad del sacerdocio ministerial para su vida y para su participación en la misión de la Iglesia⁴⁴, que no puede llevarse a cabo sin la cooperación entre ambos sacerdocios.

2. *Cooperación orgánica entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial*

La cooperación orgánica entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial tiene gran importancia en la estructuración del Pueblo de Dios y debe reunir una serie de características para respetar la constitución divina de la Iglesia y ser fructuosa.

42. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 20.

43. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 29-IX-1990, n. 3 b-f, LOR 1990, p. 656.

44. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22 c; Exhort. Ap. *Pastores dabo vobis*, 25-III-1992, nn. 14-18, AAS 84 (1992), pp. 657-804.

a) Es una cooperación orgánica porque cada fiel debe llevarla a cabo en conformidad con su personal vocación. No consiste en que el laico tome el lugar del clérigo para realizar funciones clericales, ni en que el clérigo asuma el papel del laico para desempeñar funciones laicales; sino en que unos y otros cooperen entre sí al realizar el ministerio universal de la Iglesia⁴⁵.

b) La común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la índole secular: «el carácter secular es propio y peculiar de los laicos» (LG 31)⁴⁶. La índole secular de su vocación ha de llevar a los laicos a entender que su principal colaboración en la labor de la Iglesia tiene que ser la que lleven a cabo en las estructuras temporales⁴⁷.

c) Aunque esa forma de cooperación —imprimir un sentido cristiano a su trabajo en las estructuras temporales— sea la peculiar de los laicos y la más frecuente, no es la única. Los laicos cooperan también con el sacerdocio ministerial desempeñando legítimamente diversos ministerios, oficios y funciones en la liturgia, en la transmisión de la fe y en las estructuras pastorales de la Iglesia. Esas tareas deberán ejercitarlas asimismo en conformidad con su específica vocación laical, conscientes de que tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación⁴⁸.

d) Algunas de esas tareas de los laicos pueden tener un carácter de suplencia respecto del sacerdocio ministerial, tal como lo prevén el Magisterio conciliar y el CIC —cfr. LG 35 y cc. 230 § 3, 517 § 2, 776, 861, etc.—, pero el ejercicio de estas funciones no hace del fiel laico un pastor, porque no es la tarea lo que constituye el ministerio, sino la ordenación sacerdotal⁴⁹. Se ha de evitar, por tanto, el uso indiscriminado del término ministerio, la confusión e incluso la igualación entre el sacerdocio común y el ministerial, la interpretación arbitraria del con-

45. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 29-IX-1990, n. 3 g, LOR 1990, p. 656.

46. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 15 b.

47. Cfr. *ibid.*, nn. 23, 36-44 y 59.

48. Cfr. *ibid.*, n. 23 a-b, i.

49. Cfr. *ibid.*, n. 23 c; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 29-IX-1990, n. 3 g, LOR 1990, p. 656.

cepto de suplencia, la tendencia a la clericalización de los fieles laicos y el riesgo de crear de hecho una estructura eclesial de servicio paralela a la fundada en el sacramento del orden⁵⁰.

e) Los sacerdotes deben ejercer su ministerio conscientes de la peculiar participación en el oficio de Cristo, Cabeza y Pastor que les atribuye el sacramento del orden, sin diluir su identidad sacerdotal cayendo en el aseglaramiento⁵¹.

f) Por tanto, la primera condición para la cooperación orgánica en la misión de la Iglesia es el adecuado conocimiento de la propia vocación y la fidelidad a ella. Esto rige para todos en la Iglesia, desde el Papa y los Obispos a los padres de familia⁵².

g) No hay que ver en la diversidad de vocaciones y funciones una mayor o menor dignidad, sino una especial y complementaria habilitación al servicio⁵³.

IV. «SACRA POTESTAS»

1. *La Iglesia, sociedad jerárquicamente organizada*

Es necesario tener presentes todas las consideraciones precedentes sobre la comunión de los fieles y la comunión orgánica para dejar sentado que la perspectiva desde la que Juan Pablo II considera la sagrada potestad no es la de la «societas inaequalis» propia de la eclesiología anterior al Vaticano II, en la que la distinción entre Jerarquía y laicado era el principal factor estructurante de la Iglesia, y en la que, además, se veía a los laicos como elemento pasivo, meramente receptor de la actividad de la Jerarquía.

50. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 23 f-h.

51. Cfr. Carta *Novo incipiente*, 8-IV-1979, n. 6, AAS 71 (1979), pp. 393 ss.; *Alocución*, 13-XII-1979, n. 4; *Alocución a la Conferencia Episcopal Suiza*, 15-VI-1984; *Carta a todos los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-III-1989, n. 4 e, AAS 81 (1989), pp. 1030-1038; Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 23 c; Exhort. Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 11 c, 12-14.

52. Cfr. Carta Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, n. 21, AAS 71 (1979), pp. 257-324.

53. Cfr. *ibid.*, n. 20 d-e; Exhort. Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 17 e; Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 23 a-b; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales, en Londres*, 28-V-1982, n. 9 a, LOR 1982, p. 377.

Ahora bien, la igualdad fundamental de todos los creyentes no debe hacer olvidar que, sin ser el principal factor estructurante de la Iglesia, el carácter jerárquico es uno de sus elementos constitutivos⁵⁴. Precisamente, uno de los signos negativos de la época presente es pretender promover una renovación eclesial que, al polarizar su atención en torno a ciertos rasgos —puestos particularmente de relieve por la sensibilidad moderna—, no tiene suficientemente en cuenta que la estructura jerárquica de la Iglesia es uno de sus elementos constitutivos fundamentales⁵⁵.

Y lo es por voluntad de su divino Fundador, Jesucristo, que instituyó la Jerarquía al escoger y constituir los Apóstoles con el mandato de convertir en discípulos todas las naciones, de formar y de regir el pueblo sacerdotal. A través de los Apóstoles, Cristo da también ese mandato a los Obispos y, como colaboradores de éstos, a los sacerdotes, que reciben de El, mediante el sacramento del orden, la autoridad y el poder sacro para servir a la Iglesia «in persona Christi Capitis»⁵⁶.

La revalorización de la misión de los laicos y el impulso que el Concilio Vaticano II ha dado a su participación en la vida de la Iglesia ha tenido efectos muy positivos, que son realmente beneficiosos para la Iglesia y que se deben seguir fomentando, pero ha coincidido también con una etapa de disminución de las vocaciones sacerdotales. La confluencia de ambos fenómenos ha presentado en ocasiones contornos poco claros, dando lugar a lo que Juan Pablo II califica como tentación eclesiológica de nuestros tiempos: las propuestas de laicalizar el ministerio y la vida sacerdotal, de sustituir a los ministros sacramentales por otros ministerios⁵⁷ e incluso de concebir la función jerárquica como una delegación de la comunidad, lo cual justificaría también la transferencia a la comunidad de algunos poderes jerárquicos.

54. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Polaca en el santuario de Jasna Gora*, 5-VI-1979, AAS 71 (1979) 788. EPD 1979 (mayo-agosto), p. 470.

55. Cfr. *Alocución a los Obispos de Guatemala en visita «ad limina»*, 20-I-1989, n. 3, LOR 1989, p. 67.

56. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22 a; Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 1 b.

57. Cfr. *Homilla en la Misa de inauguración del Congreso Internacional sobre las Vocaciones, en la Basílica de San Pedro*, 10-V-1981, n. 5, EPD 1981 (enero-junio), pp. 312-313.

El sacerdocio sacramental es ministerial, es decir, constituye un «ministerium», un servicio a la comunidad de los creyentes. Sin embargo, es al mismo tiempo jerárquico, no tiene su origen en la comunidad, como si fuera ella la que llama o delega⁵⁸. Las normas constitucionales que rigen a la Iglesia la hacen muy diferente a cualquier otro pueblo, ya que el Pueblo de Dios no es depositario de la autoridad inherente a la sucesión apóstolica; como si el ministerio episcopal constituyese una especie de delegación popular o quedase vinculado a tal pueblo, en términos de duración o de modalidad de ejercicio. Por ser de origen sacramental, esa autoridad es exclusivamente de origen divino y como tal permanece; por tanto, no necesita ser ratificada por nadie más. La Iglesia es el Pueblo de Dios. No cabe una inversión de valores; no se puede, en términos constitucionales, colocar al pueblo en el lugar que sólo a Dios corresponde⁵⁹.

Con el mismo convencimiento con que abogó en el Concilio por reflejar en la Constitución *Lumen gentium*, no sólo la diferencia existente entre sacerdocio ministerial y sacerdocio común, sino también su íntima relación, cuando la eclesiología hasta entonces predominante tendía a silenciar esto último, Juan Pablo II subraya la diferencia esencial entre ambos sacerdocios al ver que el movimiento pendular acaecido en la etapa postconciliar llevó al oscurecimiento de esa distinción e insiste en que los intentos de transferir a la comunidad los poderes que el divino Fundador de la Iglesia vinculó al sacerdocio ministerial resultarían vanos y serían ineptos para incrementar la vitalidad religiosa de las comunidades⁶⁰.

2. Naturaleza y caracteres de la «sacra potestas»

Como hace el Concilio Vaticano II en LG, capítulo III, y en *Christus Dominus*, capítulo II, Juan Pablo II agrupa las funciones

58. Cfr. Carta *Novo incipiente*, cit., n. 4 b.

59. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-II-1990, n. 6 a-b, LOR 1990, p. 164.

60. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 23 c; *Alocución a un grupo de Obispos brasileños en visita «ad limina»*, 29-IV-1985, n. 6 c, LOR 1985, p. 295; *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 30-IV-1983, n. 5, LOR 1983, p. 497; *Alocución a los sacerdotes, religiosos y seminaristas en Padua*, 12-IX-1982, n. 4, LOR 1982, p. 600.

públicas eclesíásticas en los «tria munera Christi et Ecclesiae». Y entiende la «sacra potestas» como la potestad que reciben quienes tienen encomendada en la Iglesia esas funciones, la función pastoral⁶¹, «la triple función del sacramento del orden»⁶². Es «la potestad para el ejercicio del triple ministerio»⁶³, que incluye, por tanto, «poderes de magisterio, ministerio y gobierno»⁶⁴, «los tres aspectos que se designan habitualmente como 'el magisterio doctrinal, el sacerdocio del culto sagrado y el ministerio de gobierno' (cfr. LG 20)»⁶⁵.

El Santo Padre considera que, si se analizan con atención los textos conciliares, está claro que conviene hablar de una triple dimensión del servicio y de la misión de Cristo más que de tres funciones distintas. Ve que, de hecho, los «tria munera» están íntimamente relacionados entre sí, se despliegan recíprocamente, se condicionan también recíprocamente y recíprocamente se iluminan⁶⁶. En coherencia con estas apreciaciones, Juan Pablo II dirá, por ejemplo, que las leyes de las Conferencias Episcopales en materias de su competencia son expresión del «munus regendi» y del «munus sanctificandi»⁶⁷.

Se trata, por tanto, del mismo concepto teológico y unitario de «sacra potestas» que aparece en los documentos del Concilio (cfr. LG 10 b y 18 a; PO 2 b), que incluye los «tria munera» y las correspondientes potestades de magisterio, orden y jurisdicción, y que es una potestad

61. Cfr. *Homilía en Misa de ordenación episcopal, en Kinshasa*, 4-V-1980, n. 3 a, EPD 1980 (enero-junio), p. 366.

62. *Alocución al Congreso nacional italiano sobre los diáconos permanentes*, 16-III-1985, n. 2 a, LOR 1985, p. 206.

63. *Alocución a la Conferencia Episcopal Austriaca*, en Viena, 12-IX-1983, LOR 1983, p. 524.

64. *Homilía en Misa de ordenación episcopal, en la Basílica de San Pedro*, 16-X-1986, nn. 1 a, d-e y 2 a, LOR 1986, p. 726.

65. *Homilía en Misa de ordenación episcopal, en Kinshasa*, 4-V-1980, n. 3 a, EPD 1980 (enero-junio), p. 366. LG, a su vez, toma este modo de decir de San Clemente Romano.

66. Cfr. *Carta Novo incipiente*, cit., n. 3. Beyer considera acertada esta observación del Santo Padre. Piensa que, en base a la doctrina conciliar, no es posible afirmar, por ejemplo, que toda la potestad de santificación es potestad de orden y acto sacramental en su ejercicio. Para él, el «munus sanctificandi» se extiende a toda la vida eclesial y también el que enseña o gobierna santifica (cfr. J. BEYER, *Teologia e diritto nella «potestas sacra» della Chiesa*, en «Teologia e Diritto Canonico», Città del Vaticano 1987, pp. 67-85).

67. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 21-IX-1983, n. 4 d, LOR 1983, p. 696 (vid. *infra*, apartado XII, 3).

sacramental, espiritual y pastoral, de cuyo ejercicio derivan tanto efectos jurídicos como no jurídicos.

Es sacramental⁶⁸, propia de los que, habiendo sido sellados con el carácter del orden sagrado, tienen una participación especial, ministerial y jerárquica, en el sacerdocio de Cristo⁶⁹, en virtud de la configuración ontológica con Jesucristo que el sacramento comporta. Se ejerce «in persona Christi», «in nomine Christi Capitis», para la edificación de la Iglesia, de modo que Cristo vive en la Jerarquía y continúa gobernando por medio de ella a su Iglesia⁷⁰.

Consiguientemente, es espiritual porque la autoridad y el poder sacro están ligados al carisma del Espíritu Santo que los ministros —en la ininterrumpida sucesión apostólica— reciben de Cristo Resucitado, mediante el sacramento del orden⁷¹.

La «sacra potestas» es también una potestad pastoral, ya que tiene su fuente, su razón de ser, así como su ejemplo e ideal en Cristo, el Buen Pastor⁷² y, por tanto, está ordenada al servicio de los fieles, a la «salus animarum»⁷³.

En su triple dimensión —magisterial, santificadora y de gobierno— está ordenada a producir efectos jurídicos y no jurídicos. En efecto, el «munus docendi» y el «munus sanctificandi» producen sobre todo efectos de orden sobrenatural (las potestades correlativas de magisterio y de

68. Cfr. *Alocución a los Obispos de Nigeria en visita «ad limina»*, 3-IX-1987, n. 3 b, LOR 1987, p. 907.

69. Cfr. Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 2 a; Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22 a; *Homilía en una Misa de ordenación sacerdotal, en Roma*, 6-VI-1982, n. 2 c-f, LOR 1982, p. 407; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal en la Basílica de San Pedro*, 2-VI-1985, LOR 1985, n. 4 a y c, p. 350; *Homilía en la Misa crismal en la Basílica de San Pedro*, 27-III-1986, n. 4 d, LOR 1986, p. 194; *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, n. 3 a, LOR 1984, p. 37.

70. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 15 c-d, 16 f, 21 a y 70 e; Exhortación Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 55 d; *Homilía en concelebración eucarística con los Obispos de Italia*, 15-IV-1983, n. 5 d, LOR 1983, p. 246.

71. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22 a; *Alocución del Santo Padre a la Conferencia Episcopal de Chile*, 2-IV-1987, n. 10 a-b, LOR 1987, p. 239; *Homilía durante Misa de ordenaciones sacerdotales en Tailandia*, 11-V-1984, n. 3, LOR 1984, pp. 341-342.

72. Cfr. *Alocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Fano (Italia)*, 12-VIII-1984, n. 3a, LOR 1984, p. 514.

73. Cfr. Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 2 b; *Catequesis en audiencia general del miércoles*, 22-VI-1988, nn. 4 b y 6, LOR 1988, p. 447; *Homilía en la Misa de ordenación episcopal de Mons. Jozef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos*, 15-IX-1979, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 224-226.

orden son potestades en sentido teológico, no jurídico), pero dan origen a una serie de relaciones jurídicas entre los pastores y los demás fieles.

Por otra parte, el «munus regendi», junto a la potestad de régimen o jurisdicción —con su triple vertiente de potestad legislativa, ejecutiva y judicial—, la cual capacita a sus titulares para dar disposiciones o mandatos que vinculen jurídicamente a sus destinatarios y es, por tanto, potestad en sentido jurídico, incluye también funciones no jurídicas, de fomento, exhortación, consejo y coordinación⁷⁴, en consonancia con el carácter pastoral de la «sacra potestas».

El Santo Padre emplea con frecuencia términos de carácter teológico en lugares en los que, por el contexto, parece estar refiriéndose a la «sacra potestas» de los Obispos. Así habla de: «gracia y don jerárquico, apostólico-episcopal»⁷⁵, «carisma episcopal»⁷⁶, «espíritu de gobierno»⁷⁷, «potestad espiritual»⁷⁸, «autoridad sacerdotal y pastoral»⁷⁹.

Juan Pablo II aplica el término «sacra potestas» a los poderes de la Iglesia en general —«la Iglesia es también estructura visible con precisas funciones y poderes ('sacra potestas')»⁸⁰—, a los poderes de los Obispos, a los poderes de los sacerdotes y, conjuntamente, a los de unos y otros.

Dice, que la misión que confiere la ordenación episcopal es de derecho divino y lleva aneja una «exousia», una «potestas sacra», que procede de Dios⁸¹. Y que «el ministerio episcopal está especialmente

74. Cfr. Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 13 d-e; *Alocución a los Obispos de Uruguay en visita «ad limina»*, 14-I-1985, n. 5 d, LOR 1985, p. 34.

75. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-II-1990, n. 5, LOR 1990, p. 164.

76. *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, n. 3 a, LOR 1984, p. 37.

77. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Ghana, en Kumasi*, 9-V-1980, n. 3 a, EPD 1980 (enero-junio), pp. 718-719.

78. *Alocución del Santo Padre a la Conferencia Episcopal de Chile*, 2-IV-1987, n. 10 a-b, LOR 1987, p. 239.

79. *Catequesis en audiencia general del miércoles*, 22-VI-1988, nn. 2, 4 b y 6, LOR 1988, p. 447.

80. *Alocución en el acto de presentación del nuevo CIC*, 3-II-1983, n. 6 b, LOR 1983, p. 103.

81. Cfr. *Alocución a los Obispos de Brasil, en visita «ad limina»*, 16-II-1985, n. 7 a, LOR 1985, p. 142.

dotado con la potestad sagrada y sacramental»⁸².

Afirma que el sacerdocio ministerial «es también 'jerárquico', en el sentido de servicio sagrado. En efecto, 'jerarquía' significa gobierno sagrado»⁸³. Por eso, el sacerdocio está «relacionado con la potestad de formar y regir el pueblo sacerdotal (cfr. LG 10)»⁸⁴.

Refiriéndose a la «sacra potestas» como potestad espiritual, dice que, «mediante la consagración sacramental, el sacerdote se configura con Jesucristo, en cuanto Cabeza y Pastor de la Iglesia, y recibe como don una 'potestad espiritual', que es participación de la autoridad con la cual Jesucristo, mediante su Espíritu, guía la Iglesia (cfr. PO 2, 12)»⁸⁵. Y, también, que el sacerdote «desempeña la misión de Cristo como Pastor y Cabeza, ejerciendo un poder espiritual que se le confiere en orden a edificar el Cuerpo de Cristo»⁸⁶.

Finalmente, habla de la «sacra potestas» refiriéndola conjuntamente a todos los ordenados: «Los ministros —en la ininterrumpida sucesión apostólica— reciben de Cristo Resucitado el carisma del Espíritu Santo, mediante el sacramento del orden; reciben así la autoridad y el poder sacro para servir a la Iglesia '*in persona Christi capitis*' (PO 2. Cfr. LG 10), y para congregarla en el Espíritu Santo por medio del Evangelio y de los sacramentos»⁸⁷.

Usando el término de potestad pastoral, dice que «como ha puesto de relieve el Concilio Vaticano II, la misión real de Jesucristo se transmite de modo especial a la Iglesia con la potestad pastoral, que ejercen los Obispos en comunión con el Sucesor de Pedro, y los sacerdotes y diáconos bajo la dirección de los Obispos (cfr. LG 18 ss.)»⁸⁸.

82. *Alocución a los Obispos de Nigeria en visita «ad limina»*, 3-IX-1987, n. 3 b, LOR 1987, p. 907.

83. *Carta a todos los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-III-1989, cit., n. 2 c.

84. *Carta Novo incipiente*, cit., n. 4 c.

85. *Exhortación Ap. Pastores dabo vobis*, cit., n. 21 a.

86. *Homilla durante Misa de ordenaciones sacerdotales en Tailandia*, 11-V-1984, n. 3, LOR 1984, pp. 341-342.

87. *Exhort. Ap. Christifideles laici*, cit., n. 22 a.

88. *Alocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Fano (Italia)*, 12-VIII-1984, n. 3a, LOR 1984, p. 514.

3. *La transmisión de la «sacra potestas»*

Juan Pablo II trata sobre la transmisión de la «sacra potestas» en su conjunto, ocupándose de cómo intervienen en esa transmisión la consagración, la misión sacramental, la comunión jerárquica y la misión canónica.

La transmisión de los poderes que los Apóstoles recibieron de Cristo para ejercer el triple ministerio exige la vía sacramental⁸⁹. Para que el sacerdocio ministerial continúe en el mundo la consagración y misión de Cristo, los ordenandos «in sacris» son también objeto de una consagración y una misión⁹⁰. En efecto, el sacramento del orden, mediante la *consagración* que confiere, imprime el *carácter sacramental*, un signo indeleble, un sello espiritual, que comporta una nueva conformación con Cristo, en virtud de la cual los ordenados tienen una especial participación, ministerial y jerárquica —distinta de la que tienen por el bautismo todos los fieles— en el triple oficio de Cristo, y en su autoridad y poder sacro, la potestad pastoral, que tiene su fuente, su razón de ser, así como su ejemplo e ideal en Cristo, el Buen Pastor, y que es un particular poder sacerdotal, magisterial y pastoral, la «exouxia» o «potestas sacra»⁹¹.

Los ordenandos reciben la «potestas sacra» en razón de la *misión* que el sacramento del orden les confiere para servir a la Iglesia «in persona Christi capitis», misión que es un ministerio concreto, episcopal o presbiteral, para cuyo desempeño es necesaria la «sacra potestas». Esa misión, a la que Juan Pablo II llama a veces misión apostólica, es en los

89. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 14-15; *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, n. 3 a, LOR 1984, p. 37.

90. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 12 b; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal, en Valencia*, 8-XI-1982, n. 3 a, c, LOR 1982, p. 742.

91. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22 a; Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 12 b, 13-15; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal en la Basílica de San Pedro*, 2-VI-1985, LOR 1985, n. 4 a y c, p. 350; *Homilía en la Misa crismal en la Basílica de San Pedro*, 27-III-1986, n. 4 d, LOR 1986, p. 194; *Alocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Fano (Italia)*, 12-VIII-1984, n. 3a, LOR 1984, p. 514; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal, en Roma*, 6-VI-1982, n. 2 c-f, LOR 1982, p. 407; *Alocución a los Obispos de Brasil, en visita «ad limina»*, 16-II-1985, n. 7 a, LOR 1985, p. 142; *Homilía en la Misa de ordenación episcopal de Mons. Jozef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos*, 15-IX-1979, n. 1 a, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 224; *Alocución a los Obispos del Lazio (Italia) en visita «ad limina»*, 5-XI-1981, n. 1, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 381.

Obispos una misión de derecho divino que los vincula a su Iglesia particular y que deben cumplir como un compromiso personal⁹².

La misión que la consagración episcopal confiere agrega al ordenado al Colegio Episcopal⁹³, por lo que la función o ministerio episcopal y la potestad propia de ese ministerio sólo pueden ejercerse en *comunión jerárquica*, es decir, dentro de la particular relación con la Cabeza y los miembros del Colegio Episcopal en que el sacramento coloca al ordenado al agregarlo al Colegio⁹⁴.

La misión y la comunión jerárquica que derivan del sacramento deben ser determinadas o confirmadas por un acto extra-sacramental del Romano Pontífice, denominado *misión canónica*. El Romano Pontífice da esta misión al efectuar la provisión de las sedes episcopales. Al dar la misión mediante la libre colación del oficio o la confirmación de la elección legítimamente hecha por un colegio, el Romano Pontífice determina y confirma la misión que el sacramento concede⁹⁵.

Por las expresiones que el Santo Padre usa al referirse a la misión canónica, nos parece que identifica a ésta con la comunión jerárquica, que él «concede» al confirmar la elección de un Patriarca hecha por el Sínodo de una de las Iglesias orientales⁹⁶. Sin embargo, la comunión jerárquica nace con el sacramento, porque afirma también que la ordenación episcopal agrega al Colegio de los Obispos⁹⁷, que el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los

92. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 12 b; *Allocución a la Conferencia Episcopal de Brasil*, en *Fortaleza*, 10-VIII-1980, n. 6 b, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 575; *Allocución a los Obispos de Brasil*, en visita «ad limina», 16-II-1985, n. 7 a, LOR 1985, p. 142; *Allocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Fano (Italia)*, 12-VIII-1984, n. 3a, LOR 1984, p. 514.

93. Cfr. *Homilía en la Misa de ordenación episcopal de Mons. Jozef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos*, 15-IX-1979, n. 1 a, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 224.

94. Cfr. *Allocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, n. 3 a, LOR 1984, p. 37.

95. Cfr. *Allocución a los Obispos del Lazio (Italia) en visita «ad limina»*, 5-XI-1981, n. 1, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 381.

96. Cfr. *Allocución a los Obispos de la Iglesia caldea en visita «ad limina»*, 9-XI-1989, n. 1 c-d, LOR 1989, p. 769.

97. Cfr. *Homilía en la Misa de ordenación episcopal de Mons. Jozef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos*, 15-IX-1979, n. 1 a, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 224.

otros presbíteros⁹⁸ o que el vínculo de comunión que asocia a los presbíteros con su Obispo es de naturaleza jerárquico-sacramental⁹⁹.

Por consiguiente, el Romano Pontífice, al conceder con la misión canónica la comunión jerárquica, lo que en realidad hace es confirmar la comunión ya creada por el sacramento, en el sentido de darle determinación, eficacia jurídica, como dice NEP 2 § 3. Si un Obispo fuera consagrado y no recibiera misión canónica o, aún habiéndola recibido, incurriera en herejía o cisma, no perdería por eso su condición de miembro del Colegio Episcopal, pero el Romano Pontífice podría negarle la comunión, no permitiéndole ejercer la «sacra potestas» recibida en el sacramento.

Juan Pablo II no analiza un tema que la doctrina canónica suele tratar al debatir las diversas opiniones sobre la transmisión de la potestad de jurisdicción: la cuestión de si la colaboración de los laicos en el ejercicio de esa potestad, prevista como posible en el c. 129 § 2 del CIC, permite hablar de los laicos que lleven a cabo tal colaboración como sujetos de la potestad de régimen. Hace, sin embargo, alguna referencia a los oficios y ministerios eclesiales de los laicos, de la que queremos dejar constancia aquí.

En la Exhortación Ap. *Christifideles laici*, se refiere a las tareas que pueden desempeñar los laicos en el campo de los «tria munera». Señala que tienen su fundamento sacramental en el bautismo y en la confirmación, y cita una serie de cánones del CIC relativos a funciones y tareas que los fieles laicos pueden desempeñar en las estructuras organizativas de la Iglesia. Menciona, en primer lugar, el c. 228 sobre la capacidad —«sunt habiles»— de los laicos para ser llamados por los pastores a desempeñar oficios y encargos que puedan cumplir según las prescripciones del derecho.

Y continúa con una serie de ejemplos de esos oficios que, según el Código, pueden ser encomendados a los laicos, entre los que incluye varios correspondientes al «munus regendi» y, concretamente, el de juez diocesano (c. 1421 § 2). Aunque Juan Pablo II no se detiene en consideraciones al respecto, habrá que entender que lo que esa colaboración

98. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 12 c.

99. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-IX-1990, n. 2 c, LOR 1990, p. 655.

implique de titularidad subordinada y participada en la potestad de jurisdicción —específicamente, en la potestad judicial— del Obispo diocesano, la recibe el juez laico por la misión canónica que le confiere el Obispo al nombrarlo para ese oficio. De esta misión canónica a laicos habla el Santo Padre en el mismo documento, al señalar que las funciones y ministerios que pueden encomendarse a los fieles laicos las ejercerán «previa facultad jurídica y mandato de la autoridad eclesiástica competente»¹⁰⁰.

Parece, por tanto, que cabe concluir que, para Juan Pablo II, la «sacra potestas» se transmite a los pastores por el sacramento y por la misión canónica. De ambos medios, el sacramento es el más importante. Es lo que se desprende de su afirmación de que el ministerio episcopal, dotado de participación en toda la autoridad dada a Jesús y reforzado con una especial y escondida presencia del Señor, se transmite, se recibe y se ejerce sacramentalmente¹⁰¹.

V. COMUNIÓN JERÁRQUICA

En el apartado anterior nos hemos ocupado de la «communio hierarchica» como condición para el ejercicio de la potestad sagrada y de su origen sacramental. Sin embargo, la vigencia de la comunión jerárquica no se limita al ámbito de los pastores. Si la Iglesia es misterio de comunión, y si la comunión es esencialmente unidad y, por ello, la Iglesia es también sacramento de la unidad de los hombres con Dios y entre sí (cfr. LG 1), la «communio fidelium» es unidad de todos los fieles, la «communio Ecclesiarum», unidad de las Iglesias particulares con la Iglesia universal y entre ellas, y la «communio hierarchica», unidad de los miembros de la Jerarquía con el Romano Pontífice y entre sí, y de todos los fieles con la Jerarquía. La «communio cum Deo et hominibus» no puede darse al margen de la Jerarquía, que representa a Cristo Cabeza.

100. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 23 con notas 72 y 74.

101. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, n. 3 a, cit. *supra*, en el apartado IV, 1.

No caben contraposiciones entre una Iglesia oficial, institucional o jurídica, y la Iglesia-comunión. No son de hecho, ni pueden ser, realidades separadas. La Iglesia es Pueblo de Dios uno y único, por convocación de Jesucristo que la quiso sociedad visible y la gobierna por medio del Sumo Pontífice y de los Obispos. Por tanto, Iglesia-comunión es, ante todo, comunión en la fe y en las obras, con la sagrada Jerarquía, acatamiento de su Magisterio, de sus disposiciones de gobierno y de la disciplina sacramental¹⁰².

1. *Comunión de los Obispos con el Sucesor de Pedro y entre sí*

Según hemos visto en el apartado precedente, la comunión jerárquica de los Obispos proviene de su consagración sacramental, que los inserta en el Colegio Episcopal, y es confirmada y determinada por la misión canónica que les da el Romano Pontífice. Pero como se apuntó también más arriba, la comunión no es una realidad estática, sino dinámica; tiene que ser construida y promovida. Esto vige para la comunión en todas sus dimensiones, también en cuanto comunión jerárquica de los miembros del Colegio Episcopal con su Cabeza y entre sí. Cuanto más graves sean los problemas, tanto más profunda ha de ser esta unidad de los Obispos en comunión con el Romano Pontífice¹⁰³. Sólo «cum Petro et sub Petro», con independencia de la persona que incidentalmente reviste la condición de Pedro, el Colegio Episcopal y cada Obispo encuentran la plenitud de su misión eclesial¹⁰⁴.

La comunión jerárquica debe llevar también a los Obispos a promover la unión del presbiterio y del pueblo de sus Iglesias particulares con el que es, en cuanto Sucesor de Pedro, principio y fundamento, visible de la unidad de fe y de comunión para toda la Iglesia, presentando el primado con su verdadero rostro y en todas sus dimensiones porque no siempre se comprende su verdadero sentido, incluso entre los católicos.

102. Cfr. *Alocución en Nampula (Mozambique)*, 17-IX-1988, n. 6, LOR 1988, p. 814; *Alocución a la Curia Romana*, 20-XII-1990, n. 3 d, LOR 1990, p. 750; CIC, c. 205.

103. Cfr. *Alocución al CELAM en Río de Janeiro*, 2-VII-1980, n. II 2, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 502-503.

104. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 6.10, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 581.

Este es «un servicio necesario a la Iglesia, un punto fijo obligado, la piedra angular de la comunión eclesial»¹⁰⁵.

La visita «ad limina Apostolorum», que, conforme a lo prescrito en CIC, c. 400, los Obispos diocesanos deben realizar cada cinco años, es expresión de comunión jerárquica¹⁰⁶. Asimismo lo es el palio que se impone a los Arzobispos¹⁰⁷.

La comunión de los Obispos con el Sumo Pontífice debe extenderse a los órganos de la Curia Romana, que colaboran con él en el gobierno pastoral de la Iglesia y hablan en su nombre, con su aprobación, cuando no por mandato suyo¹⁰⁸.

La comunión de los Obispos con el Romano Pontífice es condición «sine qua non» de la unidad entre ellos. A su vez, la unidad entre los Obispos es la clave de la unidad del presbiterio, de los religiosos y de los laicos. Es muy importante que los Obispos den ejemplo de unidad: es la mejor predicación que pueden hacer, el servicio más fructífero que pueden prestar a sus fieles¹⁰⁹. Por ello, la unidad entre los Obispos de una

105. *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 6-III-1987, n. 3 b, LOR 1987, p. 691.

106. Cfr. *Alocución a los Obispos de Nueva Zelanda en visita «ad limina»*, 9-IV-1988, n. 1 d, LOR 1988, p. 429; *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 6-III-1987, n. 2, LOR 1987, p. 691; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Nueva Zelanda, en Wellington*, 23-XI-1986, n. 1 a, LOR 1986, p. 811; *Alocución a un grupo de Obispos de México en visita «ad limina»*, 26-IX-1988, n. 1 c, LOR 1988, p. 751; *Alocución a los Obispos de Escandinavia en visita «ad limina»*, 8-X-1982, n. 1 b, LOR 1983, p. 30; *Alocución a un grupo de Obispos amigos del Movimiento de los Focolares*, 21-II-1982, n. 3, LOR 1982, p. 174; *Alocución a un grupo de Obispos de Yugoslavia, en visita «ad limina»*, 18-II-1983, n. 1 c, LOR 1983, p. 222.

107. Cfr. *Alocución en el Pontificio Colegio Armenio de Roma*, 7-VII-1984, n. 2, LOR 1984, p. 813. Cfr. también *Alocución a los Obispos de la Iglesia caldea en visita «ad limina»*, 9-XI-1989, n. 1 c-d, LOR 1989, p. 769; *Homilía*, 29-VI-1983, n. 4 a, LOR 1983, p. 370.

108. Cfr. *Constitución Apostólica Pastor Bonus*, cit., nn. 7-12; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 6.10, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 581.

109. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 3 b, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 571; *Alocución a los participantes en el Congreso Internacional de Derecho Canónico*, 13-X-1980, n. 7, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 710; *Alocución a un grupo de Obispos de Vietnam en visita «ad limina»*, 11-XII-1980, n. 2, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 879; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Costa de Marfil*, 11-V-1980, n. 3 c, EPD 1980 (enero-junio), p. 749; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Zaire, en Kinshasa*, 3-V-1980, n. 7, EPD 1980 (enero-junio), p. 649; *Alocución al Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana*, n. 3, 23-I-1979, AAS 71 (1979), pp. 364-366, EPD 1979 (enero-abril), p. 413.

misma Conferencia Episcopal y, todavía más, la unidad colegial con el Episcopado universal es una seria obligación para todos los Obispos¹¹⁰.

2. *Comunión de los sacerdotes con los Obispos y entre sí*

Los sacerdotes están insertos sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros (cfr. PO 7-8). Tan esencial es al sacerdocio ministerial la comunión jerárquica que el ministerio de los presbíteros es, ante todo, comunión y colaboración con el ministerio del Obispo, y puede decirse que no se da ministerio sacerdotal sino en la comunión con el Sumo Pontífice y con el Colegio Episcopal, particularmente con el propio Obispo diocesano¹¹¹.

La comunión de los sacerdotes con su Obispo se concreta jurídicamente en los deberes de respeto, obediencia y disponibilidad para los oficios que el Ordinario le encomiende, formalizados en CIC, cc. 273 y 274 § 2, con los que el Código comienza el estatuto jurídico de los clérigos. El fundamento mediato de esos deberes es el sacramento del orden; el fundamento inmediato es la incardinación. Quedan subrayados por la promesa que hacen los ordenandos al Obispo, conforme a lo previsto en el ritual de la ordenación¹¹².

La obediencia del presbítero queda bien reflejada en el adagio «nihil sine Episcopo»¹¹³. Es una obediencia apostólica, que le ayuda a ejercer con transparencia evangélica la autoridad que le ha sido confiada en relación con el Pueblo de Dios: sin autoritarismos y sin decisiones demagógicas. «Sólo el que sabe obedecer en Cristo sabe cómo pedir, según el Evangelio, la obediencia a los demás»¹¹⁴.

No se trata, además, de la obediencia de alguien que se relaciona individualmente con la autoridad, porque el presbítero está inserto en la unidad del presbiterio, que, como tal, está llamado a vivir en estrecha

110. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Austriaca, en Viena*, 12-IX-1983, LOR 1983, p. 524; *Alocución al episcopado japonés en Tokio (Japón)*, 23-II-1981, n. 4, EPD 1981 (enero-junio), p. 437.

111. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 12 c, 17 b y 28 b.

112. Cfr. *ibid.*, n. 28 b.

113. Cfr. *Alocución a los sacerdotes y seminaristas en Enugu (Nigeria)*, 13-II-1982, nn. 8, 10, LOR 1982, p. 132.

114. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., n. 28 b-c.

colaboración con el Obispo y, a través de él, con el Sucesor de Pedro (cfr. PO 15)¹¹⁵. Hay un cierto paralelismo entre la comunión jerárquica que existe en el Colegio Episcopal y la que hay en el presbiterio diocesano: la colegialidad que caracteriza la total unión del orden episcopal en la fe y en la participación en la responsabilidad con el Obispo de Roma se refleja analógicamente en la unidad de los sacerdotes con su Obispo y entre ellos en su común tarea pastoral. No se puede subestimar la importancia de esta unidad del sacerdocio para la eficaz evangelización del mundo. El signo sacramental del sacerdocio no debe ser fragmentado o individualizado: todos los sacerdotes constituyen un único sacerdocio —el sacerdocio de Cristo— del cual debe ser un testimonio su armonía de vida y de servicio apostólico. La unidad de la Eucaristía ofrecida por la Iglesia debe ser vivida como una realidad visible, sacramental, en la vida de los sacerdotes¹¹⁶.

Muy en consonancia con esa unidad sacramental del sacerdocio está la figura de la incardinación, a la que el Concilio restituyó su primitivo sentido pastoral, de modo que, sin prescindir de sus connotaciones disciplinares, no lo ve como mero vínculo de sujeción a un Ordinario, sino como incorporación a una circunscripción eclesiástica con el fin de servirla y, a través de ella, servir a la Iglesia universal. Por tanto, la incardinación vincula al clérigo con todos los elementos de la circunscripción en la que se incardina: con el oficio capital, con el presbiterio y con el pueblo¹¹⁷. El deber de comunión entre los sacerdotes está sancionado en CIC, c. 275 § 1.

Es importante, por ello, que el sacerdote madure la conciencia de ser miembro de la Iglesia particular en la que está incardinado, o sea,

115. Cfr. *ibid.*, n. 28 d.

116. Cfr. *Alocución a los sacerdotes y seminaristas en Cebú (Filipinas)*, 19-II-1981, n. 9 c, EPD 1981 (enero-junio), p. 415. Cfr. también *Alocución a los Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 13-X-1979, AAS 71 (1979), pp. 1417-1418, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 783; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Alto Volta*, 10-V-1980, n. 2 b, EPD 1980 (enero-junio), pp. 733-734; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-IX-1990, n. 2, LOR 1990, p. 655; *Alocución al CELAM en Río de Janeiro*, 2-VII-1980, n. II 4, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 503; *Homilla en la Misa para los sacerdotes, diáconos y seminaristas, en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, n. 4 d, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 424.

117. Cfr. LG 28, PO 7-8, CD 28; CIC, c. 265; Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 31-32; T. RINCÓN-PÉREZ, *Los ministros sagrados o clérigos*, en AA.VV., «Manual de Derecho Canónico», Pamplona 1991, p. 189; y comentarios a Libro II, p. I, tit. III, capítulo II, en *Código de Derecho Canónico*, Pamplona 1992.

incorporado con un vínculo a la vez jurídico, espiritual y pastoral. El presbiterio en su verdad plena es un misterio, una realidad sobrenatural, porque tiene su raíz en el sacramento del orden. Este origen sacramental se refleja y se prolonga en el ejercicio del ministerio presbiteral. La unidad de los presbíteros con el Obispo y entre sí no es algo añadido desde fuera a la naturaleza propia de su servicio, sino que expresa su esencia como solicitud de Cristo sacerdote por su pueblo congregado por la unidad de la Santísima Trinidad¹¹⁸.

La comunión sacerdotal debe expresarse también en la ayuda mutua espiritual y material entre los sacerdotes, y en la superación de las críticas y desconfianzas¹¹⁹.

VI. ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN Y GOBIERNO DE LA IGLESIA

1. *Promover la comunión, principal misión del ministerio jerárquico*

La realización de la comunión es la misión de la Iglesia¹²⁰. Por ello no puede extrañar que, como ya se ha dicho, la eclesiología de comunión constituya el fundamento de todo el ministerio pastoral, y que promover la comunión sea el principal cometido del ministerio jerárquico¹²¹. Esta no es una afirmación aislada, sino que aparece con frecuencia en el Magisterio de Juan Pablo II, referida tanto a la acción de gobierno en general como a la de los diversos niveles de la organización eclesial, haciendo eco a la doctrina conciliar.

El oficio de los Pastores tiende principalmente a que en todo el cuerpo eclesial la comunión se instaure cada vez más¹²². Estar al servicio de la unidad universal es la función específica del primado y el carisma

118. Cfr. Exhortación Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 74 c, e, f, 17 c y 23 d.

119. Cfr. *ibid.*, n. 74 g; *Alocución al clero y religiosos en la catedral de Tokio (Japón)*, 23-II-1981, EPD 1981 (enero-junio), p. 432; *Homilía en la Misa para los sacerdotes, diáconos y seminaristas, en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, n. 4 e, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 424.

120. Cfr. Exhort. Ap. *Reconciliatio et Paenitentia*, 2-XII-1984, n. 8 e, , AAS 77 (1985), pp. 221 ss.

121. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, en Los Angeles*, 16-IX-1987, n. 1 a-c, LOR 1987, p. 760.

122. Cfr. Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 1 b.

confiado a Pedro y sus Sucesores¹²³. Consiguientemente la Curia Romana tiene como fin reforzar la unidad y la comunión del Pueblo de Dios¹²⁴.

En varios documentos conciliares, especialmente en el capítulo tercero de la *Lumen Gentium* y en el Decreto *Christus Dominus* (cit.: CD), el Obispo aparece ante todo como el que mantiene y consolida a la comunidad en la unidad y, a la vez, en la variedad, haciendo que los fermentos de disgregación, los conflictos y las tensiones no rompan la comunión¹²⁵. Este es, entre los rasgos esenciales de la fisonomía del Obispo, el primero que el Concilio quiso acentuar en perfecta coherencia con su propia doctrina eclesiológica¹²⁶.

Para defender los vínculos de la comunión los Obispos no pueden adoptar una cómoda neutralidad frente a las posibles partes en litigio, sino que deben atraer a unos y otros al único y verdadero principio de unidad eclesial, que no es mera coincidencia en hechos comprobables estadísticamente, sino ante todo unidad en la fe y en la moral, en los sacramentos, en la obediencia a la Jerarquía. Preservar la unidad no es arreglar con habilidad las partes en litigio, es conducir las por caminos evangélicos a la reconciliación, a la mutua comprensión y finalmente a la renovada comunión como fruto de una búsqueda, quizá difícil, de la verdad en la caridad¹²⁷.

Ante el falso pluralismo, los Obispos han de anunciar la Palabra con toda claridad, indiferentes al aplauso o al rechazo, sin reducir o limitar la

123. *Alocución a la Curia Romana*, 21-XII-1984, n. 6 a, LOR 1984, p. 867.

124. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, n. 6 a, LOR 1989, p. 7.

125. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil, en visita «ad limina»*, 16-II-1985, n. 3, LOR 1985, pp. 141-142; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil, en visita «ad limina»*, 30-IX-1985, n. 2 e, LOR 1985, p. 729; *Alocución a un grupo de Obispos de la India en visita «ad limina»*, 4-IX-1989, n. 2 b, LOR 1989, p. 625.

126. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Española, en Madrid*, 31-X-1982, n. 6, LOR 1982, p. 696; *Alocución a la Conferencia Episcopal Holandesa*, 14-V-1985, n. 4 b-c, LOR 1985, p. 310; *Alocución a la Conferencia Episcopal Colombiana*, 2-VII-1986, n. 2 c-d, LOR 1986, p. 421; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Nueva Zelanda, en Wellington*, 23-XI-1986, n. 6, LOR 1986, p. 811; *Alocución a los Obispos de Tailandia en visita «ad limina»*, 27-XI-1980, n. 2, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 865; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 6.3, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 577; *Alocución a un grupo de Obispos amigos del Movimiento de los Focolares*, 21-II-1982, n. 2, LOR 1982, p. 174.

127. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Española, en Madrid*, 31-X-1982, n. 6, LOR 1982, p. 696; *Alocución al Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana*, 23-I-1979, n. 4 a, AAS 71 (1979), pp. 364-366, EPD 1979 (enero-abril), p. 415.

legítima multiplicidad de las formas de expresión de la espiritualidad, de la piedad, de las escuelas teológicas, pero asegurándose de que sean una manifestación de la plenitud y no de la pobreza de la fe¹²⁸. Sin ignorar o minimizar los conflictos que se dan en la Iglesia, hay que hacer prevalecer las cosas que unen sobre las que dividen¹²⁹.

Por último, el ministerio de los sacerdotes está también radicalmente ordenado a construir la comunión. Para poder realizar esa tarea, el sacerdote debe crecer en la conciencia de la profunda comunión que lo vincula al Pueblo de Dios, dándose cuenta de que no está sólo «al frente de» la Iglesia, sino ante todo «en» la Iglesia. Es hermano entre hermanos. Revestido por el bautismo con la dignidad y libertad de los hijos de Dios en el Hijo unigénito, el sacerdote es miembro del mismo y único Cuerpo de Cristo (cfr. Ef 4, 16)¹³⁰.

La «communio fidelium» imprime al sacerdocio ministerial una finalidad de servicio al Pueblo de Dios y de promoción de la corresponsabilidad del sacerdocio común con una diligente valoración de todos los carismas que el Espíritu otorga a los creyentes para la edificación de la Iglesia. Es sobre todo en el cumplimiento del ministerio pastoral, ordenado por su propia naturaleza al bien del Pueblo de Dios, donde el sacerdote debe vivir y testimoniar su profunda comunión con todos¹³¹.

2. *Carácter pastoral de la función de gobierno*

En el apartado I hemos visto la importancia que Juan Pablo II da a las novedades eclesiológicas del Concilio Vaticano II y a las consecuencias que tienen en el modo de concebir la naturaleza del gobierno en la Iglesia. Ciertamente, con la eclesiología de comunión se supera la concepción estamental de la Iglesia, que estuvo vigente en épocas pretéritas, conforme a la cual quienes detentan la autoridad en la Iglesia —y, con ellos, la entera organización eclesiástica— eran vistos como un *coetus*

128. Cfr. *Alocución a los Obispos alemanes en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, n. 5 a-c, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 823.

129. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Portuguesa en Fátima*, 13-V-1982, n. 5 h-k, LOR 1982, p. 344.

130. Cfr. Exhort. Ap. *Pastores dabo vobis*, cit., nn. 43 d y 74 a-b.

131. Cfr. *ibid.*, n. 74 b; Exhort. Ap. *Reconciliatio et Paenitentia*, cit., n. 27 f; *Alocución en el retiro espiritual con sacerdotes en Ars (Francia)*, 6-X-1986, n. 3 b, LOR 1986, p. 671.

regens vel dominans, frente a un *coetus serviens*, formado por el resto de los fieles.

En la eclesiología de comunión el punto de partida es el Pueblo de Dios y la igualdad fundamental que en ese Pueblo tienen todos los bautizados. La diversidad producida por el sacramento del orden y los carismas viene después, y el sacerdocio jerárquico es ministerial, está ordenado a servir al sacerdocio común¹³². Por tanto, el poder en la Iglesia tiene un sentido funcional, es poder-función¹³³, que existe en razón de las necesidades del Pueblo de Dios, no en beneficio de quienes lo ejercen¹³⁴.

En consonancia con esos presupuestos de la eclesiología conciliar (cfr. LG 18 a y 27 a, c; CD 16 a), el Magisterio de Juan Pablo II asigna a la función de gobierno el carácter pastoral como nota configuradora. Cabe apreciar en esta pastoralidad una pluralidad de sentidos, lógicamente relacionados entre sí.

Por una parte, que la función de gobierno tenga carácter pastoral significa que los Pastores son configurados en el sacramento del orden con Jesucristo, Buen Pastor, para santificar, enseñar y gobernar con la autoridad de Cristo al rebaño que les está encomendado, de cuya salvación han de dar cuenta al Pastor Supremo de las almas. Esta salvación de las almas es, en definitiva, el fin último de la Iglesia y su ley suprema, como recuerda el CIC en su último canon.

Este sentido de la pastoralidad lleva a que las cuestiones de gobierno deban ser tratadas atendiendo tanto a la justicia y al bien de la Iglesia como sobre todo a la salvación de las almas¹³⁵. Porque la dimensión jurídica y la pastoral están inseparablemente unidas en la Iglesia peregrina sobre esta tierra. La armonía que hay entre ellas deriva de su finalidad común: la salvación de las almas¹³⁶. La imagen de

132. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 30-IV-1983, n. 4 a, LOR 1983, p. 497.

133. Cfr. J. HERVADA, *Elementos de Derecho Constitucional Canónico*, Pamplona 1987, p. 229.

134. *Alocución al presbiterio y religiosos de las diócesis de Todi y Orvieto (Italia)*, 22-XI-1981, n. 2 a, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 432; *Carta a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-IV-1990, n. 3 c, AAS 82 (1990), pp. 418-421; Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 22.

135. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 12 e.

136. Cfr. *Alocución a la Rota Romana*, 18-I-1990, n. 4 a, LOR 1990, p. 47.

Jesucristo Buen Pastor da la pauta de la caridad pastoral que debe animar a quienes ejercen funciones de gobierno en la Iglesia¹³⁷.

En segundo lugar, la pastoralidad de la función de gobierno significa que la potestad sagrada ha de entenderse y ejercerse sobre todo según la pauta del servicio¹³⁸, lo cual es una consecuencia del primer significado apuntado, pues para continuar en la Iglesia la misión de Cristo, Buen Pastor, es necesario tener su misma norma de actuación. Y El «no vino para que se le sirviera, sino para servir y dar su vida en redención por muchos» (Mc 10, 45)¹³⁹.

En tercer lugar, la pastoralidad se relaciona con lo que suele denominarse administración de fomento, que en el ámbito eclesiástico fue tomando cuerpo de modo más definido con los Secretariados y Consejos postconciliares surgidos en el seno de la Curia Romana, cuyo objetivo no es solamente tomar decisiones autoritativas, apoyadas en la potestad de jurisdicción, sino también ayudar a las Iglesias particulares con sugerencias, estudios, promoción de iniciativas para una más eficaz acción evangelizadora, servicios especializados, etc.

3. *Pastoralidad y potestad de jurisdicción*

No se puede pensar, sin embargo, que tomar decisiones autoritativas, en los diversos niveles del gobierno eclesiástico, no sea también un servicio: lo es y, además, muy necesario. La función del pastor es guiar al rebaño y por ello debe ir delante para señalar el rumbo cierto y evitar desviaciones¹⁴⁰. Esto exige muchas veces ejercer la autoridad, dando concreción social a la presencia del Señor en medio del

137. Cfr. Exhortación Apostólica *Pastores dabó vobis*, cit., n. 22 a-b. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 19-X-1984, n. 3, LOR 1984, p. 703.

138. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 2 b.

139. Cfr. *ibid.*; Exhort. Ap. *Pastores dabó vobis*, cit., n. 21 c-d; *Homilía en la Misa de inauguración oficial del pontificado*, 22-X-1978, AAS 70 (1978) 946-947, EPD (1978), p. 82; *Carta Novo incipiente*, cit., n. 4 c; *Carta Ritibus in sacris*, 31-III-1985, n. 1 d, AAS 77 (1985), pp. 728-740; *Carta a todos los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-III-1989, cit., n. 2 c; *Alocución a la Conferencia Episcopal Española, en Madrid*, 31-X-1982, n. 4, LOR 1982, p. 695; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal, en Florida (Uruguay)*, 8-V-1988, LOR 1988, p. 322.

140. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Portuguesa, en Fátima*, 13-V-1982, n. 3, LOR 1982, p. 340.

Pueblo de Dios¹⁴¹, proclamando sin miedo o ambigüedad verdades controvertidas e impopulares¹⁴², haciendo ver a los fieles que el respeto de las funciones públicas a las que es atribuida la «potestas sacra», la imposición de penas canónicas, etc. es también exigencia de la comunión eclesial¹⁴³.

Sería un error entender de tal modo la pastoralidad del gobierno y del derecho en la Iglesia que se atribuyera alcance e intenciones pastorales únicamente a aquellos aspectos de moderación y de humanidad que se pueden relacionar con la «aequitas canonica». Para esta línea de pensamiento la pastoralidad se concretaría en las excepciones a las leyes, evitar el recurso a los procesos y a las sanciones canónicas, y reducir las formalidades jurídicas. Se olvida así que también la justicia y el estricto derecho —y, por consiguiente, las normas generales, los procesos, las sanciones y las demás manifestaciones típicas de la juridicidad, siempre que resulten necesarias— son exigidas en la Iglesia para el bien de las almas y son, por lo tanto, realidades intrínsecamente pastorales. La actividad pastoral, aun superando con mucho los meros aspectos jurídicos, comporta siempre una dimensión de justicia. No sería posible guiar a las almas hacia el Reino de los cielos si se prescindiese de aquel mínimo de caridad y de prudencia que consiste en el esfuerzo por hacer observar fielmente la ley y los derechos de todos en la Iglesia¹⁴⁴.

VII. IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIAS PARTICULARES

1. «*Communio Ecclesiarum*» y colegialidad episcopal

La doctrina del Vaticano II sobre la colegialidad episcopal, que

141. Cfr. *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 9-VII-1982, n. 3 c, LOR 1982, p. 559.

142. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 5-IX-1983, n. 3 b, LOR 1983, p. 677.

143. Cfr. *Alocuciones a la Rota Romana*, 26-II-1983, n. 3, y 17-II-1979, n. 3 b, LOR 1983, p. 225, y EPD 1979 (enero-abril), p. 540.

144. Cfr. *Alocución a la Rota Romana*, 18-I-1990, nn. 3 a y 4 a, LOR 1990, pp. 37 y 47; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio Cardenalicio*, 23-XI-1982, n. 5 d, LOR 1982, p. 779.

inspira la legislación posconciliar y el Código de 1983, implica no solamente una nueva perspectiva de las relaciones entre el Romano Pontífice y los Obispos, sino también una renovada teoría de la estructura eclesial, de las relaciones entre Iglesia universal e Iglesias particulares.

Sin embargo, el Concilio presenta sus enseñanzas sobre las Iglesias particulares sin ocuparse expresamente de ellas, sino con breves alusiones en el capítulo II de *Lumen gentium*, a propósito de la universalidad del Pueblo de Dios, y en el capítulo III, al tratar de las relaciones entre los Obispos dentro del Colegio Episcopal, así como en el Decreto *Christus Dominus* sobre el oficio pastoral de los Obispos. Ello quiere decir que ha correspondido a la doctrina teológica y al Magisterio pontificio posterior al Concilio desarrollar y precisar la doctrina conciliar sobre las Iglesias particulares¹⁴⁵.

Esa tarea no ha estado exenta de errores por parte de la doctrina teológica, como los nacionalismos eclesiológicos, fruto del prejuicio antirromano, la consagración de la categoría socio-política de «pueblo», con ocasión de la aparición de las comunidades de base y de las teologías de la liberación, etc.¹⁴⁶. La problemática sigue siendo actual. La Congregación para la Doctrina de la Fe advertía hace cuatro años en una Carta a los Obispos que la «communio Ecclesiarum» se presenta a veces de un modo que debilita, en el plano visible e institucional, la concepción de la unidad de la Iglesia. Se llega a afirmar que cada Iglesia particular es un sujeto completo en sí mismo y que la Iglesia universal resulta del reconocimiento recíproco de las Iglesias particulares¹⁴⁷.

Otras veces se entiende mal la unidad de la Iglesia particular, perdiendo de vista que la comunión eclesial es unidad en la diversidad. Se cuestionan entonces infundadamente instituciones establecidas por la autoridad apostólica para peculiares tareas pastorales, que pertenecen a

145. Cfr. A. ROUCO VARELA, *Iglesia universal-Iglesia particular*, en «Ius Canonicum» 43 (1982), pp. 221-239; E. CORECCO, *Iglesia particular e Iglesia universal en el surco de la doctrina del Concilio Vaticano II*, en VV.AA., «Iglesia universal e Iglesias particulares», Pamplona 1989, p. 82.

146. Cfr. A. ROUCO VARELA, *Iglesia universal...*, cit., p. 226-227, que menciona en concreto las tesis expuestas por L. BOFF sobre las comunidades de base en *Eclesiogénesis. Las Comunidades de base reinventan la Iglesia*, Santander 1980.

147. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta a los Obispos de la Iglesia Católica sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como Comunión*, 28-V-1992, n. 8, AAS 85 (1993), pp. 838-850 (cit.: *Communio notio*).

la Iglesia universal, aunque sus miembros son también miembros de las Iglesias particulares donde viven y trabajan¹⁴⁸.

Juan Pablo II comenzó a desarrollar la doctrina conciliar sobre la Iglesia particular ya antes de ocupar la Cátedra de San Pedro, situando esta temática dentro de la eclesiología de comunión. Decía siendo Arzobispo de Cracovia que el principio de la colegialidad, instituido por el propio Cristo, además de determinar el modo en que se ejerce la autoridad en la Iglesia, expresa indirectamente la realidad de la Iglesia como «koinonía», ya que una Iglesia universal realiza su existencia en varias Iglesias particulares. Los Obispos, sucesores de los Apóstoles, mediante su unión con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma, expresan conjuntamente multiplicidad y unidad, universalidad y particularidad. Y en esto se revela la esencia de comunión de la Iglesia: el Pueblo de Dios es también comunión de las Iglesias, «communio Ecclesiarum», constituida por la comunión de los Obispos¹⁴⁹.

En la Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges* reafirma esto, señalando que, de la doctrina que muestra a la Iglesia como comunión, se derivan en el Concilio y en el Código las relaciones entre la Iglesia particular y la universal, entre la colegialidad y el primado¹⁵⁰. Y en su Magisterio se refiere con frecuencia al paralelismo que hay entre esas dos dimensiones de la comunión —«communio Ecclesiarum» y «communio pastorum»—¹⁵¹.

El paralelismo entre «communio Ecclesiarum» y colegialidad se observa también apreciando que, cuando la Cabeza del Colegio Episcopal visita las Iglesias particulares, ejercita en ellas el primado, confirmando en la fe tanto a los Obispos como a sus Iglesias, y realiza así la colegialidad en sus dimensiones universales¹⁵². Por eso mismo, la visita *ad limina* es un *kairós*, un tiempo favorable, en el que cada Obispo lleva a la propia Iglesia particular, con su fisonomía y sus riquezas espiri-

148. Cfr. *ibid.*, n. 16.

149. Cfr. K. WOJTYŁA, *La renovación...*, cit., p. 120.

150. Cfr. Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, cit., Pars II, XII.

151. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana en Asís*, 12-III-1982, n. 2 a-b, LOR 1982, p. 202.

152. Cfr. *ibid.*, n. 1 c.

tuales, a encontrarse y a dialogar con las otras Iglesias particulares en dimensión de Iglesia universal¹⁵³.

2. *Relación entre Iglesia universal e Iglesias particulares*

Después del Concilio se ha ido desarrollando una línea teológica para subrayar que todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular¹⁵⁴. La validez de ese desarrollo está sujeto a unas premisas que Juan Pablo II se ha esforzado por delinear en su Magisterio y que son las siguientes:

a) *La Iglesia, desde el inicio, nació como Iglesia universal y no sólo como Iglesia particular de Jerusalén a la que sucesivamente se habrían unido otras Iglesias particulares*¹⁵⁵. Ya en Jerusalén la primera comunidad, reunida en torno a los Apóstoles, era al mismo tiempo particular y universal¹⁵⁶, porque la Iglesia no puede ser universal sin ser particular¹⁵⁷. Pero la que engendra a las Iglesias locales es la Iglesia universal, la única Iglesia de Cristo que envía a algunos de sus miembros en misión, para fundar nuevas comunidades. Por ser universal, no hay en ella extranjeros, aunque cada fiel pertenezca a una comunidad particular¹⁵⁸.

b) *Las Iglesias particulares, que están formadas «a imagen de la Iglesia universal, en las cuales y a base de las cuales se constituye la Iglesia católica, una y única» (LG 23), tienen con la Iglesia universal una relación «de interioridad recíproca»*. Pero, por otra parte, las Iglesias particulares, a su vez, son «ex et in Ecclesia universali», pues de ésta y en ésta reciben su eclesialidad. La Iglesia particular es Iglesia precisamente porque es presencia particular de la Iglesia universal. De esta forma, por una parte, la Iglesia universal encuentra su existencia

153. Cfr. *Alocución a los Cardenales y Obispos brasileños en la reunión de aquéllos con el Santo Padre y con los Cardenales de la Curia Romana*, 13-III-1986, n. 2, LOR 1986, p. 186.

154. Cfr. Carta Enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, n. 48 b, AAS 83 (1991), pp. 249-340.

155. Cfr. *Catequesis en la audiencia general del miércoles*, 27-IX-1989, nn. 3-6, LOR 1989, p. 631.

156. Cfr. *Alocución a los nuevos Cardenales durante la ceremonia consistorial*, 25-V-1985, n. 3 b, LOR 1985, p. 340; *Homilía en Lugano (Suiza)*, 12-VI-1984, n. 2 a, LOR 1984, p. 394.

157. Cfr. *Alocución al clero de Roma*, 21-II-1985, párrafo 4, LOR 1985, p. 175.

158. Cfr. *Homilía durante la Misa en Libreville (Gabón)*, 19-II-1982, n. 2 b-c, LOR 1982, p. 158.

concreta en cada una de las Iglesias particulares en las que está presente y operante; por otra parte, la Iglesia particular no agota la totalidad del misterio de la Iglesia, dado que algunos de sus elementos constitutivos no son deducibles del simple análisis de la misma Iglesia particular. Esos elementos son la función del Sucesor de Pedro y del mismo Colegio Episcopal¹⁵⁹.

c) *La Iglesia particular no es, por tanto, un sujeto completo en sí mismo. Es un miembro, un órgano del Cuerpo de las Iglesias, que no puede vivir por sí mismo, sin estar unido a la Cabeza de ese Cuerpo con una dependencia ontológica.* Estamos aquí ante un punto crucial para el recto entendimiento de la «communio Ecclesiarum»: el ministerio del Sucesor de Pedro no es sólo un servicio global, que alcanza a toda Iglesia particular desde fuera, sino que forma parte también de la esencia de cada Iglesia particular desde dentro¹⁶⁰. La dependencia ontológica de las Iglesias particulares respecto del ministerio petrino se refleja en el plano canónico en la relación jurídica de unidad y subordinación de esas Iglesias con la Sede Apostólica. Puesto que el Sucesor de Pedro ha sido constituido para toda la Iglesia como Pastor y como Vicario de Cristo (cfr. LG 22), todas las Iglesias particulares —precisamente porque son católicas y porque engloban en sí mismas el misterio de la Iglesia universal— están llamadas a vivir en comunión con él¹⁶¹.

d) *El Pueblo de Dios no es una sociedad internacional desarticuladamente unida o una federación de Iglesias particulares.* Las Iglesias particulares son partes de la única Iglesia de Cristo (CD 6 c). Pero la relación entre ellas y la Iglesia universal no es una relación de carácter sociológico, como la que hay entre el todo y las partes en cualquier grupo o sociedad puramente humana: tiene una naturaleza mistérica¹⁶², que proviene de la dimensión vertical de la comunión eclesial. Esta

159. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 20-XII-1990, n. 9 a-c, LOR 1990, p. 751; *Homilía en Lugano (Suiza)*, 12-VI-1984, n. 4, LOR 1984, p. 394.

160. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, en los Angeles*, 16-IX-1987, n. 4, LOR 1987, p. 760; *Alocución a los Obispos de Nueva Zelanda en visita «ad limina»*, 9-IV-1988, n. 1 c, LOR 1988, p. 429.

161. Cfr. *Carta a la Conferencia Episcopal de Estados Unidos*, 4-XI-1986, n. 1 c-d, LOR 1986, p. 771; *Const. Ap. Pastor Bonus*, cit., n. 12; *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana en Asís*, 12-III-1982, n. 2 a-b, LOR 1982, p. 202.

162. Cfr. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Carta Communionis notio*, cit., n. 9.

dimensión vertical se realiza mediante la unión sacramental con Cristo y supone que, al subsistir la Iglesia católica en cada Iglesia particular, ésta sólo puede ser verdaderamente completa a través de una comunión efectiva en la fe, en los sacramentos y en la unidad con todo el Cuerpo de Cristo¹⁶³.

El mismo Espíritu une las Iglesias particulares unas con otras en una comunión de vida bajo Cristo como Cabeza. Y por voluntad de Cristo, el Sucesor de Pedro está llamado a servir a todas las Iglesias particulares mediante el ministerio de fe y de caridad¹⁶⁴. En consecuencia, la Iglesia particular no nace a partir de una especie de fragmentación de la Iglesia universal, ni la Iglesia universal se constituye con la simple agregación de las Iglesias particulares o resulta del reconocimiento recíproco de éstas; sino que hay un vínculo vivo, esencial y constante que las une entre sí¹⁶⁵.

Por esta misma razón, no se puede hablar de Iglesias nacionales. La compenetración de las Iglesias locales está por encima de los límites que establece cualquier demarcación de carácter nacional. La comunión eclesial es claramente distinta de cualquier forma de organización política. Una Iglesia católica local nunca puede en su esencia convertirse en pura Iglesia nacional; siempre es Iglesia católica en una nación. El internacionalismo que de diferentes modos establecen hoy los Estados modernos como valor y meta de su actuación, lo ha practicado ya la Iglesia a su manera desde el principio. Con el nombre de católica se expresa justamente esa peculiaridad de la Iglesia, que trasciende todo límite¹⁶⁶.

3. *Relaciones entre las Iglesias particulares*

La dimensión vertical —comunión con Dios— de la comunión eclesial tiene un significado profundo en la comprensión de la relación

163. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, en los Angeles*, 16-IX-1987, n. 3, LOR 1987, p. 760

164. Cfr. *Homilía en Auckland (Nueva Zelanda)*, 22-XI-1986, n. 6 a, c, LOR 1986, p. 806.

165. Cfr. Exhort. Ap. *Christifideles laici*, cit., n. 25 c.

166. *Alocución a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Berlín en visita «ad limina»*, 28-X-1982, n. 1, LOR 1983, p. 31.

de las Iglesias particulares con la Iglesia universal. Pero hay también una dimensión horizontal de la comunión de las Iglesias: la de las relaciones de las Iglesias particulares entre sí.

La universalidad de la Iglesia, por una parte, implica la más sólida unidad y, por otra, una pluralidad y una multiformidad, es decir, una diversificación, que no resultan un obstáculo para la unidad, sino que por el contrario le confieren el carácter de comunión¹⁶⁷. Los vínculos de la «communio Ecclesiarum» no ahogan las posibilidades de diversidad¹⁶⁸.

Esa diversificación proviene de varias razones. En primer lugar, la Iglesia, por obra del Espíritu Santo, nace misionera y permanece «in statu missionis» en todas las épocas y en todos los lugares de la tierra. Esto significa que se incorporan a ella gentes de distintas naciones, lenguas, culturas y condiciones sociales: *ni para los primeros tiempos ni para los siglos sucesivos la universalidad querrá decir uniformidad*¹⁶⁹. La fe cristiana no destruye la cultura, sino que la eleva y la purifica. No rechaza ningún valor genuino de la sociedad o nación, sino que fortalece todo lo bueno para bien de todos¹⁷⁰.

Hay también diversidad de ritos litúrgicos, disciplina y patrimonio teológico y espiritual (cfr. LG 23 d). Este problema no es nuevo para la Iglesia. Los primeros capítulos del libro de los Hechos muestran bien a las claras cómo Pedro y los demás Apóstoles vivieron al principio en simbiosis con la atmósfera judía de Jerusalén. Pero pronto se les presentó el problema de los helenistas, o sea, de los discípulos —judíos o paganos— que eran de cultura griega. No habían pasado todavía dos siglos, cuando nacía una tercera forma de cristiandad, las Iglesias latinas. Durante siglos cohabitaron así Iglesias judeo-cristianas, orientales y latinas. Esta diversidad se acentuó a veces hasta desembocar en tensiones y cismas. Ello no impide que la coexistencia de estas diversas Iglesias constituya la manifestación más típica y en muchos aspectos la

167. Cfr. *Catequesis en la audiencia general del miércoles*, 27-IX-1989, n. 2, LOR 1989, p. 631; Const. Ap. *Sacri Canones*, 18-X-1990, AAS 82 (1990), p. 1037.

168. Cfr. *Homilía durante la Misa en Libreville (Gabón)*, 19-II-1982, n. 2 d, LOR 1982, p. 158.

169. Cfr. *Catequesis en la audiencia general del miércoles*, 27-IX-1989, nn. 2 y 7 a, LOR 1989, p. 631.

170. Cfr. *Homilía en Auckland (Nueva Zelanda)*, 22-XI-1986, n. 6 b, LOR 1986, p. 806.

más ejemplar de un *legítimo pluralismo* en el culto, la disciplina y las expresiones teológicas, tal como lo indica el Decreto *Unitatis redintegratio* del Concilio Vaticano II (cfr. nn. 14-18)¹⁷¹.

Además, las exigencias de la universalidad y de la variedad se manifiestan también en *la multiplicidad y la diversidad de los dones o carismas, de los ministerios y de las iniciativas*¹⁷², que son una riqueza de la Iglesia y deben fomentarse.

A la vez, hay que tener en cuenta los riesgos de una comprensión defectuosa del pluralismo en la Iglesia. Las experiencias de inculturación litúrgica, teológica, etc. no han de vivirse de modo independiente ni menos aún contrastante con cuanto viven las Iglesias en las demás partes del mundo. Ceder a orientaciones aislacionistas o incluso favorecer tendencias centrífugas, es contrario a la eclesiología del Concilio Vaticano II. Por medio de la inculturación la Iglesia encarna el Evangelio en las diversas culturas y, al mismo tiempo, introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad. La inserción de las culturas de los diversos pueblos en la comunidad de comunidades que es la Iglesia debe hacerse de modo que los elementos que se tomen de cada cultura estén siempre en sintonía con las exigencias objetivas de la misma fe. A este respecto, especialmente en relación con los sectores de inculturación más delicados, las Iglesias particulares del mismo territorio deberán actuar en comunión entre sí (cfr. *Ad Gentes* 22) y con toda la Iglesia, convencidas de que sólo la atención tanto a la Iglesia universal como a las Iglesias particulares las harán capaces de traducir el tesoro de la fe en la legítima variedad de sus expresiones¹⁷³.

La relación de mutua interioridad que, como vimos, existe entre la Iglesia universal y las Iglesias particulares se da también entre estas últimas e impone sus límites al pluralismo. En efecto, *entre las Iglesias particulares hay una relación ontológica de inclusión recíproca*: cada Iglesia particular, en cuanto realización de la única Iglesia de Cristo, está presente de alguna manera en todas las Iglesias particulares. Por tanto, las opciones eclesiales de fondo de los fieles de una comunidad han de

171. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 30-IV-1983, n. 2, LOR 1983, p. 497.

172. Cfr. *Catequesis en la audiencia general del miércoles*, 27-IX-1989, n. 7 b, LOR 1989, p. 631.

173. Cfr. Carta Encíclica *Redemptoris missio*, cit., nn. 52 c y 53 b.

poder armonizarse con las de los fieles de las otras comunidades a fin de crear la comunión de mentes y corazones por la que oró Cristo en la última Cena¹⁷⁴.

El discernimiento entre el verdadero y el falso pluralismo compete al Sucesor de Pedro, que en su ministerio de unidad respeta las legítimas costumbres de la Iglesia universal, las costumbres de los pueblos y la potestad que por derecho divino pertenece a los Pastores de las Iglesias particulares, pero a la vez no puede dejar de intervenir, siempre que lo exijan graves razones, para defender la unidad en la fe, en la caridad o en la disciplina¹⁷⁵.

Junto a las relaciones jurídicas de unidad y subordinación de cada Iglesia particular con la Sede Apostólica, que considerábamos más arriba, la «communio Ecclesiarum» implica también *relaciones de unidad y corresponsabilidad entre todas las Iglesias particulares*. Esas relaciones pueden tener una dimensión jurídica, como las que se dan entre Iglesias patriarcales y filiales, entre las Iglesias agrupadas en provincias y regiones eclesiales o entre las Iglesias cuyos Ordinarios forman parte de una misma Conferencia Episcopal (cfr. LG 23 d; cc. 431-459). Asimismo, las que surgen entre las Iglesias que envían sacerdotes a otras donde hay escasez de clero (cfr. PO 10 y c. 271)¹⁷⁶.

Pero las relaciones entre las Iglesias particulares no siempre tienen relevancia jurídica. Muchas veces son simplemente expresión de responsabilidad católica, de la cristiana solidaridad a que lleva la «communio» y deben entablarse tanto con las Iglesias de países vecinos como con las de países distantes, para comunicarse recíproca y fraternalmente los bienes fundamentales de la fe y de la vida de fe, de los que participa toda la Iglesia. Han de atender tanto a las necesidades de las Iglesias ya existentes, de cara a su nueva evangelización, como a la implantación de nuevas Iglesias¹⁷⁷.

174. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 21-XII-1984, nn. 3 c-5, LOR 1984, p. 867; SYNODUS EPISCOPORUM, II COETUS EXTRAORDINARIUS, *Relatio finalis*, 6-XII-1985, II, C, 2, LOR 1985, pp. 780 ss.

175. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 11.

176. Cfr. Carta Enc. *Redemptoris missio*, cit., n. 64; Exhortación Apostólica *Pastores dabó vobis*, cit., nn. 18 a, 32 y 74 d; *Alocución a los Obispos de Camerún en visita «ad limina»*, 13-XI-1982, n. 4 b, LOR 1983, p. 42.

177. Cfr. Carta Enc. *Redemptoris missio*, cit., n. 64 c; *Alocución a un grupo de Obispos de Polonia en visita «ad limina»*, 12-XI-1987, n. 1 f, LOR 1987, p. 953; *Alocución a los Obispos*

Una Iglesia particular no puede nunca ser una comunidad cerrada sobre ella misma. Representa, o mejor, encarna la Iglesia universal¹⁷⁸. Por ello, «la identidad perfecta de las Iglesias locales se alcanza en la apertura total a la Iglesia universal, se alimenta de la conciencia de la unidad católica»¹⁷⁹.

4. *La «communio Ecclesiarum» y la fundamentación del derecho canónico*

Al tratar de la «communio fidelium» nos ocupamos del papel de la «communio» en la fundamentación del derecho canónico¹⁸⁰. También la «communio Ecclesiarum» tiene su parte en esa fundamentación porque de ella brotan los derechos y los deberes correspondientes a la Iglesia universal y a las Iglesias particulares en sus mutuas relaciones, que han sido regulados según las necesidades y exigencias de tiempos y lugares. Por tanto, el «ius sacrum» se debe contemplar desde esta perspectiva de la «communio Ecclesiarum», invisible y visible, una y, a la vez, múltiple, que trasciende la meramente histórico-humana, aun cuando la confirma y valoriza.

Si la Iglesia-Cuerpo de Cristo es conjunto organizado, si comprende en sí una diversidad de miembros y funciones, si «se reproduce» en la multiplicidad de las Iglesias particulares, entonces está tan metida en ella la trama de las relaciones, que ya existe el derecho, no puede menos de existir. El derecho, pues, no es en la Iglesia un cuerpo extraño, ni una superestructura inútil, ni un residuo de presuntas pretensiones temporales. Es connatural a la vida de la Iglesia, a la que de hecho le resulta

de Papúa, Nueva Guinea e Islas Salomón en visita «ad limina», 23-X-1979, n. 4, AAS 71 (1979), p. 1424, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 820-821; Homilía en Lugano (Suiza), 12-VI-1984, n. 4 e-f, LOR 1984, p. 394.

178. Cfr. Discurso a los delegados en el Sínodo diocesano, Nancy (Francia), 10-X-1988, n 10, LOR 1988, p. 904.

179. Allocución a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Berlín en visita «ad limina», 28-X-1982, n. 3, LOR 1983, p. 31. Cfr. Allocución al llegar a Bruselas, 16-V-1985, n. 3 b, LOR 1985, p. 341.

180. Vid. *supra*, apartado II, 4.

también muy útil: es un medio, un auxilio, es incluso —en cuestiones delicadas de justicia— una defensa¹⁸¹.

VIII. COLEGIALIDAD Y PRIMADO

1. *La Iglesia-comunión y la naturaleza colegial y primacial de su gobierno*

El Concilio Vaticano II confirma la enseñanza del Concilio Vaticano I sobre el primado del Romano Pontífice, proponiéndola de nuevo como objeto de fe a los fieles (cfr. LG 18). La novedad del Vaticano II en esta materia es situar el tratamiento del primado en el marco de la comunión eclesial y de la colegialidad episcopal. Para comprender la doctrina del Concilio Vaticano II sobre el gobierno de la Iglesia, el primado y la colegialidad no se pueden separar, porque el Concilio ha demostrado que la misión de Pedro es primacial en un fuerte marco de colegialidad y que, a su vez, la colegialidad episcopal tiene un marco primacial (cfr. LG 20-23)¹⁸².

Este es uno de los elementos que manifiestan la verdadera y propia imagen de la Iglesia en el Concilio y en el Código¹⁸³: la Iglesia fue dotada por el mismo Señor de naturaleza *a la vez colegial y primacial*, cuando «instituyó a los Apóstoles a modo de colegio o grupo estable, a cuya cabeza puso a Pedro, elegido de entre ellos» (LG 19). Así como los Apóstoles llevaron a cabo ese oficio en unión con Pedro, de modo semejante los Obispos lo llevan a cabo unidos con el Obispo de Roma. «Este Colegio, en cuanto está compuesto de muchos expresa la variedad y universalidad del Pueblo de Dios, y en cuanto está reunido bajo una cabeza, expresa la unidad de la grey de Cristo» (LG 22)¹⁸⁴.

Esta naturaleza del gobierno eclesial es congruente con el misterio de la Iglesia-Comunión. En efecto, la colegialidad episcopal corresponde plenamente al sentido comunitario de la Iglesia, ya que, en

181. Cfr. *Alocución en la presentación del nuevo Código de Derecho Canónico*, 3-II-1983, nn. 7-8, LOR 1983, p. 104.

182. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, nn. 4 a y 6, EPD 1980 (enero-junio), p. 876.

183. Cfr. Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, cit., Pars II, XII.

184. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 2 a.

sus distintas formas de actuación, es el cauce adecuado para la comunicación de bienes que debe existir entre las Iglesias locales, representadas por los Obispos¹⁸⁵.

Por otra parte, en la comunión eclesial la pluralidad y la diversidad deben entenderse siempre con tendencia a la unidad, porque la comunión es la unidad en su aspecto dinámico, que se obtiene por medio de la comunicación entre varios elementos. Por esto, la colegialidad está al servicio de la unidad; sirve, en último término, para unir la Iglesia de manera siempre más profunda y más orgánica, y debe verse como una rotunda confirmación de la autoridad del Sucesor de Pedro, principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de la Iglesia¹⁸⁶.

Cristo construye continuamente la Iglesia en la tierra como su Cuerpo, a través de ese núcleo al que el Vaticano II llama «corpus seu collegium» de los Obispos, en su calidad de sucesores de los Apóstoles. Este Cuerpo, que es la Iglesia, en su constitución jerárquica, existe y vive en fuerza de la comunión recíproca de todos los Obispos en la Iglesia, la cual, a su vez, está condicionada por la comunión con el centro común, la Cátedra de Pedro¹⁸⁷.

El principio de la colegialidad pone en evidencia particularmente el principio del primado. Uno y otro provienen de la institución de Cristo; uno y otro expresan la estructura de comunión de la Iglesia como Pueblo de Dios y sirven juntamente para realizarla¹⁸⁸.

Por tanto, en el Vaticano II el primado es el punto de partida de la colegialidad porque el Colegio de los Obispos no tiene autoridad, a no ser que se considere en comunión con el Sucesor de Pedro: el Romano Pontífice tiene, como Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia, plena, suprema y universal potestad, que puede siempre ejercer libremente. En cambio, el Colegio Episcopal es también sujeto de la suprema y plena potestad sobre la Iglesia universal junto con su Cabeza, el Romano Pontífice, y nunca sin esta Cabeza (cfr. LG 22)¹⁸⁹.

185. Cfr. K. WOJTYLA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299.

186. Cfr. K. WOJTYLA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299.

187. Cfr. K. WOJTYLA, *La renovación...*, cit., p. 121.

188. Cfr. K. WOJTYLA, *La renovación...*, cit., p. 121.

189. Cfr. *ibid.*, pp. 119-120.

La corresponsabilidad de todos los Obispos en el gobierno de la Iglesia, propia de la colegialidad, hace resaltar la singular responsabilidad del Sucesor de Pedro, ya que sólo a él, en cuanto Cabeza del Colegio Episcopal, corresponde poner en acto la acción colegial de todos los Obispos y buscar en ella expresiones más maduras de comunión. En este sentido, la colegialidad es un determinado modo de actuación del primado en la Iglesia, del pleno y supremo poder dado por Cristo sólo a Pedro y a sus sucesores¹⁹⁰.

Por la colegialidad episcopal todos los Obispos se unen al Siervo de los Siervos de Dios y participan de su ministerio pastoral según un doble ritmo, ascendente y descendente, porque el Colegio está, a la vez, «cum Petro et sub Petro». Por eso, algunas veces da junto con él luces, preceptos o consejos a la Iglesia universal; muchas otras veces las recibe de él, teniendo muy frecuentemente parte activa en su elaboración¹⁹¹.

El vínculo de la unidad, de la caridad y de la paz, que une a los Obispos con el Sucesor de Pedro y entre ellos, es el alma de la colegialidad: una unión de mentes y de corazones, de misión y de dedicación. Es esta unión, esta comunión, la que confiere profundidad a la colegialidad y la lleva más allá de una mera colaboración práctica o de un consenso de opiniones. El Colegio de los Obispos está, de un modo especial, al servicio de la unidad de la Iglesia, que es el tema que subyace constantemente en la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el episcopado. El episcopado ha sido dado a la Iglesia precisamente para su unidad¹⁹².

En la línea de asumir el principio conciliar sobre la relación entre colegialidad y primado, Juan Pablo II dice que desde el primer momento de su pontificado entendió la función de Pastor Supremo especialmente como servicio a la colegialidad de los Obispos unidos con el Sucesor de

190. Cfr. K. WOJTYŁA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299; IDEM, *O Synodzie Biskupów*, en «Tygodnik Powszechny», 26 (1972), n. 20, pp. 1-5. Lo citamos por la traducción italiana de A. Kurczab en SEGRETERIA GENERALE DEL SINODO DEI VESCOVI, «Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi», Città del Vaticano 1980, pp. 305-311. Sobre la idea aquí recogida ver p. 310.

191. Cfr. K. WOJTYŁA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299.

192. Cfr. *Alocución a los Obispos de otros países presentes en Dublín, con motivo del viaje del Papa*, 29-IX-1979, EPD (septiembre-diciembre), pp. 588-590; *Alocución a un grupo de Obispos de Nigeria en visita «ad limina»*, 3-IX-1987, nn. 4 a, 5, LOR 1987, p. 907.

Pedro y, por otro lado, la «collegialitas effectiva et affectiva» de los Obispos como una ayuda importante para su propio servicio¹⁹³.

El Papa manifiesta viva gratitud al Concilio Vaticano II y a sus predecesores por haber impulsado la colegialidad episcopal, a la que llama «nueva ola» de la vida de la Iglesia; la ve como un movimiento mucho más potente que los síntomas de duda, de derrumbamiento y de crisis, y considera que, contra todas las apariencias, la Iglesia está mucho más unida gracias a la colegialidad¹⁹⁴.

2. Concepción gradual de la colegialidad

Cuando participó en la asamblea del Sínodo de los Obispos de 1969, el Card. Wojtyła afirmó su convencimiento de que la idea y la praxis de la colegialidad, tal como son presentadas por el Concilio Vaticano II, podían y debían ser desarrolladas en perfecta armonía con el Concilio¹⁹⁵. Pocos años después, siendo todavía Arzobispo de Cracovia, habla de diversos grados de la colegialidad: el Concilio Ecuménico, como su realización suprema, y el Sínodo de los Obispos, como una realización no plena¹⁹⁶.

Elevado a la Cátedra de San Pedro, Juan Pablo II mantiene esta concepción gradual de la colegialidad. El Concilio Ecuménico es la expresión más plena del ministerio episcopal en la Iglesia, pero el desarrollo del principio de la colegialidad episcopal ha ido dando lugar a otras manifestaciones de dicha colegialidad que, sin tener un significado tan fundamental, son muy necesarias, y a veces absolutamente indispensables, porque corresponden de manera particular a las exigencias de nuestros tiempos: el Sínodo de los Obispos, las Conferencias Episcopales y sus agrupaciones de carácter continental, etc.¹⁹⁷.

193. Cfr. *Alocución a los Obispos alemanes en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, n. 1 d, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 820-821.

194. Cfr. Carta Enc. *Redemptor hominis*, cit., n. 5 e; *Alocución a la Conferencia Episcopal Francesa en París*, 1-VI-1980, n. 1 b, EPD 1980 (enero-junio), p. 807.

195. Cfr. K. WOJTYŁA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299.

196. Cfr. *O Synodzie...*, cit., p. 307.

197. Cfr. Carta Enc. *Redemptor hominis*, cit., n. 5 b-d; *Catequesis en audiencia general de los miércoles*, 7-II-1979, n. 3, EPD 1979 (enero-abril), pp. 162-166.

Considera también que el espíritu de colaboración y corresponsabilidad, que está en la entraña de la colegialidad episcopal, se ha extendido a otras formas de colegialidad previstas en el derecho para los sacerdotes y los laicos, que no se fundan ya en el principio de la colegialidad episcopal sino en el de cooperación del presbiterio con el Obispo (cfr. LG 28 y CD 27) y en el de corresponsabilidad de los fieles en la misión de la Iglesia (cfr. LG 30 y 22; AA 2). Alienta, por eso, el trabajo de los Consejos presbiteriales, de los Sínodos diocesanos y de los Consejos pastorales, convencido de la eficacia que pueden tener, si funcionan adecuadamente, como instrumentos de comunión¹⁹⁸.

Esta concepción amplia y gradual de la colegialidad la aplica también al desarrollo y crecimiento de las formas sinodales, y puede considerarse uno de los rasgos caracterizantes de su pontificado¹⁹⁹.

3. *Colegialidad efectiva y afectiva*

Con la concepción gradual de la colegialidad está relacionada la distinción que se suele hacer entre colegialidad efectiva y «*affectus collegialis*» o colegialidad afectiva, terminología también usada por el Santo Padre. La «*collegialitas efectiva*» implica, en su realización plena, la actividad de todo el Colegio, juntamente con su Cabeza y nunca sin ella, como sujeto de la suprema potestad sobre toda la Iglesia²⁰⁰. Pero la colegialidad está muy ligada a la comunión. La eclesiología de comunión ofrece el fundamento sacramental de la colegialidad. Por eso la teología de la colegialidad se extiende mucho más allá de lo que es mera consideración jurídica. En este sentido la colegialidad es expresión de la comunión fraterna de los Obispos entre sí y con el Papa y asume un carácter de cordial vínculo fraterno —«*collegialitas affectiva*» o «*affectus collegialis*»—. Las relaciones fraternas, confiadas, deben ocupar siempre en ella un lugar primordial, porque, si el mandamiento nuevo de Cristo es para todos los cristianos, vige de modo muy especial

198. Cfr. Carta Enc. *Redemptor hominis*, cit., n. 5 d.

199. Cfr. J. TOMKO, *Visione del Sinodo dei Vescovi di Giovanni Paolo II*, en «Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi», cit., p. 9.

200. Cfr. Carta *Magnus dies* a todos los Obispos de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo, 8-IV-1979, AAS 71 (1979), pp. 389-393.

para los Obispos entre sí²⁰¹, y no solo en el ámbito del Colegio Episcopal y de las actuaciones conciliares o extra-conciliares de éste, sino también de modo general en las relaciones de los Obispos con el Papa y entre ellos. A este aspecto de la colegialidad episcopal se alude cuando se habla de realizaciones parciales de la colegialidad, que también pueden tener una dimensión jurídica.

4. *Realizaciones parciales de la colegialidad*

Hay una gran variedad de realizaciones parciales de la colegialidad: el Sínodo de los Obispos, las Conferencias Episcopales, el Colegio Cardenalicio, la Curia Romana, las visitas *ad limina*, los viajes pastorales del Papa, etc.²⁰². Haremos aquí unas breves referencias a las visitas *ad limina* y los viajes pastorales del Papa y en los apartados siguientes nos referiremos a las demás.

La comunión íntima con los Apóstoles incluye necesariamente la comunión plena con el Sucesor de Pedro, a quien el Señor ha encomendado de forma especial pastorear el rebaño de Dios y confirmar a sus hermanos²⁰³. Por eso, las visitas *ad limina* tienen una significación propia y peculiar a la luz de eclesiología de comunión del Concilio y constituyen como el centro del supremo ministerio encomendado al Sumo Pontífice²⁰⁴. Son experiencias «preciosísimas y densísimas» en las que, a través del encuentro personal y el intercambio de ideas, hay un recíproco dar y darse, de los Obispos al Papa, y del Papa a los Obispos, que enriquece tanto a las Iglesias particulares como a la Iglesia universal²⁰⁵.

201. Cfr. Carta *Magnus dies*, cit.; *Alocución a los Obispos de la provincia eclesiástica de Braga (Portugal) en visita «ad limina»*, 4-II-1983, n. 4 d, LOR 1983, p. 198; *Alocución a la Conferencia Episcopal Suiza, en Einsiedeln*, 15-VI-1984, n. 2, LOR 1984, p. 439; SYNODUS EPISCOPORUM, II COETUS EXTRAORDINARIUS, *Relatio finalis*, cit., II, C, 4.

202. Cfr. SYNODUS EPISCOPORUM, II COETUS EXTRAORDINARIUS, *Relatio finalis*, cit., II, C, 4.

203. Cfr. *Alocución a los Obispos de Austria en visita «ad limina»*, 19-VI-1987, n. 2 a, LOR 1987, p. 595.

204. Cfr. Constitución Apostólica *Pastor Bonus*, cit., n. 10 b-c.; *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 9-VII-1982, incipit, LOR 1982, p. 559; *Alocución a la Curia Romana*, 21-XII-1984, n. 6 c, LOR 1984, p. 868.

205. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, n. 7, EPD 1980 (enero-junio), p. 878; Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 10 d; *Alocución a los Obispos de la provincia eclesiástica*

Los viajes pastorales del Papa permiten dar expresión pública a la colegialidad episcopal y a la comunión jerárquica porque muestran la responsabilidad común del Romano Pontífice y del episcopado de los países visitados por el Pueblo de Dios en ellos y el lugar que las Iglesias locales tienen en la dimensión universal de la Iglesia. Muestran también la comunión de toda la Iglesia y la hacen más intensa mediante la celebración de la Palabra y los sacramentos presidida por el Papa. La finalidad de los Pastores —también la del Pastor universal— es reunir al Pueblo de Dios. En esta reunión la Iglesia se reconoce a sí misma y, al mismo tiempo, se realiza a sí misma. Juan Pablo II considera que, entre los varios métodos de actuación del Vaticano II, éste es fundamental y particularmente importante. Es el método apostólico: el de Pedro y, más aún, el de Pablo.

Además, en los viajes el Papa se encuentra frecuentemente con miembros de Iglesias cristianas, no católicas, y de otras religiones, y con no creyentes, de modo que se hace realidad en ellos el fundamental capítulo II de la *Lumen Gentium*, que trata de las muchas esferas de pertenencia a la Iglesia como Pueblo de Dios y del vínculo que existe con ella, incluso por parte de aquellos que no pertenecen todavía a la misma²⁰⁶.

de Braga (Portugal) en visita «ad limina», 4-II-1983, n. 2 a-b, LOR 1983, p. 198; *Alocución a un grupo de Obispos de México en visita «ad limina»*, 26-IX-1988, n. 2 a-b, LOR 1988, p. 751; *Alocución a los Obispos alemanes al final de un encuentro con ellos en Roma*, 14-XI-1989, n. 1 a, LOR 1989, p. 821; *Alocución a un grupo de Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 19-X-1984, n. 1, LOR 1984, p. 703; *Alocución a un grupo de Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 10-III-1989, nn. 2 a, 9 b, LOR 1989, pp. 211, 212; *Alocución a los Obispos de la región sudoeste de Francia, en visita «ad limina»*, 24-IX-1982, n. 1, LOR 1982, p. 761; *Alocución a un grupo de Obispos de Argentina, en visita «ad limina»*, 1-XII-1984, n. 1 b, LOR 1984, p. 808.

206. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 21-XII-1984, n. 6 a, c, LOR 1984, pp. 867-868; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Irlanda, en Dublín*, 30-IX-1979, AAS 71 (1979), pp. 1113-1114, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 600-601; *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, nn. 9-11, EPD 1980 (enero-junio), pp. 879-881; *Alocución en la audiencia general de los miércoles*, 13-II-1985, n. 1 b-c, LOR 1985, p. 108; *Alocución a los Obispos de Nigeria, en visita «ad limina»*, 14-I-1982, nn. 1-2, LOR 1982, p. 64; B. GANTIN, *El Papa peregrino, artífice de comunión y de unidad*, n. 5 a, LOR 1988, p. 769.

5. *La colegialidad como principio de organización eclesiástica*

El hecho de que la colegialidad episcopal responda ante todo a un designio explícito de Jesucristo que, al fundar la Iglesia y dotarla de una estructura jerárquica, instituyó a los Apóstoles a modo de colegio, y de que haya que verla íntimamente ligada a la unidad de la Iglesia y a la eclesiología de comunión, no impide que Juan Pablo II detenga a veces su atención, también, en otro aspecto de la colegialidad: las razones de prudencia que hacen de ella un principio de organización para evitar la arbitrariedad y asegurar la eficacia en el gobierno de la Iglesia. Así, en un Consistorio de Cardenales, decía que *«no hay en la Iglesia asunto alguno tan poco importante que no pida el concorde consejo de muchos»*²⁰⁷.

Ya vimos más arriba, también, que Juan Pablo II trata en su primera Encíclica del desarrollo del principio de colegialidad, en cuanto a las realizaciones parciales de ésta entre los Obispos, y de la extensión del espíritu de colaboración y corresponsabilidad, que está en la entraña de la colegialidad episcopal, a formas colegiales en las que participan los sacerdotes y los laicos. Y mencionaba en ese contexto los Consejos presbiterales, los Sínodos diocesanos, los Consejos diocesanos y parroquiales de pastoral, etc.

Es éste el sentido en que se puede hablar de la colegialidad como principio de la organización eclesiástica, en la que, no pocas veces, los actos de gobierno están encomendados a colegios. Tanto los de la potestad legislativa —en el caso del Concilio Ecuménico, los Concilios particulares y, para algunos supuestos, las Conferencias Episcopales—, como los de la potestad administrativa —en el caso de los dicasterios de la Curia Romana— y los de la potestad judicial, que es ejercida la mayoría de las veces por tribunales colegiales en las diversas instancias.

Es verdad que los oficios capitales —el Romano Pontífice y los Obispos diocesanos— no pueden ser sustituidos por un colegio, pero son ayudados en el desempeño de sus funciones por diversos colegios consultivos, aunque mantienen siempre la posibilidad de reservarse la

207. *Alocución al Consistorio de Cardenales*, 25-VI-1984, LOR 1984, p. 421 (el subrayado es nuestro).

decisión última. Además, como ya dijimos, el Colegio Episcopal es sujeto de la suprema potestad en la Iglesia.

El Directorio para la visita *ad limina* de 1988 recoge en su primer apéndice una nota teológica del Card. Ratzinger, en la que éste habla del encuentro entre el principio personal y el principio comunitario en el gobierno de la Iglesia, y dice que «el Señor ha confiado el gobierno de su Iglesia a las personas, no a las estructuras. Las estructuras no son responsables, lo son sólo las personas, en cuya conciencia se refleja la voz de Dios. El hecho de que la unidad de la Iglesia no se expresa, al fin, en una vaga conciliaridad, sino en una persona, constituye, este hecho solo, fundamentalmente el último pernio del personalismo de la constitución de la Iglesia».

Pero ese dato básico de la constitución jerárquica de la Iglesia es compatible con la realidad de que «las personas aisladas están siempre en peligro de caer en la arbitrariedad; el personalismo llega a ser unilateral sin el complemento de la dimensión comunitaria». Y en remedio de este peligro viene otro elemento —también fundacional en la Iglesia—: «la responsabilidad personal del Papa y de cada uno de los Obispos diocesanos están conexas en la colegialidad de todos los sucesores de los Apóstoles y en la comunión de las Iglesias particulares».

Y, como reflejo de este segundo designio fundacional, nos encontramos ya a otro nivel —de desarrollos humanos de la constitución de la Iglesia—, con que «más allá de la unión fundamental de la fe y los sacramentos, a través de la cual se realiza el 'nosotros' de la Iglesia, conoce la tradición sobre todo la figura del 'consejo', al cual pertenecen elementos tales como reflexión común, diálogo, discusión, votación, y en el que hallamos una síntesis entre responsabilidad personal y estructura comunitaria»²⁰⁸. Nos parece que estas consideraciones son aplicables en general a las diversas realizaciones de la colegialidad episcopal.

Dice Juan Pablo II que el espíritu propio de la doctrina del Concilio Vaticano II sobre la colegialidad es buscar la comunión con los otros hermanos en el episcopado por el bien de la Iglesia universal, mediante

208. J. RATZINGER, *Nota Teológica sobre la visita «ad limina»*, n. 3 c, incluida como Apéndice I en Congregación para los Obispos «Directorio para la visita *ad limina»*, 29.VI.1988, LOR 1988, p. 668.

una recíproca comunicación de las ideas y de los trabajos realizados o por realizar. De ahí la importancia del coloquio o diálogo como instrumento de la colegialidad²⁰⁹. La armonización de los diversos puntos de vista personales que frecuentemente confluirán en la colegialidad requiere antes que nada la observancia cuidadosa de las normas procedimentales, estatutarias o de derecho común (cfr. c. 127 § 1), que regulan la formación de la voluntad colegial.

Pero Juan Pablo II señala otros requerimientos no jurídicos de la colegialidad, sin los cuales ésta difícilmente sería operativa. El diálogo colegial, para ser auténtico, requiere atención para con los demás en los pequeños gestos de la vida cotidiana. Así se crea el clima que hace crecer la confianza recíproca, que no se limita a la simple cordialidad en el trato mutuo, sino que llega hasta el sentimiento profundo que permite aceptar con sencillez, en el campo de lo opinable, ideas o posiciones diversas de las propias, para que quede salvaguardado el bien común de la Iglesia en el plano local y en su dimensión universal²¹⁰.

Además, no deja de aplicar a la colegialidad su frecuente afirmación de que la fecundidad de cualquier ministerio pastoral depende de la santidad de vida de los Pastores. En el plan de Dios, la santidad es esencial para toda guía eficaz de la Iglesia, es la base de todo auténtico interés pastoral y de toda actividad colegial²¹¹. Como el anterior, es éste un requerimiento no jurídico, pero muy congruente con la naturaleza de la Iglesia y de la colegialidad, que, como hemos visto más arriba, se fundamenta en razones espirituales, teológicas, antes que en criterios organizativos o de eficacia.

209. Cfr. K. WOJTYLA, *Intervención en el Sínodo, 15-X-1969*, en SYNODUS EPISCOPORUM, «Acta I Coetus Extraordinarii», Romae 1969, I, pp. 295-299.

210. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 3 c, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 571.

211. Cfr. *Alocución a los Obispos de Ghana en visita «ad limina»*, 12-XI-1981, n. 5, EPD 1981 (julio-diciembre), pp. 392-393.

IX. SÍNODO DE LOS OBISPOS

1. *Naturaleza teológica y jurídica del Sínodo*

La naturaleza del Sínodo de los Obispos es una cuestión debatida por la doctrina teológica y canónica. Se discute hasta qué punto el Sínodo realiza la colegialidad episcopal y, en relación con esto, qué valor tiene el voto del Sínodo. Hay al respecto opiniones diversas que pueden agruparse en tres posiciones²¹²:

a) El Sínodo es expresión de la colegialidad episcopal en el sentido estricto de LG 22 y CD 4 y sería una institución jurídica del Colegio Episcopal, sujeto de la suprema potestad de la Iglesia para su ejercicio extraconciliar y, por tanto, de naturaleza análoga a la del Concilio Ecuménico.

b) El Sínodo es una expresión de la colegialidad episcopal cercana a la de LG 22. No tiene la suprema potestad ni se puede equiparar al Concilio Ecuménico, pero es verdadera forma de colegialidad, aunque no posea la solemnidad y fuerza jurídica del Concilio, porque actúa una potestad ordinaria y propia sobre la Iglesia universal, distinta de la potestad suprema del Papa o del Colegio, basada simplemente en el ejercicio de los «munera» conferidos a los Obispos por la consagración episcopal.

c) El Sínodo no es expresión de la colegialidad episcopal; no tiene la suprema potestad y sus actos no son colegiales en el sentido de LG 22; si lo fueran no tendrían valor consultivo, sino deliberativo; en los casos en que el Papa decida conceder valor deliberativo a las decisiones del Sínodo, éstas constituirán un supuesto de potestad delegada: no procedería de la consagración episcopal de los miembros del Sínodo, sino del Papa.

El pensamiento del Card. Wojtyla sobre el Sínodo puede resumirse en los siguientes puntos:

a) El Sínodo se inscribe en una línea de desarrollo de la doctrina conciliar sobre la colegialidad, como realización no plena de ésta, cónsona a nuestro tiempo.

212. Cfr. J.I. ARRIETA, *El Sínodo de los Obispos*, Pamplona 1987, pp. 141-158.

b) El Sínodo *permite al entero Colegio Episcopal, bajo la guía del Sucesor de Pedro, realizar fructuosamente la potestad plena y suprema sobre toda la Iglesia, de la que los Obispos son partícipes*²¹³.

c) Por eso, el voto colegial del Sínodo es el «voto del entero Colegio Episcopal» y su importancia se encuentra principalmente en el modo colegial de pronunciarse, así como en lo que se declara con él, mucho más que en su aspecto formal²¹⁴.

d) El voto colegial del Sínodo no se puede entender, por tanto, con el significado que este voto tiene en la sociedad civil, ni se le puede ver sólo bajo el aspecto formal, consultivo o deliberativo. *El voto sinodal tiene una enorme importancia precisamente por ejercitar de modo colegial una potestad plena y suprema sobre toda la Iglesia*²¹⁵. Sólo formalmente es un «consejo» para la Cabeza de la Iglesia. Constituye para el Obispo de Roma —sólo él tiene, por razón de su oficio, una potestad plena, suprema y universal sobre toda la Iglesia— un inmenso auxilio en el cumplimiento de su misión.

En los primeros años de su pontificado Juan Pablo II expone una doctrina sobre el Sínodo en consonancia con las ideas anteriores:

a) El Sínodo es un desarrollo de la colegialidad episcopal, una expresión de la colegialidad acomodada a las necesidades actuales²¹⁶.

213. «L'esercizio di tale potere nello stato di 'dispersione', che è condizione normale per i Vescovi che hanno precisi compiti, circoscritti alle Chiese locali, esige di tanto in tanto un completamento attraverso un atto comune, quale è il sinodo. *La comunione sinodale permette all'intero Collegio, sotto la guida del Successore di Pietro, di realizzare, fruttuosamente, quella potestà piena e suprema su tutta la Chiesa, della quale sono partecipi*». K. WOJTYŁA, *O Synodzie...*, cit., pp. 308-309. El subrayado es nuestro.

214. «Eppure sembra che qui l'aspetto formale non sia decisivo. Il peso specifico, *proprio del voto dell'intero collegio episcopale*, lo si ritrova principalmente nel modo collegiale di pronunciarsi, come pure in ciò che viene dichiarato». *O Synodzie...*, cit., p. 309. El subrayado es nuestro.

215. «Invece de facto *il votum sinodale*, 'la voce riunita' dei Vescovi di tutta la Chiesa, nelle questioni chiave come 'sacerdotium ministeriale', o la giustizia nel mondo, *ha un'enorme importanza proprio per esercitare in modo collegiale 'una potestà piena e suprema su tutta la Chiesa'* L'istituzione del Sinodo dei Vescovi ha permesso ancora una volta a tale potestà, che sempre e ovunque ha un carattere dottrinale e pastorale ereditato dall' collegio apostolico, di *venir fuori dalla dispersione e di esprimersi attraverso un atto comune e un votum collegiale*, su questioni primarie per la Chiesa dei nostri tempi». *O Synodzie...*, cit., pp. 309-310. El subrayado es nuestro.

216. Cfr. *Alocución a los Cardenales y a todos los hombres de buena voluntad, después de su elección*, 17-X-1978, AAS 70 (1978), p. 922, EPD 1978, pp. 342-344; *Alocución al*

Expresa la colegialidad de modo ciertamente intenso, si bien diverso al del Concilio Ecuménico²¹⁷. Tiene menor competencia que éste, pero por su agilidad y operatividad presenta ventajas respecto del Concilio²¹⁸.

b) En cuanto al voto sinodal decía que, si es moralmente unánime, comporta un peso eclesial peculiar que supera el aspecto simplemente formal del voto consultivo. Daba mucha importancia al hecho de que los documentos pontificios postsinodales reflejen el pensamiento común de la asamblea sinodal y del Sumo Pontífice que la preside «ex proprio officio»²¹⁹.

A finales de 1990 hace ya una exposición más matizada, afirmando que:

a) La autoridad y la configuración objetiva del Sínodo difieren sustancialmente de las del Concilio por constitución, representatividad, capacidad potestativa y calidad y amplitud de magisterio y, por tanto, por eficacia ejecutiva.

b) La *colegialidad episcopal*, en sentido propio o estricto, *pertenece sólo a todo el Colegio Episcopal* que, como sujeto teológico, es indivisible. El Sínodo es expresión de la *sollicitudo omnium ecclesiarum* propia de todo Obispo, y del correspondiente *affectus collegialis* de los Obispos entre sí. En él toma cuerpo también la relación vital que existe entre la *sollicitudo omnium ecclesiarum* de cada uno de los Obispos y el primado de Pedro²²⁰.

c) Por su naturaleza, el Sínodo tiene una función consultiva; sólo goza de poder deliberativo si el Pontífice se lo concede en algún caso. El fundamento de la autoridad del Sínodo está en su relación con el Sucesor de Pedro²²¹. Aún así, se puede sostener que las *propuestas* sinodales

Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos, 16-XII-1978, AAS 71 (1979), pp. 107-108.

217. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 3 b-c, LOR 1983, p. 272.

218. Cfr. *Alocución de clausura del Sínodo de los Obispos*, 27-X-1990, n. 1 b-c, LOR 1990, p. 623.

219. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 3 d, LOR 1983, p. 272; *Alocución en la clausura de la VI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos*, 29-X-1983, n. 5 g, LOR 1983, p. 620.

220. Cfr. *Alocución a los Cardenales y prelados de la Curia Romana* 20-XII-1990, nn. 5-7, LOR 1990, p. 750.

221. Cfr. *Alocución a los Cardenales y prelados de la Curia Romana* 20-XII-1990, n. 7 b, LOR 1990, p. 750.

asumen indirectamente la importancia de *decisiones*, porque el Papa procura recoger en los documentos postsinodales el parecer del Sínodo²²².

Se puede concluir que, en lo referente a la naturaleza teológica del Sínodo, hay una evolución en la doctrina sustentada en las opiniones recogidas más arriba. Mientras que, como Arzobispo de Cracovia, sostenía una opinión que puede incluirse entre las del primer grupo del «status quaestionis» —el Sínodo como sujeto de la potestad plena y suprema sobre toda la Iglesia—, en 1990 Juan Pablo II se expresa en relación al Sínodo de un modo que se puede encuadrar entre las opiniones del tercer grupo, es decir, las que colocan al Sínodo en relación con LG 23, como una forma de ejercer la solicitud por todas las Iglesias que corresponde a los Obispos y el afecto colegial, pero no la colegialidad episcopal en sentido estricto.

En cuanto a la naturaleza jurídica del Sínodo, nos parece que el Santo Padre no usa argumentos jurídicos, sino teológicos y pastorales. En efecto, tanto como Arzobispo de Cracovia como después desde la Cátedra de San Pedro, insiste en que lo significativo no es el carácter consultivo que las normas reguladoras del Sínodo atribuyen a su voto, sino el peso eclesial de tal voto, cuando es moralmente unánime, y el hecho de que el Papa procura reflejar en las exhortaciones apostólicas postsinodales el parecer del Sínodo. Esto es cierto desde un punto de vista pastoral, pero afirmar que, por esa razón, las propuestas sinodales asumen indirectamente la importancia de decisiones no quita validez al hecho de que, desde el punto de vista jurídico, las decisiones del Sínodo no tienen fuerza vinculante y que, por tanto, el Sínodo no es un colegio deliberativo sino consultivo.

Ayuda, no obstante, a entender la importancia de la colegialidad y de la función consultiva en la Iglesia el hecho de que Juan Pablo II esté siguiendo la praxis de recoger en los documentos postsinodales el parecer del Sínodo sobre los diversos aspectos del tema tratado, a pesar de que jurídicamente tiene sólo el valor de una propuesta o consejo y de que, por lo demás, la potestad del Romano Pontífice es suprema, no limitada por ninguna autoridad humana. Subyace en esa praxis el mismo

222. Cfr. *Alocución de clausura del Sínodo de los Obispos*, 27-X-1990, n. 2, LOR 1990, p. 623.

criterio que inspira la disposición del c. 127 § 2, 2º, que establece que el superior que necesita el consejo de un colegio o grupo de personas para realizar ciertos actos, aunque no tenga ninguna obligación de seguir ese parecer, aun unánime, no debe, sin embargo, apartarse del dictamen, sobre todo si es concorde, sin una razón que, a su juicio, sea más poderosa.

2. *Comunión y colegialidad en el Sínodo*

Las consideraciones que hace Juan Pablo II sobre la relación del Sínodo con la la comunión y la colegialidad resultan muy iluminadoras para captar su visión tanto del Sínodo como de esas dos realidades eclesiológicas básicas.

El Concilio Vaticano II dejó bien claro que la Iglesia es, por institución divina, una «communio». De la fecunda y esencial realidad de la «communio» característica de la Iglesia, es de donde ha surgido la institución del Sínodo de los Obispos. LG 13 dice que, en virtud de la catolicidad de la Iglesia, cada una de sus partes colabora con sus dones propios con las restantes partes y con toda la Iglesia. Aquí está la más profunda motivación del Sínodo: la Iglesia tiene un propio dinamismo interior de comunión, que se realiza en muchos niveles, y que constituye una participación y un reflejo de la Comunión que es Dios mismo en el misterio trinitario: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

El Sínodo hunde sus raíces en la estructura de comunión del Colegio de los Obispos²²³. Realiza, en primer lugar, la comunión jerárquica. En el Sínodo queda claro que la colegialidad, en cualquiera de sus realizaciones, plenas o parciales, se da siempre «cum Petro et sub Petro», porque el Sínodo —como establece el c. 344— está sometido directamente a la autoridad del Romano Pontífice, a quien compete convocarlo, cuantas veces le parezca oportuno, y determinar el lugar en el que deben celebrarse las reuniones, así como los temas que deben tratarse en él²²⁴.

223. Cfr. *Alocución a la reunión consultiva de la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos*, 5-VI-1990, n. 2, LOR 1990, p. 345.

224. Cfr. *Declaraciones a los periodistas en vuelo hacia Africa*, 1-IX-1990, LOR 1990, p. 492.

Como realización de la colegialidad, aunque no plena, el Sínodo pone de relieve el nexo íntimo que existe entre la colegialidad y el primado y la interdependencia entre ambos. Fomenta la unión estrecha entre los Obispos y el Romano Pontífice —que es la función principal asignada al Sínodo por CIC, c. 342²²⁵—, porque es oportunidad de comunicación e intercambio, de que los Obispos se sientan escuchados y acogidos²²⁶.

Aunque tanto CD 5 como el CIC en el c. 342 se refieren sólo a la ayuda que los Obispos prestan al Papa a través del Sínodo, para Juan Pablo II el Sínodo evidencia, además y antes que ése, otro aspecto implícito en el flujo recíproco que se da entre colegialidad y primado: que el primado está al servicio de la colegialidad de los Obispos, porque en el misterio de la Iglesia todos los elementos encuentran su lugar y su función. Y la función del Obispo de Roma inserta a éste profundamente en el Cuerpo de los Obispos, como centro y quicio de la comunión episcopal²²⁷.

La comunión jerárquica, además de unión de los Obispos con el Papa, es unión de los Obispos entre sí. Una asamblea sinodal no puede reducirse a una consulta sobre problemas prácticos. Su verdadera razón de ser es el hecho de que la Iglesia sólo puede progresar si se refuerza la comunión entre sus miembros, comenzando por los Pastores. En el Sínodo se manifiesta y desarrolla la comunión entre los Obispos y se pone de manifiesto la íntima relación que hay entre comunión jerárquica y comunión de las Iglesias²²⁸.

A las asambleas Sinodales asisten representantes de los Pastores como delegados de cada una de las Iglesias locales de todos los continentes. Ya durante la fase preparatoria se consulta a las Iglesias locales y su experiencia de la vida de fe es llevada después por los Obispos a la Asamblea. En ella se intercambian informaciones, sugerencias y

225. Cfr. *Alocución en la reunión plenaria del Consejo de la Secretaría General del Sínodo*, 18-II-1984, n. 3 d-e, LOR 1984, p. 163.

226. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 20-XII-1990, n. 4, LOR 1990, p. 750.

227. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 3 f, AAS, 75 (1983), p. 651. LOR 1983, p. 272.

228. Cfr. *Alocución al Consejo para el Sínodo Africano, en Costa de Marfil*, 10-IX-1990, n. 3 a, LOR 1990, p. 517; *Alocución de clausura del Sínodo de los Obispos*, 27-X-1990, n. 1 e-g, LOR 1990, p. 623.

propuestas; y a la luz del Evangelio y de la doctrina de la Iglesia se delinean orientaciones comunes que, aprobadas luego por el Sucesor de San Pedro, repercuten en beneficio de las mismas Iglesias locales, de manera que toda la Iglesia pueda mantener la comunión en la pluralidad de culturas y situaciones²²⁹. En este dinamismo entran, por tanto, las Iglesias particulares en calidad de sujetos de comunión. Y así, en el ámbito del Sínodo, mediante la «coniunctio pastorum» se manifiesta y celebra la «communio Ecclesiarum»²³⁰.

3. *Desarrollo y crecimiento de las formas sinodales*

En sintonía con su concepción gradual de la colegialidad²³¹ y con la estima que manifiesta por sus diversas realizaciones, Juan Pablo II afirma que, al igual que cualquier institución humana, el Sínodo de los Obispos crece y podrá crecer y desarrollar más sus potencialidades, tal como previó Pablo VI en la Carta «Apostólica sollicitudo»²³².

Durante su pontificado han tenido inicio las asambleas especiales. La primera fue la del Sínodo particular de los Obispos de Holanda, en enero de 1980, denominada así y no Sínodo especial, que es la terminología usada por Pablo VI y el Código de 1983. Hay una nota eclesiológica que es más resaltante en estas asambleas que en las generales: el principio de la compenetración recíproca entre la Iglesia universal y la Iglesia local se expresa en este Sínodo de un modo especial²³³.

El que en ese Sínodo particular participaran todos los Obispos de Holanda dio lugar a que en la doctrina hubiera opiniones diversas sobre si se podía identificar con las asambleas especiales, en las cuales se reúnen sólo algunos representantes de las Conferencias Episcopales de una región. En cualquier caso, un hecho significativo es que las resolu-

229. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 2 b-c, LOR 1983, p. 272.

230. Cfr. *Alocución a los Cardenales y prelados de la Curia Romana* 20-XII-1990, n. 9 d-g, LOR 1990 p. 751.

231. Cfr. *O Synodzie...*, cit., p. 307. Vid. *supra*, apartado VIII, 2.

232. Cfr. *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 30-IV-1983, n. 4, LOR 1983, p. 272; J. TOMKO, *Visione del Sinodo dei Vescovi di Giovanni Paolo II*, en «Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi», cit., p. 21.

233. Cfr. *Homilía en la Misa de inauguración del Sínodo particular de los Obispos de Holanda*, 14-I-1980, n. 4 a-b, EPD 1980 (enero-junio), p. 225.

ciones de ese Sínodo tomaron la forma de un acuerdo jurídico adoptado por la Conferencia Episcopal holandesa e inmediatamente ratificado por el Papa²³⁴.

En las visitas *ad limina* el Papa, además de entrevistarse personalmente con cada Obispo, suele tener un encuentro con el grupo completo de Obispos de cada país que han ido juntos a Roma. En esa ocasión el Papa da a los Obispos directrices de interés común para el gobierno de la Iglesia en el país o en el grupo de diócesis al que pertenecen los Obispos.

Pero además de esta audiencia final, Juan Pablo II ha querido tener un nuevo tipo de reunión conclusiva de las visitas *ad limina*, en el caso de algunos países con un episcopado numeroso. Esto ha sucedido, por ejemplo, tras las visitas *ad limina* de los Obispos de Brasil en 1986 y las de los Obispos de Estados Unidos en 1989. Aunque no se han planteado como Sínodos especiales, estas reuniones han tenido cierta similitud con ellos. Participaron en ellas por el episcopado brasileño los Cardenales de ese país, el Presidente y el Secretario de la Conferencia Episcopal, y los Obispos Presidentes de los Secretariados Regionales en que está dividida la Conferencia. El episcopado norteamericano estuvo representado por los Arzobispos metropolitanos. Junto a ellos, también asistieron varios Cardenales de la Curia Romana. Presidió el Papa.

La concepción abierta y flexible que tiene Juan Pablo II de las formas sinodales se refleja también en su consideración de las agrupaciones continentales de Conferencias Episcopales, como el CELAM y las de diversas regiones africanas como estructuras pre-sinodales²³⁵.

4. Juan Pablo II y el Sínodo

Juan Pablo II habla del Sínodo de los Obispos en términos que no dejan duda acerca de la alta estima que le merece este órgano consultivo. Considera que ha servido en el difícil periodo postconciliar para que el

234. Cfr. J. TOMKO, *Visione del Sinodo...*, cit., p. 21; J.L. GUTIÉRREZ, comentario al c. 346, en *Código de Derecho Canónico*, Pamplona 1992; J.I. ARRIETA, *El Sínodo de los Obispos*, Pamplona 1987, pp. 218-219.

235. Cfr. *Declaraciones a los periodistas en el vuelo Roma-Ciudad de México*, 6-V-1990, LOR 1990, p. 272; *Declaraciones a los periodistas en vuelo hacia Africa*, 1-IX-1990, LOR 1990, p. 492.

Colegio de los Obispos manifieste con una postura común y unánime su unión con el Sucesor de Pedro, contribuyendo a disipar dudas e indicando los caminos justos para la renovación de la Iglesia. Ha contribuido de manera muy notable a aplicar las enseñanzas y orientaciones, tanto doctrinales como pastorales, del Concilio Vaticano II, y el modo como el Sínodo entiende y explica el Concilio se ha convertido casi en el modo de interpretar, aplicar y desarrollar el mismo Concilio.

Sin excluir la posibilidad de una evolución del Sínodo hacia formas que constituyan una manifestación más plena de la colegialidad episcopal, señala que, en su presente forma, es ya muy útil como manifestación particularmente valiosa de la colegialidad episcopal y presta un gran servicio a la Iglesia. Valora mucho el que el Sínodo permite a todos los participantes y específicamente a él, como Pastor Supremo, obtener, en un tiempo relativamente breve, una imagen sintética y al mismo tiempo suficientemente diferenciada de un problema determinado y sacar conclusiones importantes para la acción de la Iglesia. Ve la decisión tomada por el Papa Pablo VI, durante la última sesión del Concilio Vaticano II, de instituir el Sínodo de los Obispos como un acto verdaderamente providencial²³⁶.

X. EL COLEGIO DE CARDENALES

La función principal del Colegio de Cardenales es la de elegir al Obispo de Roma²³⁷, pero tiene también competencias en los periodos de sede plena.

236. Cfr. *Alocución en la clausura de la VI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos*, 29-X-1983, nn. 5 d-h, LOR 1983, p. 620; *Alocución a los miembros de la Secretaría General del Sínodo*, 17-VI-1988, n. 2a, LOR 1988, p. 58; *Alocución de clausura del Sínodo de los Obispos*, 27-X-1990, n. 1, LOR 1990, p. 623.

237. Cfr. *Alocución a los Cardenales en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450. EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 877-879.

1. *Periodos de sede vacante*

Al igual que hicieron muchos de sus predecesores, Juan Pablo II ha promulgado una nueva ley peculiar sobre la Sede Apostólica vacante y la elección del Romano Pontífice²³⁸, que confirma las normas de sus predecesores en su sustancia y en los principios de fondo que las inspiraron y, a la vez, las actualiza en función de la presente situación de la Iglesia y de la promulgación de los nuevos Códigos de la Iglesia latina y de las Iglesias orientales²³⁹.

Entre los cambios que introduce cabe destacar en primer lugar que las habitaciones de quienes participan en el Cónclave quedarán fuera del Palacio Apostólico, en un nuevo edificio del Vaticano, con condiciones materiales más adecuadas que la zona contigua a la Capilla Sixtina que se venía utilizando. Da normas, sin embargo, para asegurar la separación y el consiguiente recogimiento que un acto de tal importancia para toda la Iglesia exige de los electores²⁴⁰ y, a la vez, considerando el carácter sagrado del acto y, por tanto, la necesidad de que se desarrolle en una sede apropiada, en la cual, por una parte, las acciones litúrgicas se conjuguen bien con las formalidades jurídicas y, por otra, se facilite a los electores disponer sus ánimos para acoger las mociones interiores del Espíritu Santo, dispone que la elección se continúe desarrollando en la Capilla Sixtina, donde todo contribuye a fomentar la conciencia de la presencia de Dios, ante quien todos deberán comparecer un día para ser juzgados²⁴¹.

Otra modificación que ha introducido Juan Pablo II en el Cónclave es eliminar la elección por aclamación, por no considerarla idónea para manifestar el sentir de un colegio elector tan numeroso y tan diverso en cuanto a procedencia, así como la elección por compromisarios, porque es de difícil realización y tiende a disminuir la conciencia de la responsabilidad personal de los electores²⁴². Deja, por tanto, como única forma de elección la del escrutinio secreto, en la que ve las mejores

238. Constitución Apostólica *Universi Dominici gregis*, 22-II-1996, AAS 88 (1996), pp. 305-343 (cit.: UDG).

239. Cfr. UDG, preámbulo, par. 4.

240. Cfr. UDG, preámbulo, par. 10.

241. Cfr. UDG, preámbulo, par. 11.

242. Cfr. UDG, preámbulo, par. 13.

garantías de transparencia, rectitud, simplicidad, comprensión y, sobre todo, de participación cierta y constructiva de todos y cada uno de los miembros del Cónclave²⁴³.

2. *Periodos de sede plena*

Desde que en el siglo XVI Sixto V dotó a la Curia Romana de su estructura formal, sustituyendo al único Colegio de Cardenales por una pluralidad de colegios compuestos de varios Cardenales, con competencia restringida a ciertas materias, la función originaria y la importancia del Colegio Cardenalicio en los periodos de sede plena quedaron muy reducidas²⁴⁴. Como consecuencia, se hizo menos frecuente la celebración de Consistorios extraordinarios. Este proceso se acentuó con la creación del Sínodo de los Obispos, que también absorbió, ya durante el pontificado de Pablo VI, las funciones de estudio y asesoramiento propias de los Consistorios.

Los Consistorios extraordinarios, que —como decimos— no tenían lugar «ab immemorabili», exceptuando las sesiones del Cónclave, han vuelto a ser convocados regularmente por Juan Pablo II. Quiere el Santo Padre que los Cardenales cumplan en ellos el cometido que el Código de Derecho Canónico les atribuye de ayudar al Romano Pontífice en el examen y decisión de las «quaestiones maioris momenti», así como en el cumplimiento de los deberes anejos a la «cura cotidiana universae Ecclesiae»²⁴⁵.

Para Juan Pablo II no son sólo razones históricas —su venerable tradición como colegio electivo y consultivo del Romano Pontífice— las que fundan la existencia actual del Colegio Cardenalicio, sino la importancia que concede al mandato conciliar de aplicar y desarrollar la colegialidad episcopal, tema éste al que ya nos hemos referido en los dos apartados precedentes²⁴⁶. Es su convencimiento de que la colegialidad

243. Cfr. UDG, preámbulo, par. 14.

244. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 4 f.

245. Cfr. c. 349; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio de Cardenales*, 23-XI-1982, n. 1, LOR 1982, p. 778; *Alocución en el Consistorio público de Cardenales*, 2-II-1983, n. 2 c, LOR 1983, p. 62.

246. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, n. 4 a-c, EPD 1980 (enero-junio), pp. 876-877; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio de Cardenales*,

propia del gobierno de la Iglesia reclama que quienes desempeñan oficios capitales se vean asistidos por el consejo de muchos lo que le ha llevado a desear reunirse más frecuentemente con la asamblea plenaria del Colegio de Cardenales para sacar provecho de sus consejos y experiencia²⁴⁷.

Resulta expresivo de la valoración que Juan Pablo II da a las sugerencias y propuestas que hacen los Cardenales en los Consistorios ver cómo se han plasmado en la creación de nuevos organismos de la Curia. Es, por ejemplo, el caso del Consejo de Padres Cardenales para estudiar los problemas de carácter organizativo y económico de la Sede Apostólica y del Pontificio Consejo para la Cultura, que surgieron del primer Consistorio Extraordinario celebrado en 1979, en el que el Santo Padre sometió a la consideración de los Cardenales la cuestión de los medios económicos de la Sede Apostólica, y también la de la actividad de las Academias Pontificias y el modo de impulsar por medio de ellas la relación entre fe y cultura en los términos que había planteado la Const. *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II. Por eso, el Papa decía a los Cardenales en la siguiente asamblea plenaria que sabían bien cómo las sugerencias que hicieron se habían puesto en práctica²⁴⁸.

Por otra parte, el tercer tema que había estudiado el primer Consistorio extraordinario —la revisión de la Const. Ap. *Regimini Ecclesiae Universae*—, que era el tema al que lógicamente Juan Pablo II concedía mayor importancia, fue llevado por el Papa a otros dos Consistorios extraordinarios —en 1982 y 1985—, para oír de nuevo el parecer de los Cardenales sobre los trabajos de revisión, antes de que procediera a promulgar en 1988 la nueva ley de la Curia.

El Santo Padre considera que en el Colegio Cardenalicio se reflejan en síntesis admirable los dos aspectos que caracterizan la figura y el oficio del Romano Pontífice: en cuanto Obispo de Roma, por la vincula-

23-XI-1982, n. 2, LOR 1982, p. 778; *Alocución en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, n. 2, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 876-888.

247. Cfr. *Alocución a los Cardenales en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 877-879.

248. Cfr. *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio de Cardenales*, 23-XI-1982, n. 3 b, LOR 1982, p. 778.

ción de los Cardenales a las iglesias de Roma y a las sedes suburbicarias, y en cuanto Pontífice de la Iglesia universal, porque la universalidad de la Iglesia está bien reflejada en la composición misma de ese Colegio integrado por Purpurados de todos los continentes²⁴⁹.

Por su universalidad, el Colegio de Cardenales es también manifestación peculiar de la «communio Ecclesiarum», de la unión de las Iglesias particulares con la Cátedra de Pedro. Juan Pablo II subraya la especial responsabilidad que tienen los Cardenales de dar a los fieles e incluso a los Obispos luz y orientación para vivir más a fondo la comunión con la Sede Romana²⁵⁰.

Piensa que la nueva fuerza dada al Colegio Cardenalicio no oscurece la solicitud colegial de todos los Obispos por la Iglesia universal, porque los Cardenales son también Obispos y porque la «sollicitudo omnium Ecclesiarum» de todos los Obispos ha encontrado un nuevo modo de expresión en el Sínodo de los Obispos. Este es la expresión principal de la colegialidad, pero el conjunto de los Cardenales forma también un Colegio y se han de poner de relieve las diversas potencialidades que encierra, así como las posibles formas de su funcionamiento. Juan Pablo II ve posibilidades de nuevas experiencias en el funcionamiento del Sacro Colegio, en la línea del desarrollo de la colegialidad, de modo semejante a como las ve para el Sínodo²⁵¹. Ambas instituciones, cada una con su propia fisonomía, son buena muestra de la realidad que ha puesto de relieve la Constitución dogmática sobre la Iglesia: el Colegio Episcopal «en cuanto compuesto por muchos, expresa la variedad y universalidad del Pueblo de Dios; y en cuanto agrupado bajo una sola Cabeza, la unidad de la grey de Cristo (LG 22)»²⁵².

249. Cfr. UDG, preámbulo, par. 7.

250. Cfr. *Alocución en el Consistorio público de Cardenales*, 2-II-1983, nn. 3 c-e, 4 a, LOR 1983, p. 62.

251. Cfr. *Alocución en la clausura de la II Asamblea plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio*, 26-XI-1982, n. 3, LOR 1982, p. 773.

252. Cfr. *Alocución en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, n. 2, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 876-888; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio de Cardenales*, 23-XI-1982, n. 2, LOR 1982, p. 778; *Alocución en la clausura de la II Asamblea plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio*, 26-XI-1982, n. 3, LOR 1982, p. 773.

XI. LA CURIA ROMANA

El Código dedica sólo dos cánones a la Curia Romana, y remite su ordenación a una ley especial. Juan Pablo II promulgó el 28-VI-1988 esa ley, la Const. Ap. *Pastor Bonus*, a la que ya nos hemos referido más arriba, y sustituyó con ella la que había dado Pablo VI en 1967. Tiene un preámbulo rico en contenido doctrinal y relativamente extenso, en el que el Santo Padre trata de las notas que definen la naturaleza de la Curia, así como de los principios que inspiran su organización y funcionamiento. Es la primera vez que un documento legislativo de este tipo antepone a la parte normativa una amplia reflexión eclesiológica para fundamentar la institución que se va a regular²⁵³.

Cuando Pablo VI promulgó la «Regimini», sólo dos años después de la clausura del Concilio, no había habido tiempo para una sedimentación de los principios eclesiológicos contenidos en los documentos conciliares. Distinta es la situación veinte años más tarde. Para entonces la doctrina eclesiológica y canónica había podido prestar atención a las implicaciones de esos principios y, en concreto, se había visto que los que debían reflejarse en la ordenación jurídica de la Curia eran el carácter colegial y primacial de la constitución jerárquica de la Iglesia, la inmanencia entre Iglesia universal e Iglesias particulares y el carácter pastoral de la acción de gobierno en la Iglesia²⁵⁴.

Sin embargo, las consecuencias a las que se iba llegando en las diversas formulaciones doctrinales sobre esos temas distaban de ser unánimes. Se hacía necesaria una decantación, si no para zanjar las discusiones doctrinales —el CIC no lo había hecho respecto a la cuestión del sujeto de la suprema autoridad de la Iglesia—, al menos para definir la naturaleza y la función de la Curia en el marco de la eclesiológica conciliar. Esto es lo que lleva a cabo Juan Pablo II en el preámbulo de PB.

253. Cfr. A. CATTANEO, *La fundamentación eclesiológica de la Curia Romana en la «Pastor Bonus»*, p. 40, en «Ius Canonicum» 59 (1990), pp. 39-57.

254. Cfr. J.I. ARRIETA, *La reforma de la Curia Romana*, en «Ius Canonicum» 29 (1989), pp. 185-186.

1. *Índole instrumental y carácter vicario de la Curia*

La nota principal de la Curia Romana es su *índole ministerial o instrumental*: es un instrumento en manos del Romano Pontífice, está unida al ministerio Petrino, fundada en él²⁵⁵. Muy relacionado con esta nota, está su *carácter vicario*, en virtud del cual la Curia:

a) no goza de ningún poder ni potestad al margen de los que recibe del Supremo Pastor;

b) debe inmediata adhesión y absoluta obediencia al Romano Pontífice, por lo cual su actuación ha de manifestar una fiel interpretación y sintonía e incluso una cierta identidad con la voluntad de aquel en quien tiene origen su potestad; cuanto más se esfuerce la Curia en mostrarse fiel y acorde a la voluntad del Romano Pontífice, tanto más valiosa y eficaz será la ayuda que le preste;

c) aunque los actos de la Curia tengan la autoridad moral de los actos primaciales, no son, jurídicamente, atribuibles al Romano Pontífice; por eso se puede recurrir contra ellos²⁵⁶.

Estas notas delimitan claramente la posición eclesiológica de la Curia, que no puede ser colocada al nivel de organismo paralelo al Colegio Episcopal. La relación entre el Obispo de Roma, Vicario de Cristo para la Iglesia universal, y los Obispos, vicarios de Cristo en su Iglesia particular, se inscribe en la fundación de la Iglesia por Jesucristo y es componente constitutivo de la sucesión apostólica, en virtud de la cual los sucesores de los Apóstoles, junto con el Sucesor de Pedro y bajo su dependencia, gobiernan la Iglesia. Por tanto, esa relación entre el Obispo de Roma y los otros Obispos no puede ser sustituida por ninguna persona u organismo intermedio. La relación entre el Romano Pontífice y su Curia es de naturaleza completamente distinta. Es una relación entre quien da existencia y competencia y quien sólo las recibe²⁵⁷. En

255. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 7 y 11 a; *Alocución a la III Asamblea plenaria del Colegio de los Cardenales*, 21-XI-1985, n. 4 c, LOR 1985, p. 716; Const. Ap. *Sacri Canones*, 18-X-1990, AAS 82 (1990), pp. 1038-1039.

256. Cfr. CD 9; Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 7 c-d, 8 a, 13 d; A. VIANA, *La potestad de los dicasterios de la Curia Romana*, en «*Ius Canonicum*» 30 (1990), p. 90.

257. Cfr. U. BETTI, *La collocazione ecclesiologica della Curia Romana*, p. 108, en AA.VV., «*La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali*», Città del Vaticano 1989, pp. 108-112.

esta perspectiva se ve, también, que no tendría sentido pretender oponer la Curia al Papa, como si se tratase de un poder paralelo²⁵⁸.

A la vez, como consecuencia del carácter vicario de la Curia, la comunión con el Papa se expresa en una acogida a su palabra, no sólo cuando se pronuncia personalmente, sino también cuando se expresa a través de los órganos que con él colaboran en el gobierno pastoral de la Iglesia y hablan en su nombre, con su aprobación, cuando no por mandato suyo²⁵⁹.

2. *La Curia y la colegialidad episcopal*

Por su vinulación con el ministerio petrino, la naturaleza de la Curia y su modo de actuar se han de entender desde la perspectiva de la comunión y de la colegialidad episcopal. Su labor se dirige simultáneamente al bien de la Iglesia universal y de las Iglesias particulares y está llamada a desempeñar el ministerio de la unidad, confiado al Romano Pontífice²⁶⁰.

La colegialidad episcopal en sentido amplio, es decir, entendida como el afecto colegial que existe entre los Obispos y su Cabeza, recibe una aplicación concreta mediante la Curia Romana, ya que la «diaconía» de la Curia, como la del ministerio petrino, se relaciona necesariamente con el oficio personal de los Obispos, en cuanto miembros del Colegio Episcopal y en cuanto Pastores de las Iglesias particulares²⁶¹.

La Curia favorece la colegialidad de los Obispos, considerados como miembros del Colegio Episcopal y responsables de la solicitud por todas las Iglesias, ya que son Obispos los Cardenales que están al frente de los dicasterios o que son miembros de ellos, y hay también Obispos diocesanos que son nombrados miembros de los dicasterios²⁶².

258. Cfr. *Alocución a la III Asamblea plenaria del Colegio de los Cardenales*, 21-XI-1985, n. 4 d, LOR 1985, p. 716.

259. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 6.10, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 581.

260. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 1-2, 3 c-d, 11 a; *Alocución a la III Asamblea plenaria del Colegio de los Cardenales*, 21-XI-1985, n. 4 f, LOR 1985, p. 716; S. BAGGIO, *La dimensione pastorale del servizio della Curia Romana*, en «La Curia Romana...», cit., p. 115.

261. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 9 d y 8 b.

262. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 9 c-d.

Pero, además, los Obispos diocesanos, en cuanto Pastores de las Iglesias particulares, son los primeros beneficiarios de la labor de la Curia, que promueve con su actividad jurisdiccional y de fomento la vitalidad de cada una de las Iglesias particulares y la comunión entre ellas²⁶³. Es notable, en este sentido, el relieve que se da en PB a las relaciones con el episcopado en su conjunto y con cada uno de los Obispos.

Las visitas *ad limina* —de las que nos hemos ocupado anteriormente— son objeto de una atención en PB que no les había sido dada por las anteriores leyes peculiares de la Curia y que es muestra de su mayor valoración y de la importancia pastoral que han adquirido en la vida actual de la Iglesia²⁶⁴.

Juan Pablo II pone de relieve el intenso y continuo intercambio de correspondencia epistolar de la Santa Sede con cada una de las diócesis del mundo y con las Conferencias Episcopales, y da mucha importancia a la cooperación de la Curia Romana con las estructuras análogas de las Conferencias Episcopales, que se concreta entre otras cosas en la consulta a los Obispos antes de preparar los documentos generales de mayor importancia, la comunicación a los Obispos de esos documentos y de los que se refieren a las Iglesias particulares, antes de que se publiquen, etc.²⁶⁵.

Por tanto, no sólo queda del todo excluido que la Curia Romana, actuando a modo de diafragma, impida o condicione las relaciones y vínculos personales entre los Obispos y el Sumo Pontífice, sino que, por el contrario, es, y debe serlo cada vez más, servidora de la comunión y de la participación en las solicitudes de la Iglesia. Esto presupone, lógicamente, de parte de los Obispos una actitud abierta y confiada hacia la Curia Romana, para ver en su comunicación con ella un medio de unirse al Sucesor de Pedro con un vínculo más fuerte²⁶⁶.

263. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 9 a.

264. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, n. 6 b, LOR 1989, p. 7; B. GANTIN, *Significato della visita «ad limina»*, en AA.VV., «La Curia Romana...», cit., p. 123.

265. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., art. 26 § 1; *Alocución a los Cardenales en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, n. 10 d, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 876-888; *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, n. 8 a, c, EPD 1980 (enero-junio), pp. 878-879.

266. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 8 c, 12 b.

3. *El respeto de los ámbitos de competencia respectivos*

Para que en las relaciones entre Iglesia universal e Iglesias particulares, entre Curia Romana y Obispos diocesanos, no surjan tensiones, es necesario que se comprendan y se respeten los respectivos ámbitos de competencia²⁶⁷. El respeto a la potestad que por derecho divino pertenece a los Pastores de las Iglesias particulares está presente en PB al delimitar la competencia de los dicasterios, tanto de modo general como para cada uno de ellos²⁶⁸.

Pero, por otra parte, el Romano Pontífice no puede dejar de intervenir, siempre que lo exijan graves razones, para defender la unidad en la fe, en la caridad o en la disciplina. Y no sólo atiende los asuntos de las Iglesias particulares llevados a él por los Obispos, sino también los conocidos por cualquier otro medio, para, una vez obtenido de ese modo un conocimiento más pleno de la realidad, confirmar en la fe a sus hermanos, en virtud de su oficio de Vicario de Cristo y Pastor de toda la Iglesia. De ordinario, para ejercer su potestad inmediata sobre cada una de las Iglesias particulares, que es un derecho-deber, se sirve de la Curia como instrumento de su acción de gobierno²⁶⁹.

Esto hace caer en cuenta de que la descentralización no puede tener en la Iglesia igual significado que en las Administraciones públicas seculares, ya que no supone una pérdida de competencias por parte de la autoridad suprema. De ahí el sistema de reserva que consagran el CIC y PB²⁷⁰. Esto es parte de la constitución de derecho divino de la Iglesia. Como los poderes de los Obispos son también de derecho divino, la intervención de la autoridad suprema en el gobierno de las Iglesias particulares debe seguir los cauces de la «communio hierarchica»²⁷¹.

No faltan en el pontificado de Juan Pablo II, como tampoco en el de sus predecesores, ejemplos de la fortaleza con la que el Sucesor de

267. Cfr. *Alocución a la III Asamblea plenaria del Colegio de los Cardenales*, 21-XI-1985, n. 4 h, LOR 1985, p. 716.

268. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 11 d, 12 c, arts. 13, 62, 93, 131. etc.; CIC, c. 333 § 1; R. CASTILLO LARA, *La Costituzione Apostolica «Pastor Bonus» in prospettiva giuridica*, en «La Curia Romana...», cit., pp. 131-132.

269. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 2 d y 11 b, d.

270. Cfr. cc. 381 y 87, y los textos de Const. Ap. *Pastor Bonus* citados en las dos notas anteriores.

271. Cfr. J.I. ARRIETA, *La reforma de la Curia Romana*, cit., p. 192.

Pedro cumple este servicio a la unidad. La Congregación para la Doctrina de la Fe tiene una importancia clave en el ámbito de este ministerio, como lo demuestran los documentos que en materia de fe y de moral ha publicado en los últimos años²⁷². Pero se han dado también en el presente pontificado actuaciones de la Congregación para los Obispos, de la del Clero, de la de Institutos de Vida Consagrada, etc., que han tenido tanta resonancia en los medios de comunicación como las de aquel otro dicasterio.

En coherencia con los criterios que antes veíamos, estas actuaciones se han llevado a cabo en estrecho contacto con las Conferencias Episcopales respectivas, oyendo siempre antes su parecer y ayudándolas a que asumieran sus responsabilidades y agotaran todos los recursos pastorales posibles, cuando se trataba de aplicar sanciones penales²⁷³.

A la luz de lo aquí expuesto, se entiende la falta de una perspectiva eclesiológica adecuada en las objeciones planteadas contra la Curia Romana en los años siguientes al Concilio Vaticano II. Tales objeciones se centran en denunciar un pretendido *centralismo romano*, que fomentaría la Curia y que sería contrario a la eclesiología de comunión del Vaticano II²⁷⁴. En la base de ellas hay una concepción de la Iglesia particular y de la colegialidad episcopal que distorsiona los postulados conciliares sobre esas importantes realidades eclesiológicas.

4. *Colegialidad interna de la Curia*

Además de ser una aplicación de la colegialidad episcopal en los términos ya vistos, la Curia posee en sí misma, según Juan Pablo II, una cierta nota de colegialidad, si bien no debe ser comparada con ningún tipo de colegio²⁷⁵. En relación con esta última salvedad que hace el Papa, resulta claro que la Curia, considerada globalmente, no es un colegio, como sí lo son en cambio el Colegio de los Obispos —aun con las precisiones de NEP 1— o el Colegio de Cardenales. Pero cada uno de

272. Cfr. *Carta al Cardenal J. Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 8-IV-1988, LOR 1988, p. 241.

273. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, n. 18 e, EPD 1980 (enero-junio), pp. 885-886; *Carta al Cardenal J. Ratzinger*, cit., p. 241.

274. Cfr. A. CATTANEO, *La fundamentación...*, cit., p. 41.

275. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 10 a.

los dicasterios aisladamente sí lo es. Por eso, tanto en las sesiones plenarias u ordinarias de miembros como en las reuniones de consultores, el proceso de formación de la voluntad del dicasterio se ajusta a las normas previstas en el CIC para los colegios²⁷⁶.

Pero resulta interesante prestar atención al sentido en el que Juan Pablo II habla de *la colegialidad «sui generis» existente dentro de la Curia Romana* porque da luces sobre algunos de los elementos que conforman la colegialidad como principio de la organización eclesiástica:

a) afecto concorde de caridad en el cumplimiento del deber cotidiano;

b) conciencia de realizar una labor que se caracteriza específicamente por ser una colaboración prestada al servicio del Vicario de Cristo para el aliento de toda la Iglesia (extendiéndolo al resto de la organización eclesiástica, podríamos decir: al servicio del respectivo oficio capital);

c) corresponsabilidad en la tarea que se lleva a cabo colegialmente;

d) necesidad y ventajas de una colaboración estrecha, especialmente en materias de competencia mixta y de coordinación entre los dicasterios²⁷⁷.

e) un modo de actuación caracterizado de manera natural por la unidad de criterio y de acción²⁷⁸.

5. *Carácter pastoral de la Curia*

Una última nota que, según el preámbulo de PB, configura la naturaleza de la Curia Romana es la de su carácter pastoral. Esta dimensión debe presidir y guiar toda la actividad de la Curia, por tratarse de una de las orientaciones capitales contenidas en las enseñanzas del Concilio Vaticano II para la actividad de la Iglesia²⁷⁹. La pastoralidad de

276. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., art. 11; c. 119; J.I. ARRIETA, *La reforma de la Curia Romana*, cit., p. 199.

277. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, n. 8 a, EPD 1980 (enero-junio), pp. 878-879.

278. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 9 e, 13 f; *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, n. 6 b, LOR 1989, p. 7; A. VIANA, *La potestad de los dicasterios...*, cit., p. 107.

279. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 13 g, 14 a.

la Curia tiene varias implicaciones, que el preámbulo de PB desarrolla, y que ya vimos más arriba referidas a la función de gobierno en general²⁸⁰.

Sólo añadiremos aquí algunas consideraciones en relación con lo que suele denominarse administración de fomento, que en el ámbito eclesiástico fue tomando cuerpo de modo más definido con los Secretariados y Consejos postconciliares surgidos en el seno de la Curia Romana, cuyo objetivo no es tanto tomar decisiones autoritativas, apoyadas en la potestad de jurisdicción, como ayudar a las Iglesias particulares con sugerencias, estudios, promoción de iniciativas para una más eficaz acción evangelizadora, servicios especializados, etc.

Es el caso del «Consilium pro Laicis», el Comité para la Familia, el Pontificio Consejo para la Cultura, etc. Juan Pablo II decía que, teniendo en cuenta las experiencias adquiridas y las nuevas exigencias de la sociedad eclesial, se había considerado oportuno reconsiderar la situación jurídica de esas estructuras postconciliares, predominantemente promotoras, algunas de las cuales surgieron ya en el pontificado de Pablo VI, cambiando a veces su configuración y regulación²⁸¹. En concreto, en PB se les da una tipología mejor definida, situándolas en posición de paridad jurídica con las antiguas, caracterizadas por finalidades de gobierno, jurisdiccionales y ejecutivas²⁸².

En efecto, en PB por dicasterios se entienden las Congregaciones, Tribunales, Consejos y Oficios, que son jurídicamente iguales²⁸³, a diferencia de lo que sucedía en la Const. *Regimini Ecclesiae Universae*, en la que esa paridad sólo se daba entre las Congregaciones. Desaparecen además de esa tipología los Secretariados, nombre que en la «Regimini» se daba a tres dicasterios pastorales (para el diálogo con los demás cristianos, con los demás creyentes y con los no creyentes), los cuales se convirtieron en Consejos en la PB, para simplificar la tipología

280. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., nn. 1 a, 2 b-c, 3 c, 9 a, 12 e; *vid. supra*, apartado VI, 2; *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, n. 6 a, c, LOR 1989, p. 7; S. BAGGIO, *La dimensione pastorale...*, cit., p. 121.

281. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., n. 13 e.

282. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, n. 6 b, LOR 1989, p. 7.

283. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., art. 2 § 2.

y quizá también para indicar una mayor estabilidad y una configuración más definida²⁸⁴.

Por otra parte, al señalar que las nuevas estructuras son *prevalentemente* promotoras, Juan Pablo II hace una precisión que no se debe pasar por alto, pues en la PB se ha evitado una distinción rígida de funciones entre las Congregaciones y los Consejos, de modo que la actuación de las Congregaciones no es exclusivamente jurisdiccional y la de los Consejos puede revestir también formas jurídicas vinculantes. Así, el Pontificio Consejo para los Laicos erige las asociaciones laicales de fieles de ámbito internacional y aprueba o reconoce sus estatutos; el Pontificio Consejo para la Atención Espiritual de los Emigrantes e Itinerantes ejerce la alta dirección de la Obra del Apostolado del Mar; y al Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos compete la interpretación auténtica de las leyes universales de la Iglesia, confirmada por la autoridad pontificia²⁸⁵.

Esto hace necesario que quede siempre claro cuándo los actos de un dicasterio son mandatos jurisdiccionalmente vinculantes y cuándo son exhortaciones, consejos, etc.; es decir, que los actos de la Curia sean siempre objeto de una adecuada formalización jurídica. Lo cual no quita, como hemos visto más arriba, que los consejos y las exhortaciones de los dicasterios, aunque no sean formalmente atribuibles al Romano Pontífice, estén respaldados por su autoridad moral, por ser la actividad de la Curia participación vicaria en la acción de gobierno del «munus Petrinum»²⁸⁶.

Por otra parte, es bueno tener presente que una insistencia exagerada en la distinción entre la función jurisdiccional de las Congregaciones y Tribunales y las tareas preponderantemente promocionales o de animación pastoral de los Consejos podría llevar a olvidar que la solicitud pastoral del Sucesor de Pedro no se agota en las tareas de estudio y promoción pastoral confiadas a los Consejos (pastoral familiar, pastoral de la cultura, etc.), sino que también —y tal vez de modo prioritario— se ejercita a través de las funciones y actos jurisdiccionales de potestad

284. Cfr. F. ARINZE, *Tipologia degli organismi della Curia Romana*, en «La Curia Romana...», cit., pp. 137-138.

285. Cfr. Const. Ap. *Pastor Bonus*, cit., arts. 134, 150 § 2 y 155.

286. Cfr. J. I. ARRIETA, *La reforma de la Curia Romana*, cit., pp. 192 y 199-200.

vicaria y delegada (decretos generales, instrucciones, indultos, interpretaciones auténticas, sentencias, etc.)²⁸⁷. A esto se refiere Juan Pablo II al señalar que la orientación pastoral de la Curia no puede llevar a dejar de lado las exigencias de la justicia y la sujeción a las normas jurídicas²⁸⁸.

XII. LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES

1. *Naturaleza*

Tanto el Concilio como el CIC, al regular las Conferencias Episcopales, se centran sobre todo en la estructura y el ejercicio del poder jurídico del que son titulares, sin considerar el conjunto de relaciones interpersonales que se dan en ellas, y que en su mayoría no son manifestaciones de poder, aunque pueden ser de carácter jurídico²⁸⁹. Juan Pablo II presta bastante atención a estas relaciones interpersonales, a partir de la consideración de la naturaleza de las Conferencias y traza un perfil muy rico en matices, en el que, junto a elementos de honda proyección doctrinal —eclesiológica y jurídica—, hay otros de carácter más práctico.

Para Juan Pablo II la comunión es una dimensión ineludible de las Conferencias Episcopales, que han nacido en la Iglesia como instrumentos de unidad y ayuda mutua entre los Obispos. La razón de ser y la finalidad primera de toda Conferencia Episcopal es crear y mantener permanentemente viva la comunión entre los Obispos que la componen²⁹⁰.

287. Cfr. J. HERRANZ, *El Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos*, en «Ius Canonicum» 59 (1990), pp. 115-116.

288. Cfr. *Alocución a la Rota Romana*, 18-I-1990, nn. 3 a y 4 a, LOR 1990, pp. 37 y 47; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio Cardenalicio*, 23-XI-1982, n. 5 d, LOR 1982, p. 779. Vid. *supra*, apartado VI, 3.

289. Cfr. J.I. ARRIETA, *Conferenze Episcopali e vincolo di comunione*, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 14-17.

290. Cfr. *Alocución al Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana*, 23-I-1979, n. 4, AAS 71 (1979), pp. 364-366, EPD 1979 (enero-abril), p. 415; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 3 a-b, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 570-571; *Alocución a un grupo de Obispos de Vietnam en visita «ad limina»*, 11-XII-1980, n. 2, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 879; *Alocución a la Conferencia Episcopal Austriaca, en Viena*, 12-IX-1983, LOR 1983, p. 524; *Alocución a los Obispos del Lazio (Italia), en visita «ad limina»*, 5-XI-1981, n. 4 b, d, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 384.

La comunión de los Obispos en el marco de las Conferencias es expresión de la colegialidad episcopal, que no sólo se refiere al ámbito de la Iglesia universal, sino también a los grupos de Iglesias particulares. En efecto, las Conferencias Episcopales son un instrumento para canalizar institucionalmente la corresponsabilidad derivada de la consagración episcopal, que entraña la solicitud por todas las Iglesias²⁹¹.

Respecto de este primer rasgo de la naturaleza de las Conferencias que señala Juan Pablo II, cabe comentar que, desde un punto de vista jurídico, decir que la naturaleza de las Conferencias Episcopales está ligada a la colegialidad episcopal, no significa que los actos de las Conferencias estén fundados en la potestad del Colegio Episcopal, sino que esos actos deben ser resultado de consejos y sugerencias recíprocas entre los miembros de las Conferencias y de decisiones tomadas según las normas que rigen la formación de la voluntad colegial.

También se puede añadir que las Conferencias Episcopales son expresión jurídica de la colegialidad porque reúnen para una actividad de gobierno a sujetos vinculados por la misma relación colegial. Los Obispos miembros de las Conferencias tienen el derecho-deber de exponer a los demás miembros su propio parecer y de ser sostenidos por los consejos de los otros y recibirlos en la medida que así esté dispuesto por las normas que rigen el funcionamiento de esos colegios²⁹².

Juan Pablo II ve también las Conferencias Episcopales como factores de descentralización del gobierno de la Iglesia, de coordinación pastoral y de representación de los Obispos «ad intra» y «ad extra» del ámbito eclesial. Todos estos elementos —colegialidad, coordinación pastoral y representación— deben converger en la evangelización, a la que debe ordenarse toda su actividad²⁹³.

291. Cfr. LG 23 d; Carta Enc. *Redemptor hominis*, cit., n. 5 c; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 16-II-1985, n. 7 b, e, LOR 1985, p. 142; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón, en Port Moresby*, 8-V-1984, n. 4, LOR 1984, p. 335; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 16-II-1985, n. 7 c, LOR 1985, p. 142; *Alocución a la Conferencia Episcopal Suiza, en la Abadía de Einsiedeln*, 15-VI-1984, n. 2, LOR 1984, p. 439.

292. Cfr. J.I. ARRIETA, *Conferenze Episcopali e vincolo di comunione*, cit., p. 16.

293. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 21-IX-1983, n. 3 b, LOR 1983, p. 696; *Alocución a los Obispos asistentes a un curso sobre el nuevo Código de Derecho Canónico*, 21-XI-1983, n. 2 a, LOR 1983, p. 684; *Alocución a los Obispos de la provincia de Braga en visita «ad limina»*, 4-II-1983, n. 4 a, LOR 1983, p. 198; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 5 a, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 573.

2. *Unidad, participación y preparación de las sesiones*

Juan Pablo II considera presupuestos para el eficaz funcionamiento de las Conferencias Episcopales: la unidad de los Obispos miembros de cada Conferencia con el Romano Pontífice y entre sí; su actitud participativa, ajena a toda pasividad o inhibición; y la adecuada preparación de las sesiones por parte de todos los miembros.

La unidad es una condición para la vitalidad y credibilidad de una Conferencia Episcopal y llevará con frecuencia a la unanimidad a la hora de las decisiones. Rechaza la opinión de que una gran medida de unanimidad en una Conferencia Episcopal se dé a costa de la vitalidad y credibilidad del testimonio de los Obispos. Sucede en realidad lo contrario²⁹⁴.

No obstante, como es lógico, la unidad no está reñida con la diversidad de opiniones, en la medida en que la disparidad de puntos de vista lleve a estudiar más a fondo los asuntos, tomando en consideración las opiniones de los demás, y no degeneren en disidencias sistemáticas y grupos de «oposición». En este sentido, habla el Papa de la necesidad de que los miembros de la Conferencia Episcopal examinen con caridad, franqueza y humildad los principales problemas, de tal modo que consigan una visión de conjunto que facilite a cada uno el ejercicio de su propia función pastoral, sin disidencias discrepantes, aunque haya legítimos enfoques diversos²⁹⁵. La unidad de la Conferencia Episcopal favorece la corresponsabilidad de los Obispos y da mayor peso a la Conferencia en sus relaciones «ad extra»²⁹⁶.

El otro gran presupuesto del funcionamiento eficaz de una Conferencia Episcopal es, para Juan Pablo II, la actitud participativa de todos sus miembros, sin que nadie se sienta o se ponga al margen. La participación se ve favorecida por la atención que se preste a la opinión de las minorías. Esto es especialmente importante en el ámbito del «munus docendi», en el que debe ofrecerse a todos los miembros —sobre todo

294. Cfr. *Alocución a los Obispos alemanes en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, n. 2 b, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 821.

295. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Argentina en visita «ad limina»*, 1-VI-1984, n. 4 c, LOR 1984, p. 376.

296. Cfr. *Alocución a los Obispos de Turquía en visita «ad limina»*, 31-III-1989, n. 3 b, LOR 1989, p. 285.

cuando son numerosos— la posibilidad de sentirse coautores efectivos y solidarios de las actuaciones colegiales²⁹⁷.

Para que las asambleas plenarias de las Conferencias Episcopales puedan resolver todos los asuntos incluidos en su orden del día, sin merma de la unidad y de la participación y sin alargar excesivamente sus deliberaciones, es imprescindible que todos los miembros dediquen el tiempo necesario a informarse cabalmente de las materias que serán sometidas a votación y a ponderar las soluciones posibles²⁹⁸.

3. Competencias

Respecto a la potestad legislativa de las Conferencias Episcopales, Juan Pablo II dice que las leyes de las Conferencias en las materias de su competencia son expresión del «munus regendi» y del «munus sanctificandi». Por lo cual, a la vez que constituyen un aspecto del servicio pastoral de los Obispos, son necesarias para completar la ley canónica universal, que adaptan a las situaciones locales y a las necesidades pastorales concretas de la Iglesia particular, aunque manteniéndose armónicamente injertadas en el marco general de la normativa canónica común²⁹⁹.

Ciertamente se relacionan con el «munus sanctificandi» aquellas leyes o decretos que, conforme al c. 838, § 3, corresponde publicar a las Conferencias para aprobar las traducciones de los libros litúrgicos a las lenguas vernáculas o los rituales que deben observarse en la celebración (c. 841); y, en general, todas las demás competencias normativas que la ley general atribuye a las Conferencias en el ámbito del «munus sanctificandi»: sobre edad de la confirmación (c. 891), absoluciones colectivas (c. 961), etc. Pero, los actos de las Conferencias sobre estas materias pertenecen propiamente al «munus regendi», en cuanto son de carácter normativo.

297. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil*, en *Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 4, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 572.

298. Cfr. *Alocución a los Obispos de Turquía en visita «ad limina»*, 31-III-1989, n. 3 b, LOR 1989, p. 285.

299. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 21-IX-1983, n. 4 d, LOR 1983, p. 696. Cfr. C. DE DIEGO-LORA, *Competencias normativas de las Conferencias Episcopales: primer decreto general en España*, en «*Ius Canonicum*» 48 (1984), pp. 527-570.

El CIC, en los cánones preliminares de su Libro III sobre la función de enseñar de la Iglesia, atribuye a «los Obispos que se hallan en comunión con la Cabeza y los miembros del Colegio, tanto individualmente como reunidos en Conferencias Episcopales o en Concilios particulares» competencia para ser «doctores y maestros auténticos de los fieles encomendados a su cuidado». Y a los fieles les impone la obligación de «adherirse con asentimiento religioso a este magisterio auténtico de sus Obispos», aunque no se trate de un magisterio infalible (c. 753). No regula, sin embargo, el ejercicio del «munus docendi» por las Conferencias Episcopales.

La doctrina canónica ha debatido la interpretación de este canon en relación a si permite considerar a las Conferencias Episcopales como sujetos de la potestad de magisterio o no. Mientras unos autores entienden que sólo el Romano Pontífice y los Obispos —individualmente o en cuanto Colegio Episcopal— son sujetos del «munus docendi»³⁰⁰, otros ven en el c. 753 un magisterio auténtico y propio de las Conferencias Episcopales, de modo que en ellas los Obispos son sujetos del «munus docendi» considerados conjuntamente³⁰¹.

Sin entrar en ese debate, Juan Pablo II establece una relación muy directa entre las funciones pastorales de las Conferencias Episcopales y el «munus docendi», en el sentido de afirmar que muchas veces la mejor contribución que estos colegios podrán hacer al encauzamiento de los problemas pastorales será la publicación de documentos doctrinales que marquen las coordenadas dentro de las cuales deben plantear su actividad el clero, los religiosos y los laicos para solucionar esos problemas³⁰².

Juan Pablo II, que, como es sabido, tuvo una actuación destacada en la Comisión conciliar que redactó la Constitución «Gaudium et spes»,

300. Cfr. G.M. MUCCI, *Le Conferenze episcopali e l'autorità di magistero*, en «La Civiltà Cattolica», 1985, II, p. 327; G. GHIRLANDA, *De Episcoporum Conferentia deque exercitio potestatis magisterii*, en «Periodica» 76 (1987), pp. 573 ss.; IDEM, «*Munus regendi et munus docendi*» dei concili particolari e delle conferenze episcopali, en «La Synodalité. La participation au gouvernement dans l'Eglise», Actas del 7º Congreso Internacional de Derecho Canónico publicadas en «L'Année Canonique (Hors Série)», 1-1992, pp. 349-390; V. FAGIOLO, «*Potestas*» del vescovo e Conferenza episcopale, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 47-67.

301. Cfr. X. URRUTIA, que debate este tema con GHIRLANDA en *De Episcoporum Conferentia deque exercitio potestatis magisterii*, en «Periodica» 76 (1987), pp. 573 ss.

302. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón*, en *Port Moresby*, 8-V-1984, n. 5 b, LOR 1984, p. 335.

no deja de prestar atención, cuando se ocupa del «munus docendi» de las Conferencias Episcopales, a la tarea que éstas deben cumplir en el campo de las relaciones Iglesia-mundo, exhortándoles, por ejemplo, a dedicar algunos de sus documentos colectivos a los lazos existentes entre evangelización y desarrollo humano, el trabajo, la ética política, la defensa de la vida, de la dignidad de todo hombre, de sus derechos, de sus deberes para con Dios y con el prójimo, etc., porque la Iglesia siempre tiene algo que decir, a la luz del Evangelio, sobre estos aspectos que afectan al bien común de la sociedad.

El Santo Padre completa esta llamada a tratar de las cuestiones de orden temporal con algunas precisiones. Por una parte señala que estas materias no deben constituir la temática prioritaria del «munus docendi» de las Conferencias Episcopales, las cuales, lógicamente, deben atender primero a los asuntos relacionados con la vida cristiana de los fieles. Hace notar también cuál debe ser la perspectiva desde la que las Conferencias aborden estos temas: con el objetivo claro, no de proponer soluciones técnicas a ellos, sino de hacer patente en esas complejas situaciones la luz y presencia amorosa de Cristo Salvador, valorando los problemas temporales según la doctrina social de la Iglesia³⁰³.

Pero no es ésa la única aproximación de las Conferencias a los asuntos pastorales, ya que se ocupan también de éstos desde la perspectiva propia del «munus regendi». Y hacen esto, a su vez, en una doble vertiente: con actos de fomento, exhortación y consejo, y con actos vinculantes, que entrañan ejercicio de la potestad de jurisdicción.

Deben actuar como colegios consultivos de los Obispos entre sí, proporcionando una asistencia muy necesaria al ejercicio de la potestad por los oficios capitales y a la coordinación pastoral entre las diócesis agrupadas en las Conferencias³⁰⁴. Aunque esa función consultiva sea preponderante, las Conferencias actúan también como colegios delibera-

303. Cfr. Carta Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, n. 99 b, AAS 85 (1993), pp. 1133-1228; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 5 d-e, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 573-574; *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 29-V-1980, n. 4, EPD 1980 (enero-junio), pp. 779-780; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón, en Port Moresby*, 8-V-1984, n. 5 c, LOR 1984, p. 335; *Alocución a un grupo de Obispos de Argentina en visita «ad limina»*, 1-VI-1984, n. 4 d, LOR 1984, p. 376.

304. Cfr. *Alocución a los Obispos del Lazio (Italia), en visita «ad limina»*, 5-XI-1981, n. 4 c, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 384; Carta Enc. *Redemptoris missio*, cit., n. 76 a.

tivos y no sólo por la potestad legislativa que tienen atribuida, sino por otras competencias que la ley les otorga y que les permiten tomar decisiones vinculantes. El Papa pone a veces ejemplos de estas funciones, como la erección de seminarios interdiocesanos y las relaciones del episcopado con las autoridades civiles³⁰⁵.

4. *Las Conferencias Episcopales y la responsabilidad personal de cada Obispo*

Tanto en el ámbito de las potestades que las Conferencias tienen atribuidas, como en el de las relaciones interpersonales de sus miembros, es necesario que esté siempre bien delimitado hasta dónde llega la competencia y la responsabilidad de las Conferencias y las de cada Obispo. En los estatutos de las Conferencias Episcopales no puede haber disposiciones que ignoren las prerrogativas de los Obispos diocesanos³⁰⁶. Estos ejercen la capitalidad de sus diócesis de modo personal y la Conferencia Episcopal a la que pertenecen no puede suplirles en el gobierno de la Iglesia particular que el Romano Pontífice les ha encomendado por la misión canónica³⁰⁷.

Estos criterios de armonización entre las competencias de las Conferencias y las personales de los Obispos como pastores de sus diócesis se aplican también, desde luego, al trabajo de los secretariados y expertos de las Conferencias. Las conclusiones de los estudios y propuestas de los secretariados no pueden convertirse en decisiones de la Conferencia Episcopal, sin que haya mediado una intervención de las comisiones episcopales competentes por razón de la materia y de la Asamblea Plenaria de la Conferencia³⁰⁸. La forma decidida con que Juan Pablo II recomienda la utilidad y conveniencia de las estructuras de

305. Cfr. *Alocución a los Obispos de Nigeria, en Lagos (Nigeria)*, 15-II-1982, n. 1 d, LOR 1982, p. 137; C. DE DIEGO-LORA, *La potestad de régimen en las Conferencias Episcopales en el «Codex» de 1983*, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 39-42.

306. Cfr. *Alocución a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Italiana*, 1-V-1984, n. 5, LOR 1984, p. 387.

307. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 6 a-b, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 575; *Alocución a los Obispos de Lisboa y Evora en visita «ad limina»*, 11-II-1983, n. 3 a, LOR 1983, p. 199.

308. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 12-IV-1983, n. 6 c, LOR 1983, p. 496.

apoyo y expertos al servicio de la Conferencia Episcopal, no le impide percibir asimismo el riesgo de que su actuación pudiera llevar a que los Obispos no asuman plenamente sus responsabilidades. Dice, por eso, que éstos tienen que responder ante su propia conciencia y ante Dios, y que los secretariados y los expertos desempeñan sólo funciones consultivas³⁰⁹.

5. *Relaciones entre las Conferencias y la Santa Sede*

Al tratar de la Curia Romana y la colegialidad episcopal³¹⁰, hemos visto que el respeto a la responsabilidad personal de los Obispos en el gobierno eclesiástico y a las competencias que les corresponden por derecho divino también cuenta en las relaciones que la Santa Sede tiene con ellos y con las Conferencias Episcopales que los agrupan. Juan Pablo II afirma que la Santa Sede no les descarga de ninguna de sus responsabilidades; al contrario, les ayuda a ir hasta el término de ellas³¹¹.

A la vez, el Papa recuerda las exigencias de la comunión, que debe llevarles a trabajar situándose en la Iglesia universal. Los Obispos están al servicio de la unidad. La autonomía, la responsabilidad de una Conferencia Episcopal tiene que entenderse a la luz de esa exigencia. No cabe, pues, justificar nunca algo que esté en contradicción con la unidad. La tutela de la unidad, que la Santa Sede lleva a cabo y que se instrumenta, en el caso de la actividad de las Conferencias Episcopales, mediante el envío que éstas deben hacer a la Sede Apostólica de las actas y decretos de sus Asambleas Plenarias (cfr. c. 456), encaja en este contexto de comunión jerárquica y no se guía solamente por una preocupación de fidelidad y de unidad de toda la Iglesia, sino que garantiza también el valor de las experiencias en beneficio del país que las realiza y la plena responsabilidad de los Pastores locales. En esta misma dirección se sitúa la atención que las Conferencias deben prestar a los documentos de la Santa Sede, que tantas veces les llevarán a poner en marcha líneas de

309. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil*, en *Fortaleza*, 10-VII-1980, n. 4 c, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 572; *Alocución a los Obispos de la Conferencia Episcopal Suiza*, en *la Abadía de Einsiedeln*, 15-VI-1984, n. 2, LOR 1984, p. 439.

310. Vid. *supra*, apartado XI, 3.

311. Cfr. *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 12-IV-1983, n. 6 a, LOR 1983, p. 494.

trabajo para impulsar o corregir aspectos determinados de la labor evangelizadora en su territorio³¹².

Estos criterios de comunión jerárquica son de especial aplicación al ejercicio del «munus docendi» y a la ordenación de la disciplina sacramental y litúrgica por parte de las Conferencias, ya que su trabajo en esta áreas está llamado a constituir de modo muy particular un servicio a la unidad de la doctrina católica. Ello no tiene por qué llevar a la uniformidad de la Iglesia en todas las manifestaciones de la oración, la vida y la actividad apostólica de las comunidades, en las que la variedad constituye un signo de riqueza y una necesidad de la inculturación. Pero se trata de una cuestión que toca la identidad misma de la Iglesia: la unidad debe constituirse en torno al «verum» y al «sacrum»³¹³.

Vistas las cosas desde esta perspectiva, no debe sorprender, por tanto, que la Santa Sede haga observaciones a las Conferencias Episcopales sobre los documentos doctrinales de éstas e incluso que pueda pedirles en algunos casos que pospongan su publicación hasta que hayan sido revisados en Roma, como ha sucedido de hecho con documentos de alguna Conferencia Episcopal referentes a asuntos en los que existía contestación o disenso por parte de sectores de la comunidad eclesial, poco significativos numéricamente, pero con amplio eco en los medios de comunicación³¹⁴.

6. *Juan Pablo II y las Conferencias Episcopales*

El Sínodo Extraordinario de 1985, a la vez que manifestaba su convencimiento sobre la utilidad y necesidad de las Conferencias Episcopales, expresó, entre las sugerencias relativas a los temas tratados sobre la Iglesia como comunión, el deseo de que se hiciera un estudio de su estatuto teológico, sobre todo para explicar más clara y profundamente

312. Cfr. *ibid.*, n. 6 e-g, p. 496; *Alocución a los sacerdotes, en Einsiedeln*, 15-VI-1984, n. 3 b, LOR 1984, p. 441.

313. Cfr. *Alocución a los sacerdotes, en Einsiedeln*, 15-VI-1984, n. 3 b, LOR 1984, p. 441.

314. *Vid. supra*, apartado XI, 3.

la cuestión de su autoridad doctrinal a la luz de CD 38 y CIC, cc. 447 y 753³¹⁵.

El Papa, acogiendo la sugerencia del Sínodo, confió ese estudio, en carta del 19 de mayo de 1986, al Cardenal Prefecto de la Congregación para los Obispos³¹⁶. En el campo de la doctrina canónica y teológica, se ha venido llevando a cabo en los últimos años un amplio debate sobre la naturaleza jurídica y eclesiológica de las Conferencias Episcopales³¹⁷.

Sea cual fuere el resultado de ese estudio, cabe decir que lo que Juan Pablo II quiere no es una reducción de las funciones de las Conferencias Episcopales, sino su revitalización³¹⁸. La importancia de la misión que Juan Pablo II les asigna de hacer revivir plenamente la tradición colegial, vigente en la Iglesia desde la más remota antigüedad³¹⁹, y de hacer efectiva la corresponsabilidad solidaria de todos los Obispos de una nación en el gobierno de sus diócesis, propia de la «sollicitudo omnium Ecclesiarum»³²⁰, permite hablar de las Conferencias como prototipos de un nuevo modo de gobernar pastoralmente la Iglesia por parte de los Obispos en un contexto de colegialidad y unidad solidaria del episcopado de cada nación³²¹.

Este nuevo modo de gobernar no desconoce los poderes de derecho divino que corresponden a cada Obispo en su diócesis. Por eso, Juan Pablo II no deja de recordar a las Conferencias Episcopales —como hemos visto— que no pueden suplantar la responsabilidad personal de los Obispos. Pero, a la vez, empuja a éstos a superar una concepción

315. Cfr. SYNODUS EPISCOPORUM, II COETUS EXTRAORDINARIUS, *Relatio finalis*, cit., II, C, n. 8.

316. Cfr. *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1986, n. 7 c, LOR 1986, p. 479.

317. Cfr. AA.VV., *Naturaleza y futuro de las Conferencias Episcopales*, Salamanca 1988, que recoge las relaciones presentadas en el *Coloquio Internacional de Salamanca*, del 3-8 de Enero de 1988; J. FORNÉS, *Naturaleza sinodal de los concilios particulares y de las conferencias episcopales*, en «La Synodalité. La participation au gouvernement dans l'Eglise», Actas del 7º Congreso Internacional de Derecho Canónico publicadas en «L'Année Canonique (Hors Série)», 1-1992, pp. 305-349, que ofrece el «status quaestionis».

318. Cfr. G. FELICIANI, *Le Conferenze Episcopali nel magistero di Giovanni Paolo II*, en «Scritti in memoria di Pietro Gismondi» I, Milano 1987, pp. 667-683.

319. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 29-V-1980, n. 3 b, EPD 1980 (enero-junio), p. 778.

320. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón*, en *Port Moresby*, 8-V-1984, n. 4.

321. Cfr. G. FELICIANI, *Le Conferenze Episcopali...*, cit., pp. 667-683; J.I. ARRIETA, *Conferenze Episcopali e vincolo di comunione*, cit., p. 5.

personalista del gobierno que ignore las exigencias propias de la «communio hierarchica» y no tenga en cuenta la legítima colaboración que corresponde a los demás Obispos, en virtud del vínculo colegial, y al Romano Pontífice no ya sólo por corresponsabilidad colegial sino por la potestad suprema e inmediata que tiene en virtud de su primado.

Y, como las formas institucionales de actuación de la corresponsabilidad episcopal son poco frecuentes, tanto en sus expresiones plenas —actuación conciliar y extra-conciliar del Colegio Episcopal—, como en sus expresiones parciales de ámbito universal —Sínodo de los Obispos— y local —Concilios particulares—, las Conferencias Episcopales se han convertido, en la óptica del Concilio Vaticano II, en el instrumento que los Obispos tienen más a mano para vivir entre ellos la colegialidad.

De ahí que Juan Pablo II, en consonancia con su propósito de aplicar el Concilio y de dar, por consiguiente, un impulso en el campo del gobierno de la Iglesia a la eclesiología de comunión y a la colegialidad episcopal, vea a las Conferencias Episcopales como un instrumento de primera importancia destinado a incidir profundamente en la vitalidad de la urdimbre eclesial y a garantizar su progreso en orden a la misión de salvación³²².

En su Magisterio, las exhortaciones a la participación responsable de todos los Obispos en las reuniones y trabajos de la Conferencia Episcopal son más numerosas que las advertencias sobre la necesidad de que las Conferencias respeten las atribuciones de cada Obispo en el gobierno de su diócesis, quizá porque considera que el riesgo de la inhibición y de las omisiones a la hora de dedicar tiempo e iniciativas a ejercer la corresponsabilidad colegial de la «sollicitudo omnium Ecclesiarum» es mayor que el de las intromisiones indebidas en las competencias de cada Obispo sobre su propia Iglesia particular.

Es más, advierte que la pasividad de los Obispos miembros de las Conferencias es lo que puede dar lugar a una hipertrofia de las estructuras de apoyo de éstas, que tenderían a asumir tareas propias de los

322. Cfr. *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 21-IX-1983, n. 3 b, LOR 1983, p. 696; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón, en Port Moresby*, 8-V-1984, n. 4, LOR 1984, p. 335; *Alocución a los Obispos de Turquía en visita «ad limina»*, 31-III-1989, n. 3 b, LOR 1989, p. 285.

Obispos, comprometiendo con un burocratismo desmedido la eficacia de estos entes en orden a una verdadera corresponsabilidad colegial³²³.

El aprecio de Juan Pablo II por las Conferencias se extiende a sus agrupaciones continentales, alguna de las cuales, como el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), es anterior al Vaticano II. El Concilio y el CIC alentaron las relaciones entre las Conferencias Episcopales, sobre todo entre las más próximas (CD 38 § 5 b; c. 459). Esas relaciones han dado lugar en los diversos continentes a la institucionalización de consejos internacionales, que reúnen periódicamente a representantes de las Conferencias agrupadas en ellos y que tienen estatutos aprobados por la Santa Sede, aunque no gozan, sin embargo, de las potestades que tienen las Conferencias. Se limitan a cumplir funciones de promoción y coordinación³²⁴.

El Papa considera que, como las Conferencias, son instrumentos de comunión y colegialidad, sirven a las diversas comunidades eclesiales, respetando su fisonomía particular y deben actuar en estrecha unión con el Romano Pontífice³²⁵.

Como vimos al tratar del Sínodo de los Obispos, Juan Pablo II habla de un cierto carácter sinodal o pre-sinodal del CELAM y de otras agrupaciones de Conferencias Episcopales, señalando a la vez que no tienen la característica petrina de los Sínodos, ya que éstos son convocados y presididos por el Papa³²⁶.

CONCLUSIONES

Nos parece que el Magisterio de Juan Pablo II sobre el gobierno de la Iglesia constituye una profunda penetración en la eclesiología del

323. Cfr. *Alocución a los Obispos de la provincia de Braga en visita «ad limina»*, 4-II-1983, n. 4 a-c, LOR 1983, p. 198.

324. Cfr. *Alocución al CELAM en Puerto Príncipe (Haití)*, 9-III-83, n. 4 i-j, LOR 1983, p. 180.

325. Cfr. *Alocución al CELAM en Río de Janeiro*, 2-VII-1980, nn. I-2, II-1 y III-1 f, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 501-502, 506; *Alocución al Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 19-XII-1978, nn. 1-2, AAS 71 (1979), 109-110, EPD 1978, pp. 293-295; *Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa*, 2-I-1986, nn. 5-6, LOR 1986, p. 45; *Mensaje a la I Asamblea General del Encuentro Interregional de Obispos de Sudáfrica*, 2-VIII-1984, nn. 1 a, c, 5 b, LOR 1984, pp. 815-816.

326. *Vid. supra*, apartado IX, 3.

Concilio Vaticano II y un lúcido desarrollo de ella, y que se caracteriza por la particular atención que presta a la Iglesia como Comunión, a la colegialidad episcopal y a la expresión de ésta en sus diversas realizaciones, sobre todo de aquellas a las que el Concilio ha dado especial impulso: las que no suponen actuación de la suprema potestad sobre la Iglesia, propia del Colegio Episcopal «cum Petro et sub Petro», sino ejercicio de la corresponsabilidad que tienen los Obispos en el gobierno de la Iglesia como parte de la «sollicitudo omnium ecclesiarum». Rasgo destacado de este Magisterio es también el carácter pastoral que atribuye a la función de gobierno, como consecuencia de la eclesiología de comunión.

Comunión y colegialidad

1. Para Juan Pablo II, en la doctrina conciliar sobre la Iglesia y su gobierno hay dos ideas básicas: por institución divina, la Iglesia es una «communio» y, por institución divina también, la Iglesia fue dotada de naturaleza a la vez colegial y primacial. *Comunión y colegialidad están estrechamente relacionadas.*

2. En efecto, la naturaleza del gobierno en cualquier sociedad debe corresponder a la naturaleza de la sociedad misma. Además, *los Pastores son antes que nada miembros del Pueblo de Dios.* Por esto, la constitución jerárquica de la Iglesia supone la constitución del Pueblo de Dios, uno y único, y la eclesiología de comunión tiene gran importancia en la determinación de la naturaleza de la función pastoral de gobierno y de su modo de ejercicio.

3. La *comunión* es unidad en la diversidad de naciones, Iglesias particulares, órdenes, oficios y fieles que integran el Pueblo de Dios uno y único. Es unidad en su sentido dinámico, porque cada una de las partes de la Iglesia colabora con sus dones propios en un recíproco dar y recibir, que produce un enriquecimiento mutuo y que constituye una participación y un reflejo de la Comunión que es Dios mismo en el misterio trinitario.

4. La *naturaleza colegial y primacial del gobierno eclesiástico* es congruente con el misterio de la Iglesia-Comunidad, ya que, por una parte, la colegialidad episcopal, en sus distintas formas de actuación, es el cauce adecuado para la comunicación de bienes que debe existir entre las Iglesias particulares y sus Obispos.

5. Por otra parte, así como en la comunión eclesiástica la pluralidad y la diversidad deben entenderse siempre con tendencia a la unidad, la colegialidad episcopal está también al servicio de la unidad: sirve, en último término, para unir a la Iglesia de manera siempre más profunda y más orgánica, y debe verse como una rotunda confirmación de la autoridad del Sucesor de Pedro, principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad de la Iglesia.

6. Para comprender la doctrina del Concilio Vaticano II sobre el gobierno de la Iglesia, el primado y la colegialidad no se pueden separar, porque el Concilio ha demostrado que la misión de Pedro es primacial en un fuerte marco de colegialidad y que, a su vez, la colegialidad episcopal tiene un marco primacial.

7. El vínculo de la unidad, de la caridad y de la paz, que une a los Obispos con el Sucesor de Pedro y entre ellos, es el alma de la colegialidad: una unión de mentes y de corazones, de misión y de dedicación. Es esta comunión, la que confiere profundidad a la colegialidad y la lleva más allá de una mera colaboración práctica o de un consenso de opiniones. El Colegio de los Obispos está, de un modo especial, al servicio de la unidad de la Iglesia, que es el tema que subyace constantemente en la enseñanza del Concilio Vaticano II sobre el episcopado. El episcopado ha sido dado a la Iglesia precisamente para su unidad.

8. La *comunión jerárquica* debe llevar a los Obispos a promover la unión del presbiterio y del pueblo de sus Iglesias particulares con el que es, en cuanto Sucesor de Pedro, principio y fundamento visible de la unidad de fe y de comunión para toda la Iglesia, presentando el primado con su verdadero rostro y en todas sus dimensiones, porque no siempre se comprende su verdadero sentido, incluso entre los católicos. Este es

un servicio necesario a la Iglesia, un punto fijo obligado, la piedra angular de la comunión eclesial.

9. *El principal cometido del ministerio jerárquico es promover la comunión.* Para defender los vínculos de la comunión los Obispos no pueden adoptar una cómoda neutralidad frente a las posibles partes en litigio, sino que deben atraer a unos y otros al único y verdadero principio de unidad eclesial, que no es mera coincidencia en hechos comprobables estadísticamente, sino ante todo unidad en la fe y en la moral, en los sacramentos, en la obediencia a la Jerarquía.

10. El principio de la colegialidad, instituido por el propio Cristo, además de determinar el modo en que se ejerce la autoridad en la Iglesia, expresa indirectamente la realidad de la Iglesia como «koinonía», ya que una Iglesia universal realiza su existencia en varias Iglesias particulares. Los Obispos, sucesores de los Apóstoles, mediante su unión con el Sucesor de Pedro, Obispo de Roma, expresan conjuntamente multiplicidad y unidad, universalidad y particularidad. Y en esto se revela la esencia de comunión de la Iglesia: el Pueblo de Dios es también *comunión de las Iglesias*, constituida por la comunión de los Obispos.

11. La validez de la línea teológica que se ha ido desarrollando después del Concilio para subrayar que todo el misterio de la Iglesia está contenido en cada Iglesia particular está sujeta a las siguientes premisas, que no son sino una aplicación a la «communio ecclesiarum» de los principios que rigen la «communio hierarchica» y la colegialidad episcopal:

a) *La Iglesia particular no es un sujeto completo en sí mismo.* La afirmación del Concilio de que la Iglesia católica, una y única, se constituye en las Iglesias particulares y a base de ellas es válida también en sentido inverso: las Iglesias particulares, a su vez, son «ex et in Ecclesia universali», pues de ésta y en ésta reciben su eclesialidad y tienen una relación de interioridad recíproca con la Iglesia universal. No agotan la totalidad del misterio de la Iglesia, dado que algunos de sus elementos constitutivos no son deducibles del simple análisis de la misma Iglesia particular. Esos elementos son la función del Sucesor de Pedro y del mismo Colegio Episcopal.

b) La *dependencia ontológica de las Iglesias particulares respecto del ministerio petrino* se refleja en el plano canónico en la relación jurídica de unidad y subordinación de esas Iglesias con la Sede Apostólica. Puesto que el Sucesor de Pedro ha sido constituido para toda la Iglesia como Pastor y como Vicario de Cristo, todas las Iglesias particulares —precisamente porque son católicas y porque engloban en sí mismas el misterio de la Iglesia universal— están llamadas a vivir en comunión con él.

c) La Iglesia particular no nace a partir de una fragmentación de la Iglesia universal, ni la Iglesia universal se constituye con la simple agregación de las Iglesias particulares o resulta del reconocimiento recíproco de éstas; sino que hay un vínculo vivo, esencial y constante que las une entre sí: la comunión efectiva en la fe, en los sacramentos y en la unidad con todo el Cuerpo de Cristo, que se realiza mediante la unión sacramental con Cristo. Por eso, la Iglesia universal no es una sociedad internacional desarticuladamente unida o una federación de Iglesias particulares y una Iglesia católica local nunca puede en su esencia convertirse en pura Iglesia nacional; siempre es Iglesia católica en una nación.

Concepción gradual de la colegialidad

1. Juan Pablo II tiene una concepción amplia y gradual de la colegialidad, que puede considerarse uno de los rasgos caracterizantes de su pontificado. Entiende que *la colegialidad episcopal*, tal como es presentada por el Concilio Vaticano II, tiene diversos grados de realización y *puede y debe ser desarrollada en perfecta armonía con la doctrina conciliar*. Aplica esa concepción a las manifestaciones no plenas de la colegialidad, como el Sínodo de los Obispos, las Conferencias Episcopales y sus agrupaciones de carácter continental, a las que juzga especialmente adecuadas para satisfacer las exigencias del gobierno de la Iglesia en la época actual.

2. El Santo Padre ha impulsado estas expresiones nuevas de la colegialidad episcopal y también otras con una larga tradición, como el Colegio Cardenalicio y la Curia Romana, que, por la participación que

tienen en ellas los Obispos diocesanos, constituyen asimismo una aplicación de la colegialidad. Entiende que todas ellas encierran unas potencialidades que las hacen susceptibles de desarrollo gradual.

3. En sintonía con este criterio, en el pontificado de Juan Pablo II, además de tener inicio las asambleas especiales del Sínodo de los Obispos, previstas en las normas de Pablo VI, se han celebrado también *Sínodos particulares*. Aunque parece que éstos pueden asimilarse a las asambleas especiales, es significativo que las resoluciones del Sínodo particular de los Obispos de Holanda, de 1980, tomaron la forma de un acuerdo jurídico adoptado por la Conferencia Episcopal holandesa e inmediatamente ratificado por el Papa.

4. Se ha dado también *un nuevo tipo de reuniones conclusivas de las visitas ad limina*, en el caso de algunos países con un episcopado numeroso, que, aunque no se han planteado como Sínodos especiales o particulares, han tenido cierta similitud con ellos, pues en esas asambleas presididas por el Papa participaron representantes del episcopado respectivo y Cardenales de la Curia Romana.

5. La concepción abierta y flexible que tiene Juan Pablo II de las formas sinodales se refleja también en su consideración de las agrupaciones continentales de Conferencias Episcopales como estructuras pre-sinodales.

6. Además, el Santo Padre ha impulsado con su Magisterio otras formas de colegialidad, como los Consejos Presbiterales y Pastorales, creados por el Concilio, que no se fundan ya en el principio de la colegialidad episcopal sino en el de cooperación del presbiterio con el Obispo y en el de corresponsabilidad de los fieles en la misión de la Iglesia. Considera que el Concilio ha extendido a ellos el espíritu de colaboración y corresponsabilidad que está en la entraña de la colegialidad episcopal, y que, si funcionan adecuadamente, pueden ser de mucha eficacia como instrumentos de comunión.

7. El Papa manifiesta viva gratitud al Concilio Vaticano II y a sus predecesores por haber puesto en marcha la colegialidad episcopal, a la

que llama «nueva ola» de la vida de la Iglesia; la ve como un movimiento mucho más potente que los síntomas de duda, de derrumbamiento y de crisis, y considera que, contra todas las apariencias, la Iglesia está mucho más unida gracias a la colegialidad. Juan Pablo II refiere principalmente este juicio positivo de la colegialidad a las expresiones no plenas de ésta, que son las que tienen aplicación más frecuente en la vida de la Iglesia.

Exigencias de la colegialidad

1. Para que la colegialidad episcopal esté al servicio de la unidad de la Iglesia, el trabajo de los Obispos en las diversas realizaciones que tiene la colegialidad —Sínodo, Curia Romana, Conferencias Episcopales, etc.— ha de acomodarse a una serie de exigencias que Juan Pablo II señala al tratar de esas realizaciones y que están en consonancia con la relación que, como hemos visto, establece entre comunión y colegialidad.

2. La *unidad* —un modo de actuación caracterizado de manera natural por la unidad de criterio y de acción— es una condición para la vitalidad y credibilidad de cada uno de los Colegios que reúnen a los Obispos y llevará con frecuencia a la *unanimidad* a la hora de las decisiones. Subraya Juan Pablo II que la postura común y unánime de los miembros del Sínodo ha servido en el difícil periodo postconciliar para que el Colegio de los Obispos manifieste su unión con el Sucesor de Pedro, contribuyendo a disipar dudas e indicando los caminos justos para la renovación de la Iglesia. Afirmar también que no es cierto que una gran medida de unanimidad en una Conferencia Episcopal se dé a costa de la vitalidad y credibilidad del testimonio de los Obispos: sucede en realidad lo contrario.

3. Como es lógico, la unidad no está reñida con la *diversidad de opiniones*, en la medida en que la disparidad de puntos de vista lleve a estudiar más a fondo los asuntos, tomando en consideración las opiniones de los demás, y no degeneren en disidencias sistemáticas y grupos de «oposición».

4. De ahí la importancia de que ese gran instrumento de la colegialidad, que es el coloquio o diálogo colegial, esté animado por un afecto concorde de caridad, para que exista un clima que haga crecer la confianza recíproca, que no se limita a la simple cordialidad en el trato mutuo, sino que llega hasta el sentimiento profundo que permite *aceptar con sencillez, en el campo de lo opinable, ideas o posiciones diversas de las propias*, para que quede salvaguardado el bien común de la Iglesia en el plano local y en su dimensión universal.

5. Facilita mucho lo anterior la *conciencia de realizar una labor* que, en el caso del Sínodo, el Colegio Cardenalicio o la Curia Romana, se caracteriza específicamente por ser una colaboración prestada *al servicio del Vicario de Cristo* para el aliento de toda la Iglesia.

6. Otra exigencia de la colegialidad es, para Juan Pablo II, la *actitud participativa* de todos los que componen los diversos colegios, sin que nadie se sienta o se ponga al margen. La participación se ve favorecida por la atención que se presta a la opinión de las minorías y por la posibilidad que se ofrece a todos los miembros —sobre todo cuando son numerosos— de sentirse coautores efectivos y solidarios de las actuaciones colegiales.

7. Para que en las distintas asambleas se puedan resolver todos los asuntos incluidos en su orden del día, sin merma de la unidad y de la participación y sin alargar excesivamente sus deliberaciones, es imprescindible que todos los miembros dediquen el tiempo necesario a informarse cabalmente de las materias que serán sometidas a votación y a ponderar las soluciones posibles.

8. Se aplica, por último, a la colegialidad el principio de que la fecundidad de cualquier ministerio pastoral depende de la santidad de vida de los Pastores. En el plan de Dios, *la santidad es esencial para toda guía eficaz de la Iglesia, es la base de todo auténtico interés pastoral y de toda actividad colegial*. Como los anteriores, es éste un requerimiento no jurídico, pero muy congruente con la naturaleza de la Iglesia y de la colegialidad, que, como hemos visto más arriba, se

fundamenta en razones espirituales, teológicas, antes que en criterios organizativos o de eficacia.

Carácter pastoral de la función de gobierno

1. Otra nota destacada del Magisterio de Juan Pablo II es el *carácter pastoral* que asigna a la *función de gobierno* en consonancia con los presupuestos de la eclesiología conciliar. Considera que, entre las novedades del Concilio Vaticano II, la más importante fue quizá la decisión que se tomó al debatir el proyecto de la Constitución «*Lumen gentium*» de tratar en ese documento del Pueblo de Dios antes que de la estructura jerárquica de la Iglesia. Es un giro decisivo en el que se encuentra la razón de la pastoralidad del Vaticano II: después de una toma de postura eclesiológica como ésta, el Concilio no podía dejar de ser pastoral.

2. Esta pastoralidad implica la ordenación de la constitución jerárquica de la Iglesia al bien común de todo el Pueblo de Dios, lo cual quiere decir que:

a) la salvación de las almas, en cuanto fin último y ley suprema de la Iglesia, debe guiar a quienes ejercen funciones de gobierno en la Iglesia, cuya actividad debe estar animada por la *caridad pastoral*;

b) la *potestad sagrada* ha de entenderse y ejercerse *como un servicio*; existe en razón de las necesidades de los fieles, no en beneficio de quienes la ejercen; el sacerdocio jerárquico es ministerial, está radicalmente ordenado al servicio de todo el Pueblo de Dios; no sustituye, sino más bien promueve el sacerdocio común de todos los bautizados, ayudándolos a ejercitar en plenitud su misión específica en la Iglesia;

c) el contenido del «*munus regendi*» no se reduce a tomar decisiones autoritativas, apoyadas en la potestad de jurisdicción; forma parte de él también la *actividad de fomento*, que lleva a impulsar la evangelización con exhortaciones, sugerencias, estudios, servicios especializados, promoción de iniciativas, etc.;

d) no se puede pensar, sin embargo, que tomar decisiones autoritativas no sea también un servicio: lo es y, además, muy necesario; *la justicia y el estricto derecho* son exigidas en la Iglesia para el bien de las almas y son, por lo tanto, *realidades intrínsecamente pastorales*. La acti-

vidad pastoral, aun superando con mucho los meros aspectos jurídicos, comporta siempre una dimensión de justicia. No sería posible guiar a las almas hacia el Reino de los cielos si se prescindiese de aquel mínimo de caridad y de prudencia que consiste en el esfuerzo por hacer observar fielmente la ley y los derechos de todos en la Iglesia.

«*Sacra potestas*»

1. El Santo Padre ha subrayado en su Magisterio que, entre la pluralidad de dones carismáticos y jerárquicos con los que el Espíritu enriquece a la Iglesia, tienen especial relevancia estos últimos, ya que el carácter jerárquico es, por voluntad de Jesucristo, uno de los elementos constitutivos de la Iglesia. Las propuestas de laicalizar el ministerio y la vida sacerdotal, de sustituir a los ministros sacramentales por otros ministerios e incluso de concebir la función jerárquica como una delegación de la comunidad, lo cual justificaría también la transferencia a la comunidad de algunos poderes jerárquicos, constituyen *la tentación eclesiológica de nuestros tiempos*.

2. Juan Pablo II tiene un *concepto teológico y unitario de «sacra potestas»*, que incluye los «tria munera» y las correspondientes potestades de magisterio, orden y jurisdicción, y que es una potestad sacramental, espiritual y pastoral, de cuyo ejercicio derivan efectos jurídicos y no jurídicos. Aplica el término «sacra potestas» tanto a los poderes de la Iglesia en general, como a los poderes de los Obispos, a los poderes de los sacerdotes y, conjuntamente, a los de unos y otros. Respecto a los «tria munera», considera que, si se analizan con atención los textos conciliares, está claro que *conviene hablar de una triple dimensión del servicio y de la misión de Cristo más que de tres funciones distintas*.

3. La misión que la consagración episcopal confiere agrega al ordenado al Colegio Episcopal, por lo que la función o ministerio episcopal y la sagrada potestad propia de ese ministerio sólo pueden ejercerse en *comunidad jerárquica*, es decir, dentro de la particular relación con la Cabeza y los miembros del Colegio Episcopal en que el sacramento coloca al ordenado al agregarlo al Colegio.

4. La misión y la comunión jerárquica que derivan del sacramento son determinadas o confirmadas por un acto extra-sacramental del Romano Pontífice, denominado *misión canónica*. El Romano Pontífice da esta misión al efectuar la provisión de las sedes episcopales mediante la libre colación del oficio o la confirmación de la elección legítimamente hecha por un colegio.

5. Nos parece que, para Juan Pablo II el Romano Pontífice, al conceder con la misión canónica la comunión jerárquica, lo que en realidad hace es confirmar la comunión ya creada por el sacramento, en el sentido de darle determinación, eficacia jurídica. Es decir, que si un Obispo fuera consagrado y no recibiera misión canónica o, aun habiéndola recibido, incurriera en herejía o cisma, no perdería por eso su condición de miembro del Colegio Episcopal, pero el Romano Pontífice podría negarle la comunión, no permitiéndole ejercer la «sacra potestas» recibida en el sacramento. En consecuencia, pensamos que, para Juan Pablo II, la *transmisión de la «sacra potestas»* se hace por el sacramento y por la misión canónica y que, de ambos medios, el sacramento es el más importante.

Naturaleza del Sínodo

1. El Card. Wojtyła consideraba al Sínodo como sujeto de la potestad plena y suprema sobre toda la Iglesia, y al voto sinodal como el voto del entero Colegio Episcopal. En los primeros años de su pontificado Juan Pablo II, aunque no usa esas expresiones tan rotundas, mantiene una línea de pensamiento parecida. En 1990 se expresa ya de modo distinto, colocando al Sínodo como una forma de ejercer la solicitud por todas las Iglesias que corresponde a los Obispos y el afecto colegial, pero no la colegialidad episcopal en sentido estricto.

2. La afirmación que hace, tanto como Arzobispo de Cracovia como después desde la Cátedra de San Pedro, de que lo significativo no es el carácter consultivo que las normas reguladoras del Sínodo atribuyen a su voto, sino el peso eclesial de tal voto, cuando es moralmente unánime, y el hecho de que el Papa procura reflejar en las exhortaciones apostólicas postsinodales el parecer del Sínodo, es cierta desde un punto de vista

pastoral, pero no quita validez al hecho de que, desde el punto de vista jurídico, las decisiones del Sínodo no tienen fuerza vinculante y que, por tanto, el Sínodo no es un colegio deliberativo sino consultivo. No obstante, esto es revelador de la alta estima que Juan Pablo II tiene por el Sínodo y ayuda también a entender la importancia de la colegialidad y de la función consultiva en la Iglesia.

El «munus docendi» de las Conferencias Episcopales

1. Sin entrar en el debate sobre si se puede considerar a las Conferencias Episcopales como sujetos de la potestad de magisterio o no, Juan Pablo II considera que muchas veces la mejor contribución que estos colegios podrán hacer al encauzamiento de los problemas pastorales será la publicación de documentos doctrinales que marquen las coordenadas dentro de las cuales deben plantear la actividad evangelizadora el clero, los religiosos y los laicos.

2. Respecto a la temática del «munus docendi» de las Conferencias Episcopales, el Santo Padre señala que éstas deben ocuparse de modo prioritario en sus documentos colectivos de los asuntos relacionados con la vida cristiana de los fieles. A la vez les exhorta a que traten también de las relaciones Iglesia-mundo, con el objetivo claro, no de proponer soluciones técnicas a los problemas temporales, sino de valorarlos según la doctrina social de la Iglesia.



BIBLIOGRAFÍA

I. FUENTES

1. K. Wojtyła

«Animadversiones» enviadas el 30-XII-1959 a la Pontificia Comisión Antepreparatoria del Concilio Ecu­mé­ni­co, en «Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando» (Series I. Antepreparatoria), Vol. II, Pars II, pp. 741-748; Intervención del 21-X-1963 en el debate del proyecto de Constitución dogmática sobre la Iglesia, en «Acta Synodalia Sacrosancti Concilii Oecumenici Vaticani II», Città del Vaticano 1970-1978, Vol. II, Pars III, pp. 154-155; Intervención del 15-X-1969 en la tercera Congregación General de la I Asamblea Extraordinaria del Sínodo de los Obispos, en SYNODUS EPISCOPORUM, *Acta I Coetus Extraordinarii*, Romae 1969, I, pp. 295-299; *O Synodzie Biskupów*, en «Tygodnik Powszechny», 26 (1972), n. 20, pp. 1-5, Traducción italiana de A. Kurczab en SEGRETERIA GENERALE DEL SINODO DEI VESCOVI, «Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi», Città del Vaticano 1980, pp. 305-311; *U Podstaw Odnowy. Studium o realizacji Vaticanum II*, Cracovia 1972, Traducción castellana de J. L. Legaza: *La renovación en sus fuentes. Sobre la aplicación del Concilio Vaticano II*, Madrid 1982.

2. Juan Pablo II

Acta Apostolicae Sedis, commentarium officiale, Romae (cit.: AAS); *Enseñanzas al Pueblo de Dios 1978-1981*, Città del Vaticano-Madrid 1979-1983 (cit.: EPD); *Encíclicas de Juan Pablo II*, Edibesa, Madrid 1993; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española (cit.: LOR); 1. ENCÍCLICAS: Litt. Enc. *Redemptor hominis*, 4-III-1979, AAS 71 (1979), pp. 257-324; «Encíclicas de Juan Pablo II», Edibesa, Madrid 1993, pp. 1-102; Litt. Enc. *Redemptoris missio*, 7-XII-1990, AAS 83 (1991), pp. 249-340; «Encíclicas de Juan Pablo II», Edibesa, Madrid 1993, pp. 711-864; Litt. Enc. *Veritatis splendor*, 6-VIII-1993, AAS 85 (1993), pp. 1133-1228; «Encíclicas de Juan Pablo II», Edibesa, Madrid 1993, pp. 985-1168; 2. EXHORTACIONES APOSTÓLICAS: Adh. Ap. *Reconciliatio et paenitentia*, 2-XII-1984, AAS 77 (1985), pp. 221 ss. (traducción castellana de LOR 1984, pp. 827 ss); Adh. Ap. *Christifideles laici*, 30-XII-1988, AAS 81 (1989), pp. 393-521 (traducción castellana de Ediciones Palabra, Madrid 1989); Adh. Ap. *Pastores dabo vobis*, 25-III-1992, AAS 84 (1992), pp. 657-804 (traducción castellana de Ediciones Paulinas, Madrid 1992); 3. CONSTITUCIONES APOSTÓLICAS: Const. Ap. *Sacrae disciplinae leges*, 25-I-1983, AAS 75 (1983), Pars II, pp. VII-XIV (traducción castellana de la edición bilingüe y anotada del Código de Derecho Canónico, pp. 33-45, Pamplona 1992); Const. Ap. *Pastor Bonus*, 28-VI-1988, AAS 80 (1988), pp. 841-912 (traducción castellana de la edición bilingüe y anotada del

Código de Derecho Canónico, Apéndice I, pp. 1105-1170, Pamplona 1992); Const. Ap. *Sacri Canones*, 18-X-1990, AAS 82 (1990), pp. 1034-1044; Const. Ap. *Universi Domini gregis*, 22-II-1996, AAS 88 (1996), pp. 305-343 (traducción castellana del «Comentario Exegético al Código de Derecho Canónico», vol. V, pp. 101-142, Pamplona 1996); 4. CARTAS: APOSTÓLICAS: Carta *Magnus dies* a todos los Obispos de la Iglesia con ocasión del Jueves Santo, 8-IV-1979, AAS 71 (1979), pp. 389-393, EPD 1979 (enero-abril), pp. 67-70; Carta *Novo incipiente* a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, 8-IV-1979, AAS 71 (1979), pp. 393 ss., EPD 1979 (enero-abril), pp. 71-92; Carta *A Concilio Constantinopolitano I*, 25-III-1981, AAS 73 (1981), pp. 513-527, EPD 1981 (enero-junio), pp. 7-12; Carta *Ritibus in sacris* a todos los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo, 31-III-1985, AAS 77 (1985), pp. 728-740, LOR 1985, p. 187; 5. CARTAS: Carta *a todos los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-III-1989, AAS 81 (1989), pp. 1030-1038, LOR 1989, p. 225; Carta *a los sacerdotes con ocasión del Jueves Santo*, 12-IV-1990, AAS 82 (1990), pp. 418-421, LOR 1990, pp. 169 y 180; 6. HOMILÍAS: *Homilía en la Misa de inauguración oficial del pontificado*, 22-X-1978, AAS 70 (1978) 946-947, EPD (1978), p. 82; *Homilía en la Misa de ordenación episcopal de Mons. Jozef Tomko, Secretario General del Sínodo de los Obispos*, 15-IX-1979, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 224; *Homilía en la Misa de inauguración del Sínodo particular de los Obispos de Holanda*, 14-I-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 224-225; *Homilía en la Misa de clausura del Sínodo particular de los Obispos de Holanda*, 31-I-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 242-244; *Homilía en la Misa de ordenación episcopal en Kinshasa*, 4-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 366-368; *Homilía en la Misa para los sacerdotes, diáconos y seminaristas, en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 424; *Homilía en la Misa de inauguración del Congreso Internacional sobre las Vocaciones, en la Basílica de San Pedro*, 10-V-1981, EPD 1981 (enero-junio), pp. 312-313; *Homilía durante la Misa en Libreville (Gabón)*, 19-II-1982, LOR 1982, p. 158; *Homilía en una Misa de ordenación sacerdotal, en Roma*, 6-VI-1982, LOR 1982, p. 407; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal, en Valencia*, 8-XI-1982, LOR 1982, p. 742; *Homilía en concelebración eucarística con los Obispos de Italia*, 15-IV-1983, LOR 1983, p. 246; *Homilía en la Misa de la solemnidad de S. Pedro y S. Pablo*, 29-VI-1983, LOR 1983, p. 370; *Homilía durante Misa de ordenaciones sacerdotales en Tailandia*, 11-V-1984, LOR 1984, pp. 341-342; *Homilía en Lugano (Suiza)*, 12-VI-1984, LOR 1984, p. 394; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal en la Basílica de San Pedro*, 2-VI-1985, LOR 1985, p. 350; *Homilía en la Misa crismal en la Basílica de San Pedro*, 27-III-1986, LOR 1986, p. 194; *Homilía en Misa de ordenación episcopal, en la Basílica de San Pedro*, 16-X-1986, LOR 1986, p. 726; *Homilía en Auckland (Nueva Zelanda)*, 22-XI-1986, LOR 1986, p. 806; *Homilía en Misa de ordenación sacerdotal, en Florida (Uruguay)*, 8-V-1988, LOR 1988, p. 322; 7. DISCURSOS: a) En asambleas sinodales y reuniones de la Secretaría General del Sínodo: *Alocución al Consejo de la Secretaría General del Sínodo de los Obispos*, 16-XII-1978, AAS 71 (1979), pp. 107-108; *Alocución al Consejo de la Secretaría General*

del Sínodo de los Obispos, 30-IV-1983, AAS, 75 (1983), p. 651, LOR 1983, p. 272; *Alocución en la clausura de la VI Asamblea General Ordinaria del Sínodo de Obispos*, 29-X-1983, LOR 1983, p. 620; *Alocución en la reunión plenaria del Consejo de la Secretaría General del Sínodo*, 18-II-1984, LOR 1984, p. 163; *Alocución a los miembros de la Secretaría General del Sínodo*, 17-VI-1988, LOR 1988, p. 582; *Alocución a la reunión consultiva de la Asamblea Especial para Europa del Sínodo de los Obispos*, 5-VI-1990, LOR 1990, p. 345; *Alocución al Consejo para el Sínodo Africano, en Costa de Marfil*, 10-IX-1990, LOR 1990, p. 517; *Alocución de clausura del Sínodo de los Obispos*, 27-X-1990, LOR 1990, p. 623; b) A asambleas especiales de Obispos con miembros de la Curia Romana, celebradas en el Vaticano: *Alocución a los Cardenales y Obispos brasileños en la reunión de aquéllos con el Santo Padre y con los Cardenales de la Curia Romana*, 13-III-1986, LOR 1986, p. 186; *Alocución a los Obispos alemanes al final de un encuentro con ellos en Roma*, 14-XI-1989, LOR 1989, p. 821; c) Al Colegio de Cardenales: *Alocución a los Cardenales y a todos los hombres de buena voluntad, después de su elección*, 17-X-1978, AAS 70 (1978) 922-923, EPD 1978, pp. 342-343; *Alocución a los Cardenales en la apertura de la I Asamblea plenaria del Sacro Colegio*, 5-XI-1979, AAS 71 (1979), pp. 1448-1450, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 876-888; *Alocución en la apertura de la II Asamblea plenaria del Colegio de Cardenales*, 23-XI-1982, LOR 1982, p. 778; *Alocución en la clausura de la II Asamblea plenaria del Sacro Colegio Cardenalicio*, 26-XI-1982, LOR 1982, p. 773; *Alocución en el Consistorio público de Cardenales*, 2-II-1983, LOR 1983, p. 62; *Alocución al Consistorio de Cardenales*, 25-VI-1984, LOR 1984, p. 421; *Alocución a los nuevos Cardenales durante la ceremonia consistorial*, 25-V-1985, LOR 1985, p. 340; *Alocución a la III Asamblea Plenaria del Colegio de Cardenales*, 21-XI-1985, LOR 1985, p. 716; d) A la Curia Romana: *Alocución a la Rota Romana*, 17-II-1979, EPD 1979 (enero-abril), p. 540; *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 878-881; *Alocución a los participantes en la asamblea plenaria de la Pontificia Comisión para la Revisión del Código de Derecho Canónico*, 29-X-1981, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 368; *Alocución en la presentación del nuevo Código de Derecho Canónico*, 3-II-1983, LOR 1983, pp. 103-104; *Alocución a la Rota Romana*, 26-II-1983, LOR 1983, p. 225; *Alocución a la asamblea plenaria de la Congregación para el Clero*, 20-X-1984, LOR 1984, p. 841; *Alocución a la Curia Romana*, 21-XII-1984, LOR 1984, pp. 867-868; *Alocución a la Curia Romana*, 28-VI-1986, LOR 1986, p. 479; *Alocución a la Curia Romana*, 22-XII-1988, LOR 1989, p. 7; *Alocución a la Rota Romana*, 18-I-1990, LOR 1990, p. 47; *Alocución a la Curia Romana*, 20-XII-1990, LOR 1990, p. 750; e) A agrupaciones de Conferencias Episcopales: *Alocución al Consejo de las Conferencias Episcopales de Europa*, 19-XII-1978, AAS 71 (1979), pp. 109-110, EPD 1978, pp. 293-295; *Alocución al CELAM en Río de Janeiro*, 2-VII-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 501; *Alocución al CELAM en Puerto Príncipe (Haití)*, 9-III-1983, LOR 1983, p. 180; *Mensaje a la I Asamblea General del Encuentro Interregional de Obispos de Sudáfrica*, 2-VIII-1984, LOR 1984, p. 815; f) A Conferencias Episcopales:

Alocución al Consejo Permanente de la Conferencia Episcopal Italiana, 23-I-1979, AAS 71 (1979), pp. 364-366, EPD 1979 (enero-abril), p. 414; *Alocución a la Conferencia Episcopal Polaca en el santuario de Jasna Gora*, 5-VI-1979, AAS 71 (1979), p. 788, EPD 1979 (mayo-agosto), p. 470; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Irlanda, en Dublín*, 30-IX-1979, AAS 71 (1979), pp. 1113-1116, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 600-601; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Zaire, en Kinshasa*, 3-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), p. 649; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Ghana, en Kumasi*, 9-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 718-719; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Alto Volta*, 10-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 733-734; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Costa de Marfil*, 11-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 749-750; *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 29-V-1980, EPD 1980 (enero-junio), pp. 778-779; *Alocución a la Conferencia Episcopal Francesa en París*, 1-VI-1980, EPD 1980 (enero-junio), p. 807; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Brasil, en Fortaleza*, 10-VII-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 570-571; *Alocución a la Conferencia Episcopal Alemana, en Fulda (Alemania)*, 17-XI-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 820-826; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Japón, en Tokio (Japón)*, 23-II-1981, EPD 1981 (enero-junio), p. 437; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Nigeria en Lagos*, 15-II-1982, LOR 1982, p. 137; *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana, en Asís*, 12-III-1982, LOR 1982, p. 202; *Alocución a la Conferencia Episcopal Portuguesa, en Fátima*, 13-V-1982, LOR 1982, p. 344; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Inglaterra y Gales, en Londres*, 28-V-1982, LOR 1982, p. 377; *Alocución a la Conferencia Episcopal Española, en Madrid*, 31-X-1982, LOR 1982, p. 695; *Alocución a la Conferencia Episcopal Austriaca, en Viena*, 12-IX-1983, LOR 1983, p. 524; *Alocución a la Conferencia Episcopal Italiana*, 21-IX-1983, LOR 1983, p. 696; *Alocución a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Italiana*, 1-V-1984, LOR 1984, p. 387; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Papúa Nueva Guinea e Islas Salomón, en Port Moresby*, 8-V-1984, LOR 1984, p. 335; *Alocución a la Conferencia Episcopal Suiza, en Einsiedeln*, 15-VI-1984, LOR 1984, p. 439; *Alocución a la Conferencia Episcopal Holandesa*, 14-V-1985, LOR 1985, p. 310; *Alocución a la Conferencia Episcopal Colombiana, en Bogotá*, 2-VII-1986, LOR 1986, pp. 421-422; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Nueva Zelanda, en Wellington*, 23-XI-1986, LOR 1986, p. 811; *Alocución a la Conferencia Episcopal de Chile*, 2-IV-1987, LOR 1987, p. 239; *Alocución a la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos, en Los Angeles*, 16-IX-1987, LOR 1987, pp. 760-763; g) A los Obispos en visita «ad limina Apostolorum»: *Alocución a los Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 13-X-1979, AAS 71 (1979), pp. 1417-1418, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 783; *Alocución a los Obispos de Papúa, Nueva Guinea e Islas Salomón en visita «ad limina»*, 23-X-1979, AAS 71 (1979), p. 1424, EPD 1979 (septiembre-diciembre), pp. 820-821; *Alocución a los Obispos de Tailandia en visita «ad limina»*, 27-XI-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 866; *Alocución a un grupo de Obispos de Vietnam en visita «ad limina»*, 11-XII-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), p. 879; *Alocución a los*

Obispos del Lazio (Italia) en visita «ad limina», 5-XI-1981, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 381; *Alocución a los Obispos de Ghana en visita «ad limina»*, 12-XI-1981, EPD 1981 (julio-diciembre), pp. 392-393; *Alocución a los Obispos de Nigeria, en visita «ad limina»*, 14-I-1982, LOR 1982, p. 64; *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 9-VII-1982, LOR 1982, p. 559; *Alocución a los Obispos de la Región Sudoeste de Francia en visita «ad limina»*, 24-IX-1982, LOR 1982, p. 761; *Alocución a los Obispos de Escandinavia en visita «ad limina»*, 8-X-1982, LOR 1983, p. 30; *Alocución a los Obispos de la Conferencia Episcopal de Berlín en visita «ad limina»*, 28-X-1982, LOR 1983, p. 31; *Alocución a los Obispos de Camerún en visita «ad limina»*, 13-XI-1982, LOR 1983, p. 42; *Alocución a los Obispos de la provincia eclesiástica de Braga (Portugal) en visita «ad limina»*, 4-II-1983, LOR 1983, p. 198; *Alocución a los Obispos de Lisboa y Evora en visita «ad limina»*, 11-II-1983, LOR 1983, p. 199; *Alocución a un grupo de Obispos de Yugoslavia, en visita «ad limina»*, 18-II-1983, LOR 1983, p. 222; *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 12-IV-1983, LOR 1983, p. 494; *Alocución a un grupo de Obispos de Zaire en visita «ad limina»*, 30-IV-1983, LOR 1983, p. 497; *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 5-IX-1983, LOR 1983, p. 677; *Alocución a un grupo de Obispos de Estados Unidos en visita «ad limina»*, 22-X-1983, LOR 1984, p. 37; *Alocución a un grupo de Obispos de Argentina en visita «ad limina»*, 1-VI-1984, LOR 1984, p. 376; *Alocución a un grupo de Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 19-X-1984, LOR 1984, p. 703; *Alocución a un grupo de Obispos de Argentina, en visita «ad limina»*, 1-XII-1984, LOR 1984, p. 808; *Alocución a los Obispos de Uruguay en visita «ad limina»*, 14-I-1985, n. 5 d, LOR 1985, p. 34; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil, en visita «ad limina»*, 16-II-1985, LOR 1985, pp. 141-142; *Alocución a un grupo de Obispos brasileños en visita «ad limina»*, 29-IV-1985, LOR 1985, p. 295; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 30-IX-1985, LOR 1985, p. 729; *Alocución a los Obispos de Suiza en visita «ad limina»*, 6-III-1987, LOR 1987, p. 691; *Alocución a los Obispos de Austria en visita «ad limina»*, 19-VI-1987, LOR 1987, p. 595; *Alocución a un grupo de Obispos de Nigeria en visita «ad limina»*, 3-IX-1987, LOR 1987, p. 907; *Alocución a un grupo de Obispos de Polonia en visita «ad limina»*, 12-XI-1987, LOR 1987, p. 953; *Alocución a los Obispos de Nueva Zelanda en visita «ad limina»*, 9-IV-1988, LOR 1988, p. 429; *Alocución a un grupo de Obispos de México en visita «ad limina»*, 26-IX-1988, LOR 1988, p. 751; *Alocución a los Obispos de Guatemala en visita «ad limina»*, 20-I-1989, LOR 1989, p. 67; *Alocución a un grupo de Obispos de Chile en visita «ad limina»*, 10-III-1989, LOR 1989, pp. 211, 212; *Alocución a los Obispos de Turquía en visita «ad limina»*, 31-III-1989, LOR 1989, p. 285; *Alocución a un grupo de Obispos de la India en visita «ad limina»*, 4-IX-1989, LOR 1989, p. 625; *Alocución a los Obispos de la Iglesia caldea en visita «ad limina»*, 9-XI-1989, LOR 1989, p. 769; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-II-1990, LOR 1990, p. 164; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 17-IX-1990, LOR 1990, p. 655; *Alocución a un grupo de Obispos de Brasil en visita «ad limina»*, 29-IX-

1990, LOR 1990, p. 656; h) A sacerdotes, religiosos y seminaristas: *Alocución a los sacerdotes y seminaristas en Cebú (Filipinas)*, 19-II-1981, EPD 1981 (enero-junio), p. 413; *Alocución al clero y religiosos en la catedral de Tokio (Japón)*, 23-II-1981, EPD 1981 (enero-junio), p. 432; *Alocución al presbiterio y religiosos de las diócesis de Todi y Orvieto (Italia)*, 22-XI-1981, EPD 1981 (julio-diciembre), p. 432; *Alocución a los sacerdotes y seminaristas en Enugu (Nigeria)*, 13-II-1982, LOR 1982, p. 132; *Alocución a los sacerdotes, religiosos y seminaristas en Padua*, 12-IX-1982 LOR 1982, p. 600; *Alocución a los sacerdotes, en Einsiedeln (Suiza)*, 15-VI-1984, LOR 1984, pp. 441-442; *Alocución en el Pontificio Colegio Armenio de Roma*, 7-VII-1984, LOR 1984, p. 813; *Alocución a los sacerdotes y religiosos en la catedral de Fano (Italia)*, 12-VIII-1984, LOR 1984, p. 514; *Alocución al clero de Roma*, 21-II-1985, LOR 1985, p. 175; *Alocución en el retiro espiritual con sacerdotes en Ars (Francia)*, 6-X-1986, LOR 1986, p. 671; *Alocución a sacerdotes, religiosos y laicos en Perugia (Italia)*, 26-X-1986, LOR 1986, p. 734; *Alocución al clero de la diócesis de Roma*, 18-II-1988, LOR 1988, p. 177; i) Otros discursos: *Catequesis en la audiencia general de los miércoles*, 7-II-1979, EPD 1979 (enero-abril), pp. 162-166; *Alocución a los Obispos de otros países presentes en Dublín, con motivo del viaje del Papa*, 29-IX-1979, EPD (septiembre-diciembre), pp. 588-590; *Alocución a los participantes en el VII curso de la Pontificia Universidad Gregoriana para jueces y oficiales de tribunales eclesíasticos*, 13-XII-1979, EPD 1979 (septiembre-diciembre), p. 1029; *Alocución dada en Roma a los participantes en el Congreso Internacional de Derecho Canónico celebrado en Friburgo (Suiza)*, 13-X-1980, EPD 1980 (julio-diciembre), pp. 708 y 710; *Alocución a un grupo de Obispos amigos del Movimiento de los Focolares*, 21-II-1982, LOR 1982, p. 174; *Alocución a los Obispos asistentes a un curso sobre el nuevo Código de Derecho Canónico*, 21-XI-1983, LOR 1983, p. 684; *Catequesis en la audiencia general de los miércoles*, 13-II-1985, LOR 1985, p. 108; *Alocución al Congreso nacional italiano sobre los diaconos permanentes*, 16-III-1985, LOR 1985, p. 206; *Alocución al llegar a Bruselas*, 16-V-1985, LOR 1985, p. 341; *Catequesis en audiencia general del miércoles*, 22-VI-1988, LOR 1988, p. 447; *Alocución a los fieles de la archidiócesis de Nampula (Mozambique)*, 17-IX-1988, LOR 1988, pp. 814-815; *Alocución a los participantes en el Sínodo diocesano, en Nancy (Francia)*, 10-X-1988, LOR 1988, pp. 903-904; *Catequesis en la audiencia general del miércoles*, 27-IX-1989, LOR 1989, p. 631. 8. MENSAJES: *Carta a los Presidentes de las Conferencias Episcopales de Europa*, 2-I-1986, LOR 1986, p. 45; *Carta a la Conferencia Episcopal de Estados Unidos*, 4-XI-1986, LOR 1986, p. 771; *Carta al Cardenal J. Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe*, 8-IV-1988, LOR 1988, p. 241; 9. DECLARACIONES A LOS PERIODISTAS: *Declaraciones a los periodistas en el vuelo Roma-Ciudad de México*, 6-V-1990, LOR 1990, p. 272; *Declaraciones a los periodistas en vuelo hacia Africa*, 1-IX-1990, LOR 1990, p. 492.

3. Otras fuentes

SACROSANCTUM CONCILIUM OECUMENICUM VATICANUM II, Const. dogmatica *Lumen Gentium*, 21-XI-1964, AAS 57 (1965), pp. 5-7; Const. pastoral *Gaudium et spes*, 7-XII-1966, AAS 58 (1966), pp. 1025-1115; Decr. *Christus Dominus*, 28-X-1965, AAS 58 (1966), pp. 673-696; Decr. *Presbyterorum Ordinis*, 7-XII-1965, AAS 58 (1966), pp. 991-1024; Decr. *Optatam totius*, 28-X-1965, AAS 58 (1966), pp. 713-727; Decr. *Apostolicam actuositatem*, 18-XI-1965, AAS 58 (1966), pp. 837-864; Decr. *Ad Gentes*, 7-XII-1965, AAS 58 (1966), pp. 947-990; *Codex Iuris Canonici*, AAS 75 (1983), Pars II, pp. I-XXX, 1-317; SYNODUS EPISCOPORUM, II COETUS EXTRAORDINARIUS, *Ecclesia sub verbo Dei mysteria Christi celebrans pro salute mundi. Relatio finalis*, 6-XII-1985, LOR 1985, pp. 780 ss.; CONGREGATIO PRO DOCTRINA FIDEI, *Litterae ad Catholicae Ecclesiae Episcopos de aliquibus aspectibus Ecclesiae prout est Communio*, 28-V-1992, AAS, 85 (1993), pp. 838-850.

II. AUTORES

AA.VV., *Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi*, Segreteria Generale del Sinodo dei Vescovi, Città del Vaticano 1980; AA.VV., *La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali*, Città del Vaticano 1989; AA.VV., *Naturaleza y futuro de las Conferencias Episcopales*, Salamanca 1988; F. ARINZE, *Tipologia degli organismi della Curia Romana*, en «La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali», Città del Vaticano 1989, pp. 134-138; J.I. ARRIETA, *Conferenze Episcopali e vincolo di comunione*, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 3-22; IDEM, *El Sinodo de los Obispos*, Pamplona 1987.; IDEM, *La reforma de la Curia Romana*, en «Ius Canonicum» 29 (1989), pp. 185-204; S. BAGGIO, *La dimensione pastorale del servizio della Curia Romana*, en AA.VV., «La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali», Città del Vaticano 1989, pp. 113-122; U. BETTI, *La collocazione ecclesiologica della Curia Romana*, en AA.VV., «La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali», Città del Vaticano 1989, pp. 108-112; J. BEYER, *Teologia e diritto nella «potestas sacra» della Chiesa*, en «Teologia e Diritto Canonico», Città del Vaticano 1987, pp. 67-85; L. BOFF, *Eclesiogenésis. Las Comunidades de base reinventan la Iglesia*, Santander 1980; R. CASTILLO LARA, *La Costituzione Apostolica «Pastor Bonus» in prospettiva giuridica*, en «La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali», Città del Vaticano 1989, pp. 128-133; A. CATTANEO, *La fundamentación eclesiológica de la Curia Romana en la «Pastor Bonus»*, en «Ius Canonicum» 59 (1990), pp. 39-57; E. CORECCO, *Iglesia particular e Iglesia universal en el surco de la doctrina del Concilio Vaticano II*, en AA.VV., «Iglesia universal e Iglesias particulares», Pamplona 1989, pp. 81-99; E. CORECCO-ROUCO VARELA, *Sacramento e diritto: antinomia nella Chiesa?*, Milán 1971; C. DE DIEGO-LORA, *Competencias normativas de las Conferencias Episcopales: primer decreto general en España*, en «Ius Canonicum» 48 (1984), pp. 527-570.

IDEM, *La potestad de régimen en las Conferencias Episcopales en el «Codex» de 1983*, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 23-46; V. FAGIOLO, «Potestas» del vescovo e Conferenza episcopale, en «Ius Ecclesiae», 1 (1989), pp. 47-67; G. FELICIANI, *Le Conferenze Episcopali nel magistero di Giovanni Paolo II*, en «Scritti in memoria di Pietro Gismondi» I, Milano 1987, pp. 667-683; J. FORNÉS, *Naturaleza sinodal de los concilios particulares y de las conferencias episcopales*, en «La Synodalité. La participation au gouvernement dans l'Eglise», Actas del 7º Congreso Internacional de Derecho Canónico publicadas en «L'Année Canonique (Hors Série)», 1-1992, pp. 305-349; B. GANTIN, *El Papa peregrino, artífice de comunión y de unidad*, LOR 1988, p. 769; IDEM, *Significato della visita «ad limina»*, en AA.VV., «La Curia Romana. Aspetti ecclesiologici, pastorali, istituzionali», Città del Vaticano 1989, pp. 123-127; G. GHIRLANDA, «Munus regendi et munus docendi» dei concili particolari e delle conferenze episcopali, en «La Synodalité. La participation au gouvernement dans l'Eglise», Actas del 7º Congreso Internacional de Derecho Canónico publicadas en «L'Année Canonique (Hors Série)», 1-1992, pp. 349-390; IDEM, *De Episcoporum Conferentia deque exercitio potestatis magisterii*, en «Periodica» 76 (1987), pp. 573 ss.; J.L. GUTIÉRREZ, comentario al c. 346, en *Código de Derecho Canónico*, Pamplona 1992; J. HERRANZ, *El Pontificio Consejo para la Interpretación de los Textos Legislativos*, en «Ius Canonicum» 59 (1990), pp. 115-132; J. HERVADA, *Elementos de Derecho Constitucional Canónico*, Pamplona 1987; E. MOLANO, *Introducción al estudio del Derecho Canónico y del Derecho Eclesiástico del Estado*, Barcelona 1984; G.M. MUCCI, *Le Conferenze episcopali e l'autorità di magistero*, en «La Civiltà Cattolica», 1987, I, pp. 327 ss.; J. RATZINGER, *Nota Teológica sobre la visita «ad limina»*, incluida como Apéndice I en *Congregación para los Obispos, «Directorio para la visita ad limina»*, 29-VI-1988, LOR 1988, pp. 667-668; T. RINCÓN-PÉREZ, Comentarios a Libro II, p. I, tít. III, capítulo II, en *Código de Derecho Canónico*, Pamplona 1992; IDEM, *Los ministros sagrados o clérigos*, en AA.VV., «Manual de Derecho Canónico», Pamplona 1991, pp. 177-199; A. ROUCO VARELA, *Iglesia universal-Iglesia particular*, en «Ius Canonicum» 43 (1982), pp. 221-239; J. TOMKO, *Visione del Sinodo dei Vescovi di Giovanni Paolo II*, en SEGRETERIA GENERALE DEL SINODO DEI VESCOVI, «Karol Wojtyła e il Sinodo dei Vescovi», Città del Vaticano 1980, pp. 9-24; X. URRUTIA, *De Episcoporum Conferentia deque exercitio potestatis magisterii*, en «Periodica» 76 (1987), pp. 573 ss; A. VIANA, *La potestad de los dicasterios de la Curia Romana*, en «Ius Canonicum» 30 (1990), pp. 83-114.; IDEM, *Organización del gobierno en la Iglesia*, Pamplona 1995.



ÍNDICE DE LA TESIS DOCTORAL

INTRODUCCIÓN. CAPÍTULO I. KAROL WOJTYLA Y EL GOBIERNO DE LA IGLESIA. I. JERARQUÍA Y PUEBLO DE DIOS. II. LA COLEGIALIDAD AL SERVICIO DE LA COMUNIÓN. III. EL SÍNODO DE LOS OBISPOS, EXPRESIÓN DE LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL. IV. «DIACONÍA-KOINONÍA». V. «EL ABIENTE DONDE YO MISMO HE CRECIDO». VI. SÍNTESIS CONCLUSIVA. CAPÍTULO II. ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN. I. LA IGLESIA, SACRAMENTO DE UNIDAD. II. FUNDAMENTOS DE LA COMUNIÓN ECLESIAL. III. COMUNIÓN DE LOS FIELES. IV. COMUNIÓN ORGÁNICA. CAPÍTULO III. LA «SACRA POTESTAS». I. LA IGLESIA, SOCIEDAD JERÁRQUICAMENTE ORGANIZADA. II. LA «SACRA POTESTAS». III. LA TRANSMISIÓN DE LA «SACRA POTESTAS». CAPÍTULO IV. LA COMUNIÓN JERÁRQUICA. I. COMUNIÓN DE LOS OBISPOS CON EL SUCESOR DE PEDRO Y ENTRE SÍ. II. COMUNIÓN DE LOS SACERDOTES CON LOS OBISPOS. III. COMUNIÓN ENTRE LOS SACERDOTES. IV. COMUNIÓN DE LOS RELIGIOSOS CON LOS OBISPOS. V. COMUNIÓN DE LOS LAICOS CON LOS OBISPOS. CAPÍTULO V. ECLESIOLOGÍA DE COMUNIÓN Y GOBIERNO DE LA IGLESIA. I. PROMOVER LA COMUNIÓN, PRINCIPAL MISIÓN DEL MINISTERIO JERÁRQUICO. II. DEFENSAS E INSTRUMENTOS DE LA COMUNIÓN. III. COMUNIÓN, GOBIERNO Y SERVICIO. CAPÍTULO VI. IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIAS PARTICULARES. I. EL CONCILIO VATICANO II Y LA «COMMUNIO ECCLESiarUM». II. IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIAS PARTICULARES EN EL MARCO DE LA COMUNIÓN Y LA COLEGIALIDAD. III. LOS VÍNCULOS DE LA «COMMUNIO ECCLESiarUM». IV. RELACIÓN ENTRE IGLESIA UNIVERSAL E IGLESIAS PARTICULARES. V. RELACIONES ENTRE LAS IGLESIAS PARTICULARES. CAPÍTULO VII. COLEGIALIDAD Y PRIMADO. I. EL PRIMADO. 1. El primado en la S. Escritura y la Tradición. 2. La potestad primacial. 3. Los títulos del primado. 4. El primado en el marco de la comunión y la colegialidad. II. LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL. 1. El Colegio Episcopal. 2. Los diversos grados de la colegialidad. 3. Colegialidad efectiva y afectiva. 4. Realizaciones parciales de la colegialidad. 5. La colegialidad como principio de organización eclesiástica. 6. Exigencias de la colegialidad. CAPÍTULO VIII. EL SÍNODO DE LOS OBISPOS. I. MARCO NORMATIVO. II. EL CARD. WOJTYLA Y EL SÍNODO. III. EL SÍNODO DE LOS OBISPOS, EXPRESIÓN DE LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL. IV. VALOR DEL VOTO COLEGIAL DEL SÍNODO. V. SÍNODO, COLEGIALIDAD Y PRIMADO. VI. SÍNODO Y CURIA ROMANA. VII. SÍNODO Y COMUNIÓN. VIII. TIPOS DE ASAMBLEAS SINODALES. IX. DESARROLLO Y CRECIMIENTO DE LAS FORMAS SINODALES. X. FUNCIONAMIENTO DEL SÍNODO. XI. VALORACIÓN QUE JUAN PABLO II HACE DEL SÍNODO. CAPÍTULO IX. EL COLEGIO DE CARDENALES Y LA CURIA ROMANA. I. EL SACRO COLEGIO CARDENALICIO. 1. Origen histórico. 2. Fundamento. 3. El Colegio Cardenalicio y la «communio ecclesiarum». 4. Funciones. 5. Revitalización de los Consis-

torios Extraordinarios en el pontificado de Juan Pablo II. II. LA CURIA ROMANA. 1. Origen y evolución. 2. Presupuestos eclesiológicos. 3. Indole ministerial o instrumental de la Curia respecto del ministerio petrino. 4. Carácter vicario de la Curia. 5. La Curia y la «communio ecclesiarum». 6. La Curia y la colegialidad episcopal. 7. Colegialidad interna de la Curia. 8. Carácter pastoral de la Curia. CAPÍTULO X. LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES. I. NATURALEZA DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES. II. FUNCIONAMIENTO. III. COMPETENCIA. IV. COMISIONES DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES. V. LOS SECRETARIADOS Y LOS EXPERTOS AL SERVICIO DE LA CONFERENCIA. VI. LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES Y LA RESPONSABILIDAD PERSONAL DE CADA OBISPO. VII. RELACIONES ENTRE LAS CONFERENCIAS Y LA SANTA SEDE. VIII. AGRUPACIONES DE CONFERENCIAS EPISCOPALES. IX. VALORACIÓN QUE HACE JUAN PABLO II DE LAS CONFERENCIAS EPISCOPALES. CAPÍTULO XI. SÍNTESIS CONCLUSIVA. BIBLIOGRAFÍA.